

Ecos y presencias del pasado

ENTREVISTAS PARA LA
RECONSTRUCCIÓN DE LA
VIDA COTIDIANA



COORDINADOR
Sergio Garza Saldívar

Ecos y presencias del pasado

ECOS Y PRESENCIAS DEL PASADO

ENTREVISTAS PARA LA RECONSTRUCCIÓN
DE LA VIDA COTIDIANA



COORDINADOR
Sergio Garza Saldívar



Ecos y presencias del pasado. Entrevistas para la reconstrucción de la vida cotidiana /
Coordinador Sergio Garza Saldívar.

Torreón, Coahuila, México: Universidad Iberoamericana Torreón, 2019.

1. Entrevista narrativa.
2. Entrevistas – Historias – México.
3. Entrevista – Investigación cualitativa.

PN 4784 I6 E26

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

Guillermo Prieto Salinas, SJ

Rector

Lorena Giacomán Arratía

Directora General Académica

José Francisco Méndez Alcaraz, SJ

Director General Educativo

Laura Orellana Trinidad

Directora de Investigación Institucional

Eiko Gavaldón Oseki

Directora del Departamento de Humanidades

Jaime Muñoz Vargas

Edición

Elena Palacios Hernández

Revisión

©Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, A.C. (Universidad Iberoamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255. Ejido la Unión, Torreón, Coahuila. C.P. 27420

Primera edición, Torreón, 2019

©Sergio Garza Saldívar

©Astrid Algara Martínez

©Claudia Estefanía Campa Zuno

©Karla Liliana Centeno Félix

©Joselyn Maldonado Sánchez

©Gabriel Sánchez Mejorada Calderón

©Luis Alberto Robles Arellano

©María Andrea Monreal Blanco

©Pamela Dávila Villarreal

©Kimberly Robles Arellano

©Sofía Guevara García

©Uriel García Lima

©Valeria Tamayo González

Impreso en México

PRESENTACIÓN

LA VIDA EN HISTORIAS

SERGIO GARZA SALDÍVAR

Leer historias de vida nos permite adentrarnos a horizontes pasados, ver con otros ojos los eventos cotidianos de hace muchos años. Permite recrear el pasado, el de nuestros padres y abuelos. Cada vida es inédita, ciertamente, las experiencias, los triunfos, los fracasos, las decisiones, los encuentros y los desencuentros, entre muchas otras cuestiones más, van haciendo de nosotros lo que finalmente somos. Conocer esas aristas en otras vidas comunes que habitaron un territorio como el nuestro da esa cercanía que invita a la reflexión, al reconocimiento y a la admiración, permite sentirnos cerca de aquel que nos comparte su experiencia y mirar el mundo desde una perspectiva diferente. Leer estos materiales será como imaginarnos sentados en una mecedora bajo la sombra de los árboles, escuchando atentamente la voz de un viejo que comparte su historia.

Una de las técnicas más utilizadas en la investigación cualitativa es la de la historia de vida. Se trata de una narración de los eventos que una persona vivió a lo largo de su existencia; es evidente que este relato no puede ser exhaustivo, ya que es imposible reseñar todo lo experimentado a lo largo de la vida, desde el nacimiento hasta el presente. Con esta técnica suelen resumirse los hechos más sobresalientes de la existencia de un individuo; en los testimonios que en esta edición se presentan, la elección de lo narrado fue hecha por el propio investigador; hay otros casos en los que es el mismo actor quien define el contenido de la historia de su vida.

La formación profesional de los futuros comunicólogos implica el aprendizaje de una gran cantidad de conocimien-

tos, el desarrollo de habilidades y de la sensibilidad, entre otros muchos elementos. A lo largo de mi trayectoria académica he tenido la fortuna de coordinar una de las materias de investigación que cursan durante sus estudios; su objetivo es que los alumnos puedan practicar algunas de las técnicas de investigación más utilizadas en el campo profesional. Una de ellas es precisamente la *historia de vida*. La intención de realizarla es que el alumno planifique, organice y lleve a cabo la serie de entrevistas a profundidad con la persona elegida. Les pido que seleccionen a un familiar mayor, que generalmente es uno de sus abuelos. Una vez realizadas las entrevistas, comienzan la transcripción y la organización de la información que recolectaron; se trata de un paso muy importante porque al mismo tiempo que orientan la historia, tienen que visualizar la estructura y el tono que le darán a su documento; si será narrado en primera persona, si seguirá un orden cronológico, o si lo harán a partir de los eventos significativos. De ahí se pasa a la fase del diseño, ya que el producto a entregar debe ser un proyecto editorial, tal y como si fuera a ser publicado.

Creo que lo más importante de este ejercicio es que, además de contribuir al desarrollo de habilidades, se trata de una experiencia de acercamiento a la historia de ese ser querido que eligieron. Casi siempre sucede que, a pesar de haber convivido con ese abuelo o con esa abuela, se quedan sorprendidos de todas las vivencias y avatares por los que tuvieron que atravesar para ir forjando su propia historia. En otras ocasiones es el entrar en contacto con las costumbres de antaño, con las formas de establecer una relación amorosa, lo que más les sorprende. En fin, lo más valioso de esta actividad es que le permite al alumno situarse ante su propia historia familiar, reconocer todos los esfuerzos y sucesos que tuvieron que llevarse a cabo para que finalmente ellos, cada alumno, llegara a vivir y tener lo que ahora configura su propio mundo.

Desde una perspectiva panorámica, haré un brevísimo recorrido por las distintas historias reunidas en esta compilación. Valeria Tamayo González escribe sobre su abuela, con mucho reconocimiento hacia ella, y rescata algunas de las principales experiencias que a lo largo de su vida tuvo. Nos damos cuenta de cómo han cambiado las costumbres y a través de las palabras de su abuela podemos conocer lo que representa uno de los noviazgos más cortos, ya que duró solamente 24 horas, probablemente por la disciplina y las costumbres de aquella época. Astrid Algara Martínez aborda la vida de su abuelo desde diferentes momentos de su vida, especialmente lo que fue su carrera como locutor y publicista profesional. Sin duda, un hombre emblemático para la Comarca Lagunera y que a través de las letras de su nieta nos permite conocer los detalles de su historia.

Sofía Guevara García nos acerca a la historia de su abuela, que quizá como muchas otras estuvo llena de aventuras y momentos dolorosos, rupturas, sorpresas que la vida a muchos nos va dando. Es una reflexión sobre el valor que tiene el permanecer, el mantener en alto la frente y el corazón, el compartir la alegría, el querer, el amar, el no doblegarse ante las situaciones adversas, pero sí enfrentarlas y sí darse siempre su lugar. Una bella historia de amor por la vida.

Uriel García Lima presenta un magnífico trabajo a partir de la reconstrucción de la historia de su abuelo; aunque él falleció hace tiempo, pudo recuperar su testimonio a través de entrevistas realizadas a sus familiares. La estructura que se planteó resulta muy interesante y reveladora del carácter y vicisitudes por las que su abuelo tuvo que atravesar. Por su parte, Gabriel Sánchez-Mejorada optó por una estructura poco convencional para la presentación de las historias de vida, pero logró construir un documento creativo, con mucha expresión afectiva, muy original. Se trata del entrelazado que realizó entre las recetas de cocina más apreciadas por su

abuela y la historia de ella. No será difícil sentirse en una de aquellas grandes cocinas de antaño escuchando la dulce voz de esta abuelita que bien podría ser la de cualquiera de nosotros.

Con un lenguaje muy personal, la abuela de Claudia Estefanía Campa Zuno presenta algunas de sus vivencias. Aunque quizá se trate de un elemento común a otras historias, en ésta se puede apreciar cómo han cambiado los modos de establecer una relación de noviazgo y los de formalizarla hasta llegar al matrimonio con las limitantes de información sexual y de los asuntos domésticos.

Las vicisitudes, los giros que dan las circunstancias, las decisiones y hasta catástrofes como la que se vivió en Colima en 1941, en donde a raíz de un temblor perdió la vida casi un centenar de personas, son algunas de las vivencias que nos comparte la abuelita de Luis Alberto Robles Arellano. En su documento se aprecia cómo es que, con la perspectiva del tiempo, podemos fijar el valor de lo vivido en el pasado.

Karla Liliana Centeno Félix nos acerca a la historia de su padre; si bien se trata de un pasado más reciente, su testimonio da cuenta de cómo, a pesar de nacer con muchas limitaciones y necesidades, estos hechos no son determinantes ante el proyecto de vida que se pretende alcanzar. Por otra parte, nos deja vislumbrar también el empeño y dedicación que, más allá de los asuntos inmediatos, se requieren para permanecer presente y cercano con sus hijos. Jocelyn Maldonado Sánchez comparte también parte de la historia de su padre y, a través de ella, algunos aspectos importantes de sus abuelos. En sus letras podremos conocer los inicios difíciles por los que atravesó la consolidación de los famosos tacos laguneros “El imposible”.

Una larga vida de trabajo y disciplina, pero también de alegrías, aventuras y logros personales, así como algunas de sus experiencias entre la vida rural y la urbana, podemos co-

nocer en el testimonio del abuelo de María Andrea Monreal Blanco. Él estuvo sus primeros años de vida en un rancho de Durango y a sus siete años de edad su familia se mudó a Gómez Palacio, ciudad en la que ha vivido desde entonces y en la que pudo consolidar su vocación de médico.

El cambio de actitud que, con la conciencia de una muerte próxima, se puede mostrar; el impacto que un gesto amoroso puede generar en una niña de nueve años y la enorme capacidad de la memoria para reinterpretar y volver a mirar los eventos del pasado con una mirada distinta; son cuestiones que, sobre la vida de su abuela, nos permite conocer Pamela Dávila Villarreal.

Esperemos pues que este viaje al pasado, este volver a cruzar por recuerdos y experiencias, nos permitan una mejor valoración del presente, sabiéndonos herederos de miles y miles de decisiones y eventos que han posibilitado nuestra existencia.

**SERGIO MARTÍNEZ VALDÉS:
UNA TRANSMISIÓN EN VIVO Y EN DIRECTO**

ASTRID ALGARA MARTÍNEZ



● Quiúbole! Qué bonito “quiúbole” me salió, y si no lo digo yo, ni quién.

Me llamo Sergio Martínez Valdés (Valdés se escribe con “s”) y nací el 24 de febrero de 1941 en el Sanatorio Español, aquel edificio antiguo que tiraron para construir el que ahora conocemos; aquí en Torreón, Coahuila, la capital del mundo y la sucursal del cielo, cómo no.

Mi familia de origen, por parte de mi mamá, Luz María Valdés, es de Saltillo, y por parte de mi papá, Manuel M. Martínez Moreno, de aquí de Torreón. Crecimos aquí en La Laguna y conté con un hermano menor, Óscar Martínez Valdés, quien falleció hace algunos años. La relación con mis padres era muy estable, mi papá fue una persona muy estricta con nosotros y la relación con mi madre fue un poquito más íntima, al menos de mi parte porque mi hermano era distinto. Contamos con una expresión de cariño y de unidad familiar en mi casa porque mi mamá, una mujer inteligente y de gran calidad humana, nos enseñó a ser unidos, a respetar a la mujer y a sus semejantes y a tratar de ver por el otro. Ella fue vendedora en la Ciudad de París por muchos años, una tienda departamental de lujo en aquel tiempo. El ejemplo de mi padre fue el de un hombre muy trabajador y cumplido con sus obligaciones. Este vínculo con mis padres me permitió de alguna manera crecer armónicamente en mi hogar.

Por otro lado, la relación con mi hermano fue diferente, ya que él sostenía otro tipo de visión de la vida. Él era más inquieto, no le gustaba estudiar, no quería aprovechar ninguna

oportunidad y menos quería trabajar, en pocas palabras, quería vivir en la vagancia. Yo siempre traté de aprovechar todas las oportunidades que me ofreció mi papá. Sin embargo, fue una relación amena.

En mi infancia, cuando estábamos jovencitos, jugábamos mucho a las canicas, al trompo, al balero y a la oyea, que consistía en cavar dos pozos en un pedazo de tierra para aventar monedas de veinte centavos y el que quedara más cerca ganaba la ronda. También jugábamos fútbol con mis compañeros y los vecinos de la cuadra, algo que no podía faltar. Practiqué natación y fui parte del equipo de fútbol en el Colegio Francés. Por un tiempo, jugué *tombling*, un deporte donde brincabas una montaña de compañeros y te enseñaban a caer en el suelo sin lastimarte; era un deporte de trabajo en equipo y convivencia con los amigos. Viví una infancia estable que me permitió crecer dentro de mí mismo.

Pasando al tema de educación, estudié hasta el cuarto año de primaria en el Colegio Torreón, que se ubicaba por la entrada de la ciudad cerca de la Casa del Cerro. Después me fui al Francés de la Laguna para concluir primaria y consecutivamente entré a la secundaria, en el Colegio Cervantes, que en aquel entonces se situaba en la avenida Morelos. Al finalizar secundaria, mi papá me ofreció la oportunidad de ir a estudiar el inglés y el *high school* en El Paso, Texas, y entonces entré al colegio americano Lydia Patterson Institute. Al ser una escuela metodista, los gastos por la estancia en el internado, comida y estudios rondaba entre los 40 dólares al mes. Eran muy bajos a comparación de un instituto católico. Mi papá comenzó pagando la colegiatura y al entrar en aprietos económicos me puse a trabajar mientras estudiaba para no tener que regresar. Logré graduarme de prepa allá en Estados Unidos y decidí quedarme en el Texas Western College, donde estudié una carrera técnica de comunicación, con una duración de dos años. Al regresar a Torreón, conse-

guí mi primer trabajo formal como gerente del Hotel Elvira que, en aquel entonces, era el mejor hotel de lujo en la ciudad.

En mis años de juventud fui una persona que se relacionaba con facilidad, me gustaba tener amigos, trataba de conseguirlos no con base en dar o comprar, sino por el verdadero sentido de la amistad. Mi mamá y mi papá nos permitían invitar a nuestros amigos a la casa y mi mamá era muy amable con todos, siempre los atendía con comida y demás. Durante mis años en el internado de Texas me relacioné bastante y tuve amistades con las cuales los fines de semana organicé excursiones alrededor de Texas y Nuevo México. Cumplí con mis obligaciones como hijo y agradecí el esfuerzo que hacían mis papás para brindarme educación. Como joven mi aspiración era lograr una carrera y titularme.

¡Ya viene lo interesante, la parte del amor! Definitivamente lo mejor que me pudo haber sucedido fue casarme con la que hoy sigue siendo mi esposa. Después de haber terminado una relación de novios con una chica, me fui al Hotel Río Nazas en la Morelos, ya que, en aquellos años, por el 68, se usaba el paseo Morelos, donde dábamos vueltas y vueltas sin parar desde la Valdés Carrillo hasta la Colón. Yo me estacioné en frente del hotel con unos amigos míos y pasó una muchacha hermosa en un automóvil; ella manejaba e iba acompañada de sus amigas, y cuando se paró en una esquina le dije: “Señorita, está usted muy guapa y usted me gusta”. ¡Y acababa de terminar con la otra! Entonces me dio las gracias y volvió a dar la vuelta, cuando regresó, me volví a acercar y le dije: “Señorita: insisto en que me gusta, la invito a cenar”, y me contestó: “Es que yo sola no puedo”, y le digo: “¡Pues con todas!” Resulta que la invité a cenar y no tenía un cinco para pagar la cena. ¡Andaba sin dinero! En ese entonces comenzaba a trabajar en una agencia de publicidad de la cual me hice socio con unos amigos míos, se llamaba Publicidad Directa, pero no cargaba con dinero.

El Hotel Río Nazas tenía un restaurante que se llama El Continental, y contaba con un gerente al cual tenía el gusto de conocer. Fui y hablé con él y le dije: “¡Sabes qué, acabo de invitar a unas chicas a cenar y no tengo dinero, te voy a firmar una nota y mañana te la pago sin falta”, y el me dijo: “Claro que sí, Sergio, no hay ningún problema, trae a las que quieras”. Eso sí, le pedí que llegara antes de terminar la cena y con cordialidad me pidiera firmar la cuenta para poder impresionar a estas chicas. ¡Tenía que darme la categoría! Mientras cenábamos, le pregunté que dónde trabajaba y me dijo que en un colegio de Torreón Jardín, ni siquiera me precisó en qué colegio, es más, ni siquiera me dio su apellido. Sólo me dijo que se llamaba Astrid. Al día siguiente llegué a la agencia de publicidad y le dije a Silvia, nuestra secretaria, que hablara a todos los colegios de Torreón Jardín para encontrar a esta chica. Silvia, quien era una excelente secretaria, me comunicó con Astrid y la volví a invitar a salir. Tomamos un café en la Benavides, que se encontraba exactamente en frente del Hotel Río Nazas. Salimos por un año y luego me casé. Celebramos nuestro matrimonio con una boda espectacular en el Club de Leones, y, con toda la capacidad económica de la familia de Astrid, se sirvió y se bebió de lo mejor. De luna de miel nos escapamos a Durango, luego a Mazatlán, después a Guadalajara y por último a toda la parte central de México. Duramos un mes, acabamos en Acapulco, en la finca de los señores Alanís, unos amigos de mi mamá que nos recibieron de lujo. Tuvimos tres hijos, Astrid, la mayor; Sergio y Alina. Sergio falleció a la edad de dos años diez meses de cáncer en el cerebro.

En realidad, nunca pensé a qué me iba a dedicar; yo quería tener un proyecto de comunicación, pero no sabía en cuál dirección. Mis inicios en la radio de Torreón se dieron por mero accidente. Me encontraba visitando a un amigo de la infancia, que era locutor en la XEVK, una estación juvenil,

de nombre Francisco “Paco” Barrera; él estaba en turno, me invitó a la cabina de locutores y me pidió que contestara el teléfono para unas complacencias mientras grababan al aire. Yo hice lo que veía que él hacía y todo salió de maravilla. El gerente de la estación estaba escuchando, me mandó llamar para decirme que si no quería ser locutor, pero como no había concluido mis estudios en Estados Unidos, le dije que tendría que terminarlos y luego regresar.

En 1960 terminé mis estudios en El Paso, Texas, y entonces regresé a Torreón e inicié los trámites para obtener la licencia de locutor. En esas fechas, la Secretaría de Educación Pública y la Dirección de Educación Audio Visual estaban a cargo de entregar estas licencias, donde el paso final era presentar un examen en la Ciudad de México. Fue así como comencé mis prácticas en la XEVK mientras que iba a la capital a tomar esta prueba. Me mandaron un cuestionario de pura cultura general, de historia universal, lingüística, modismos, español, inglés, francés, y me puse a estudiarlo para luego ir a la capital a sacar la licencia. Entramos cien participantes y sólo aprobamos cinco, yo fui uno de ellos. El licenciado Álvaro Gálvez y Fuentes, un señor muy prestigiado en la cuestión de la comunicación, me hizo la última entrevista y me pidió conocer Torreón en ocho minutos. Yo estructuré una introducción sobre mi ciudad, y aprobé. Así fue como conseguí la licencia de locutor. Mi carrera formal en la radio despegó y me convertí en locutor de planta en XETJ.

Fui actor de teatro por un tiempo, gracias al doctor Garibay, quién me invitó a formar parte de su compañía de teatro juvenil para recabar fondos para los niños sordomudos de una escuela que él tenía. Para mí, era algo nuevo, yo no sabía nada de la actuación, pero acepté. Presenté dos obras de teatro con él, “Mamá con niña” y “Silencio, pollos pelones, ya les van a echar su maíz”. En ese entonces Astrid tuvo la oportunidad de acompañarme a los ensayos de las obras como mi novia.

En el año de 1966 inicio mis actividades como socio y ejecutivo de cuenta de Publicidad Directa, una agencia de publicidad que inicié con unas amistades, Ernesto y Alberto González Domene, Carlos González Garza y Florentino Bustillos. Fue aquí donde pude combinar la locución y la producción de anuncios para prensa, radio y televisión. Entonces empecé a tener una conexión más amplia entre una agencia de publicidad establecida y los medios de comunicación, la cual me permitió abrir un panorama más grande en mi carrera profesional.

Mis amigos de la infancia del Instituto Francés de La Laguna, entre ellos los señores Murra, ahora propietarios de Cimaco, me invitan a trabajar con ellos para manejar la imagen corporativa de la empresa. Aparte ya llevábamos una amistad tan personal que hasta nos hicimos compadres. Fernando Murra bautizó a Sergio, mi hijo, y Eduardo Murra y su esposa Nuri son padrinos de Alina. La proyección de lo que fue toda la producción de Cimaco lo hicimos con mucho éxito. El logo y el eslogan de la tienda que hasta la fecha persisten fueron diseñados por mí, “lo mejor para vivir bien”. Hasta la fecha tengo el gusto de seguir trabajando con ellos.

En mis tiempos, el medio más popular era el radio, sobre todo las estaciones que tocaban música ranchera, por qué aquí la ciudad tiene la cuestión de la agricultura muy arraigada; había mucha demanda de este tipo de música y sigue existiendo, pero ha venido cambiando de generación en generación. Los medios impresos eran muy relevantes, sobre todo los dos periódicos principales que todavía existen. *El Siglo de Torreón* y *La Opinión*, que ahora es conocido como *Milenio Laguna*. Durante los comienzos de la televisión tuve la oportunidad de trabajar en anuncios publicitarios con ciertos clientes que tenían la capacidad de pagar cantidades altas por este medio visual.

Los cambios tecnológicos han sido muy rápidos, yo he vivido transformaciones muy drásticas. En 1965 tocábamos

discos de 78 revoluciones que estaban compuestos de pasta negra y sólo reproducían una canción por lado; posteriormente vino el disco de 45 revoluciones que tocaba el éxito de algún conjunto juvenil o roquero, en seguida llegó el de 33 que eran seis canciones por cara. El sistema de reproducción de anuncios también contó con cambios tecnológicos. Antes leíamos los comerciales en unas hojas tamaño carta, luego ya vinieron las grabadoras de cinta/carrete y los cassettes para reproducir en radio. Las cartucheras fueron las que empezaron a automatizar la entrada de los anuncios uno detrás de otro sin tener intervalos o lagunas. Luego la tecnología mejoró la transmisión de radio con todo un sistema moderno que se actualizó a través de los chips más pequeños y los que tenemos en la actualidad. Después llegó el FM que mejoró toda la calidad.

Para junio de 1969, los supermercados Vavi cambian de propietario y la sociedad con Publicidad Directa llega a su fin. Provisionalmente nos incorporamos a una agencia de publicidad que dirigía el señor Eloy Borbolla, en donde empezó a trabajar el señor José Mireles Palma, diseñador gráfico de la ciudad de Monterrey. En noviembre de ese mismo año, iniciamos SMV Publicidad, Sergio Martínez Valdés Publicidad.

En 1971 hacemos trámites para la compra de una cámara fotográfica vertical, formato página de periódico, con la cual se hacían negativos a línea y medio tono y se hacen trámites para rentar dos locales en el edificio Marcos de la avenida Juárez. Aquí iniciamos la maquila de negativos a otras agencias de publicidad y público en general. En este mismo año iniciamos las relaciones comerciales con Mercados Populares y Compañía Comercial Cimaco.

En agosto de 1979 se inician los trámites con la agencia Aduanal para la importación de una máquina electrónica para composición tipográfica, marca Compugraphic. Asimismo se busca una nueva opción para cambiarnos de lugar y se

opta por instalarnos en avenida Allende 1260 poniente. Esta nueva máquina tenía la capacidad de imprimir textos en papel fotográfico con una calidad extraordinaria en los tamaños ideales para la producción de anuncios para prensa y libros. Esto nos permitió dar servicio de maquila para agencias de publicidad e imprentas. Capacitamos al personal que quedó a cargo de este equipo. En esta fecha se incorpora a trabajar en la agencia de publicidad mi padre, Manuel Máximo Martínez Moreno, como asistente administrativo, quien colaboró por más de veinte años conmigo hasta su muerte el 26 de mayo de 2000 a los 93 años de edad.

Para hacer publicidad en prensa primero teníamos que sacar fotografías, después dibujarlas, las calcábamos y les dábamos un terminado para darle luz y sombra a cada artículo, luego clasificábamos cada creación por modelos y así teníamos todo un archivo de lo que se anunciaba. ¡Tuve hasta nueve dibujantes trabajando todo el tiempo! Puedo decir orgullosamente que SMV Publicidad capacitó a varios dibujantes para diseñar, dibujar muebles, artículos para el hogar, electrodomésticos y productos de supermercados.

En enero de 1986 iniciamos las negociaciones para traer a Torreón la primera computadora Macintosh Modelo 512k, junto con una impresora láser que nos permitió mejorar nuestra calidad de impresión y mayor producción.

A la mayoría de nuestros clientes se les hicieron producciones de prensa como folletos y anuncios cantados para el radio. Algunos fueron producidos en Monterrey, con el grupo Pypsa, y otros aquí en Torreón, con la participación de la sala de grabación Keops de los hermanos Serna. Fuimos la primera agencia que produjo este tipo de anuncios para las campañas publicitarias de los clientes.

La trayectoria de esta agencia ha estado muy ligada a la radio de la Comarca Lagunera, y como locutor y publicista me ha tocado vivir los cambios tecnológicos que se han gene-

rado con el tiempo. Nos sentimos orgullosos de haber formado parte de una modernización en la producción publicitaria tanto para prensa y radio como para televisión, siempre aplicando los principios de ética, respeto y profesionalismo por esta profesión.

En la actualidad trabajo la agencia desde mi casa y continuo mi participación en la radio como locutor y voz de Cimaco; ya no cuento con la exclusividad; sin embargo, es un placer seguir trabajando con ellos.

“Para usted que va a descansar, que tenga un merecido descanso. Que sueñe con los angelitos y las angelitas pero sin alas por que se les van. Espero que hayan disfrutado de esta transmisión”.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi abuelo por permitirme hacer esta extensa entrevista desde el cuarto de su casa y posteriormente en la habitación del hospital antes de recibir una operación de cervicales. Gracias también a mi abuela Astrid por su paciencia y por compartir sus conocimientos conmigo en todo momento. Sin la disponibilidad y entusiasmo de ambos, esto no hubiera sido posible.

27 de septiembre de 2015

**MARTHA GERARDA VILLALOBOS TORRES:
EL ANECDOTARIO DE MARTHITA**

CLAUDIA ESTEFANÍA CAMPA ZUNO



Hola a todos los que están leyendo esto, nunca imaginé que alguien quien no es tan cercano a mí sabría tanto de mi vida, pero ojalá y mi historia los inspire o se entretengan leyéndola. Antes de que empiecen a leer, les quiero comentar que usualmente, al escribir anécdotas de mi vida, uso un vocabulario secreto, que pocos conocen, además de hablar la mayoría de las veces en diminutivo. Ahora sí, ya que aclaramos esto, empecemos...

¿Quién soy?

Mi nombre completo es Martha Gerarda Villalobos Torres. Nací en Durango, el 10 de septiembre de 1935, ustedes hagan las cuentas de cuantos años tengo. Mis papás se llamaban Manuel Villalobos Lariz y mi mamá Elvira Torres de Villalobos. Me pusieron Martha porque a mis papás les gustaba ese nombre, aunque también pensaban en ponerme Rosa, pero gracias al cielo me pusieron Martha, porque no me gusta el nombre de Rosa. Tengo seis hermanos: Pepe, Jorge, Tere, Consuelo, Gerardo y Elvirita, que murió de sarampión chiquitita; en esos tiempos era muy común el fallecer de esa horrible enfermedad. Todos nacimos en casa, vino una partera de confianza y era listísima, gracias a Dios no hubo dificultades en ninguno de los partos.

Mi dulce niñez

De chica viví en una casa pequeña rentada, ya que éramos una familia que no tenía mucho dinero. Mi papi se levanta-

ba muy temprano, como a las seis de la mañana ya se estaba bañando con agua muy fría y le gustaba cantar la canción de “La feria de las flores”, del año de María Canica. Él nos venía a despertar a todos, ya que estudiábamos. Yo entré muy chiquilla al kínder, porque estaba frente a la casa de mis papás; hice kínder y luego después ya te pasaban; era bien curioso, porque ni se fijaban en las edades ni nada. Estudié primaria en el colegio Teresa de Ávila, misma congregación del Colegio Isabel La Católica de Gómez Palacio.

De camino al colegio mis amigas y yo éramos bien antojadas, nos repartíamos los membrillos entre amigas y nos decíamos que sólo podíamos darle un pequeño mordisco, pero todas hacíamos trampa y le dábamos un mordisco grandote. También comíamos pasta de nuez, que había mucha en Durango, y los Milky Way que apenas empezaban. Al terminar las clases, había un viejito vendiendo chucherías afuera de la escuela, creo que daba a peso cada cosa.

En el colegio sólo jugábamos como tontas, nos encantaba que una de las alumnas llevara huevo cocido, se nos hacía una delicia. Al contarle a mi mamá que yo también quería que me preparara huevo cocido para el siguiente día, me ponía chimpa, ya que ella no me iba a hacer huevo cocido.

El Santa Teresa de Ávila era una institución de monjas y ella veían como un gran honor si a una alumna le encargaban cuidar de un salón; no me acuerdo muy bien por qué, pero era de gran prestigio si te elegían. Una vez a mí me eligieron, pero mi amiga me dijo que lo rechazara, le hice caso, pero me fue de la tostada, hasta le mandaron hablar a mi mamá, porque se consideraba una falta de respeto. Eso me pasa por confiar en malas amigas. Al llegar de la escuela mi mami hacía la comida, teníamos a una sirvienta que era muy chistosa, decía: “Ándele, díganle a la...” ¿Cómo me decía? Que yo era ¿la qué?... ¿la tuerca? Como estaba yo güera-güera, díganle a la...; no me acuerdo como me decía, pero gritaba: “Que venga

a ayudarme con los frijoles”. Los guisaba deliciosos esa señora que le ayudaba a mi mamá. Pero las sirvientas de antes eran del año de María Canica, no las tenías ni todos los días, ni nada, eran así, sencillas, no te ayudaban a lavar porque no había lavadoras. Y luego la señora esta que les mencioné, que nos ayudaba, me decía la zarca, ¡Ya me acordé! Me decía (gritando): “¡Zarca! Mete los frijoles chinitos”, así les decía; claro, con harta manteca de puerco quedaban riquísimos. También mi mamá hacía muy rica la capirotada de Durango, ¡Ah, qué rica! Teníamos un cajete muy grande, en una alacena que estaba por ahí, y llegábamos desaforados, con un hambre loca, entonces decía mi mamá: “No, no le pellizquen ahorita”, pero claro nosotros sí le pellizcábamos. ¡Me encantaba!

Una vez que llegaron mis papás de viaje me dejaron invitar a comer a quien quisiera. Nunca me dejaban, de hecho, tenía una amiga muy chistosita, que en paz descansa. Era mi vecina, se llamaba Nena y siempre quería estar conmigo; así que un día tocó la puerta para ver si la invitábamos a comer, pero mi mamá no quiso, ya que sólo alcanzaba para nosotros la comida.

En las tardes nos poníamos a hacer la tarea, y no nos daba tiempo de hacer algo más, ya que acostumbrábamos dormirnos temprano. Como mi papi se dormía muy temprano, teníamos la costumbre de dormirnos a más tardar las nueve de la noche. Cuando era fin de semana, como no había televisión ni nada, nos encantaba la música, eso sí, teníamos radio, cantábamos y todo.

Mis papás de vez en cuando tenían en las noches sus salidas al cine; entonces a Jorge, mi hermano, pingo como él solo, le decía yo (con voz de niña): “¡Ay, van a tardar mucho!” Y mi hermano me decía (cantando): “Cállese, hija del güero Canelo, hija de güero Canelo”, y yo le decía: “¡No!” (voz angustiada). El güero Canelo era un señor que traía el pelo chino y rojo.

Luego llegaban mis papás y nos traían unas cajetillas de cigarros de chocolate, porque ya venían del cine; iban a ver a Cantinflas, cosas de a tiro bobas.

Las fechas de las fiestas eran las mejores en mi familia. Celebrábamos juntos, hacíamos una cenita, teníamos algunos primos que llegaban y se hacían el folklore ahí, toda la bola. Luego en las posadas estaba una señora que era amiga de mi mamá, vivíamos a media cuadra por la Madero, ella organizaba las posadas y si no llegabas al rosario, no te daban bolo, pero siempre la pasábamos a gusto. Enfrente de la casa otra señora hacía bailecillos, la pasábamos muy bien.

En Semana Santa unos hombres a los que llamaban “los braceros” estaban siempre sentados en la banquetta de mi casa esperando a que les dieran algo. Entonces llegaba mi papi, nos íbamos a sentar a comer y él decía: “¿Ya vieron a los que están ahí afuera? ¿Creen que ellos tengan más hambre que ustedes? ¡Sáquenles algo, aunque sea un taco!” Y mi mamá era la que se moría de coraje, porque ella era la que hacía de comer”. Pero mi papi nos mandaba a darles comida a los braceros.

Mi papi siempre fue un hombre muy generoso y trabajador; mi mami, aunque tuviera su carácter, manejaba excelente la casa y nos llenaba de amor.

A trabajar se ha dicho

Después de graduarme de primaria, como no existía la secundaria ni la preparatoria, la única opción que te daba el colegio era estudiar comercio, estudiar para secretaria; nos ponían taquigrafía, mecanografía, geografía, cosas así más o menos elementales. Entonces terminé la carrera a los doce años. La madre Isaura le decía a mi mamá: “Oiga ¿la dejaremos otro año?”. Pero claro que mi mamá se negó, para qué me dejaban más.

Cuando salí, Tere mi hermana trabajaba con unos mineros, entonces yo me integré a esa agrupación, pero yo no

servía para nada en realidad; yo hacía cartas y echaba un montón a perder. Después los mineros se fueron a Parral, así que Tere mi hermana y yo encontramos trabajo en la tienda Electricidad y Muebles, y ahí vendía blancos. Más tarde entré a laborar en una tienda de abarrotes llamada El Naranja que después se convirtió en la primera plaza comercial, enfrente del mercado popular. Ahí era cajera, y todo mundo se conocía, entonces pasaban los amigos y me saludaban.

En Durango me trasladaba siempre a pie, pero no se me hacía pesado, a excepción del invierno. Yo entraba a las ocho de la mañana y me acuerdo que hacía mucho frío, entonces mi mami siempre nos llevaba chocolate caliente a las que trabajábamos en la caja. A mediodía llegaba el que llegó a ser suegro de una de mis primas, con unas tortas que se llamaban tortas de San Antonio, de carnitas. Nos caían a todo dar.

Un día me dio mucha risa porque mis primas iban a ir al cine, y yo quería ir; entonces le dije a mi jefe:

Martha: Emilio, mis primas van a pasar por aquí y yo quiero ver si me da chancita.

Emilio: Pues ¿a dónde vas tecolote? (así me decía Emilio)

Martha: ¿Qué cree?, mis primas van a pasar por aquí, porque queremos ir al cine.

Emilio: ¿Queremos? Mira nomás qué fresca, ¡si estás trabajando!

“Qué le hace”, le decía yo. Se me hacía todo muy fácil.

¡Pues claro que no me dejó! Yo tenía como unos 16 años.

Antes de que llegara mi papi del trabajo, mi mami pegaba carrera con mis tías o con una amiguita; se querían mucho; esa amiguita era buenísima para la costura. Cuando yo ya trabajaba, le dábamos a mi mami, por ejemplo... ¿cuánto creen que podríamos ganar? No crean que ganábamos gran cosa, pero eso sí, llegaba la quincena y yo iba encantada con mi mami, como si trajera un millón de pesos; ese dinero lo usábamos para que la señora Elenita, así se llamaba la amiga de

mi mamá, me hiciera vestidos sencillos a todas. A mi hermanita Lucy le gustaban ampones y con crinolina; a mí no, a mí me gustaban los vestidos sencillos. Pero les diré, no éramos de mucha compradera, no teníamos suficiente dinero para estar comprando muchas cosas.

Juventud, divino tesoro

La vida era muy sana, nos íbamos a la Plaza de Armas, todo a pie, nadie llevaba carro, dábamos vueltas; yo creo que de tanta caminadera nunca pensamos sí estábamos gordas o flacas. Cuando nos íbamos de paseo a la Plaza de Armas, había un merendero donde vendían riquísimas cosas de botana y ya de ahí volvía cada quien a su casa. A las ocho de la noche ya tenía que estar yo de regreso.

En esos tiempos las mujeres casi no fumaban ni tomaban. Yo nunca me he puesto borracha y la fumadera no fue lo mío. En las reuniones familiares mis tíos se servían las cubitas o traguitos, Bacardi con Coca-Cola.

Un día, Nena, a los trece años, fue la que dizque me enseñó a fumar, y con razón nunca me ha gustado el cigarro, estábamos escondidas debajo de la cama y yo sentía que me ahogaba, además de que traía el nervio de que nos fueran a cachar.

A mí lo que me gustaba era cantar y bailar; tenía un primo que hace poco murió, llamado Jesús, que decía: “¡Vénganse!”, y nos íbamos un chorro de primas al centro. La mayoría de las veces íbamos Cristina, Quiro, Elena, Chela y yo al cine. Saben, mi mami se enojaba mucho, porque todas eran tan altas y yo quería estar alta, entonces me ponía tacones, ella me regañaba y me decía (gritando): “¡No estás en edad de ponerte tacones!”

Sin embargo, me acostumbré tanto a los tacones que años después esperando bebé y recién aliviada me los puse. Me encantaba usarlos.

A mí siempre me hubiera gustado tocar la guitarra, me gustaba mucho, mucho; también cantábamos en esas fiestas de mi tío Ángel, nos encantaba la cantada a todas mis primas.

Todas mis primas y hermanas eran buenas para cantar; Consuelo, mi hermana, lo hacía excelente; Tere tiene un segundón *padre*, muy bonito que cantaban, o sea que todas lo hacíamos. Yo tuve una temporada en la que cantaba no tan mal. Una de mis primas, Dulcecita, sí aprendió a tocar la guitarra. Éramos muchas las que íbamos a clase de guitarra, yo llegué a tocar muy poco, pero me encantaba.

Amigos y pretendientes

No es por presumir, pero yo tenía muy buenos amigos, tenía uno que se llamaba Luis, venía de vacaciones y yo siempre lo llevaba a la iglesia que estaba atrás del Naranjo; íbamos y los padres esos eran como jesuitas. Había un padre llamado Juan, que se ponía una capa hermosa, que babeabas con ella, y luego otro padre gordito siempre nos decía: “Ahí vienen los hermanitos”, y Luis se volvía loco, era alto y guapo. Otro de mis amigos fue Toño, el que se casó con mi prima Cristina, que me dijo: “Si tú no te casas conmigo, te juro no voy a salir de tu familia”. Según esto que él me quiso mucho y me remordía demasiado la conciencia, porque de verdad iba la mamá y me decía: “Profesora Marthita, no deje a Toño, porque esto y esto, y es que fíjese que va a dejar la carrera”; estaba estudiando para licenciado. Tenía otro amigo muy chistoso y guapo, entonces veníamos caminando muy a gusto, me decía: “¿Te gusta esa muñeca?” De la mercería nueva, y yo le dije que sí, y me la compró.

Y de mis amigas mujeres, la mayoría eran mis primas, yo era muy feliz con ellas, hacíamos chorcha a gusto; se me hace como que se divertía uno un poquito más. Me da coraje por que los chavos de ahorita son diferentes, ellos son, cómo les diré... pues no sé, son distintos, las amigas también son

medio chocantitas; nosotras acá éramos un grupo de primas, salíamos mucho a días de campo.

Había días que no sé cómo le hacíamos, pero saliendo del trabajo, como era “la 5 de febrero”, había un lugar en donde empezaron a vender como batidos de ice cream; entonces los ponían en la máquina para hacer y nos encantaban, pero a veces no completábamos para comprarnos uno. Entonces cada vez que un amigo te quisiera invitar un ice cream, nunca le decíamos que no.

En toda mi vida tuve como cuatro novios antes de mi esposo; sus nombres eran Luis, Tito, Toño y Fausto. Pero les diré, nomás eran de la manita y tan tan.

Era típico que los novios trajeran serenata y como en mi casa éramos casi puras mujeres, a todas nos llevaban. Mis papás, como sabían que eran buenas personas, no nos decían nada. Mi papi a veces nada más nos decía que éramos unos desvelados, porque las serenatas normalmente eran a la una de la mañana; en nuestros tiempos esa hora ya era muy tarde. Cantaban tres canciones y ya.

Tito era un novio muy insistente; una vez me llevó una serenata. En lugar de llevarme trío, me llevó una orquesta; muy chistoso, era un montón de gente en la calle, y él encantado con haberme llevado la orquesta. Esas orquestas tocaban en unas tardeadas que había aquí en Durango. Teníamos el Club de Leones y varios lugares bien, era pura gente conocida, ahí salíamos cuando era tardeada; cuando no, era un baile de blanco y negro, todas iban o de blanco o de negro. Los bailes eran muy padres, muy bonitos, ahí te sacaban a bailar los muchachos, pero cuando no querías que uno en específico te sacara y lo veías venir, era un espanto. Era muy diferente a como son los tiempos de hoy, que los muchachos bailan cada quien por su lado.

El amor de mi vida

Un día que estaba trabajando en el Naranjo, como cajera, llegó un amigo mío al que le apodaban El Ronco, y me dijo: “Marthita, vengo a presentarte a un muy querido amigo, es de Guadalajara, se llama Vicente Zuno”. Lo vi: alto, guapo, delgado y vestido de militar. Desde ese momento no se volvió a alejar jamás de mí. Iba y me compraba una caja de chocolates, y al entregármela me decía: “Para la mujer más hermosa” y yo le respondía: “No, gracias, no quiero nada”. Sin embargo, los días iban transcurriendo y él siempre pasaba en su carro cerca del Naranjo, pitaba para que lo volteara a ver y así saludarme. Todos los días iba a verme a donde yo trabajaba y me llenaba de detalles, así era, insistente como él solo, por lo que decidí salir con él sin imaginarme que esa fue la mejor decisión de mi vida.

Yo le tenía tres apodos a Vicente: Vic, Gordo y Capitán; ya que él era militar, a mí me decía Gorda, Amor y Muñequita. Me llevaba once años; sin embargo, a mí nunca me importó la diferencia de edad.

Cuando empezamos a andar, él tuvo que ir a pedirle permiso a mis papás; al principio no les agradaba mucho la idea, por la diferencia de edad, pero supo ganarse a mis papás. Cuando ya me dieron permiso de salir con él, Vic llegaba a la casa y tocaba la puerta, ya nada más le avisaba a mi mamá que ya me iba. El Capitán le pedía permiso a mi papá para que yo me pudiera subir al carro con él, pero mi papá nunca quiso; entonces él se venía a pie del Naranjo a mi casa, y luego se regresaba por el carro, después de traerme a mi casa.

Vic siempre fue muy atento y detallista, me mandaba flores; un día sí y un día no, entonces cuando se me juntaban muchos ramos, los dos íbamos a una iglesia cerca de mi casa y les regalábamos las flores para que se las pusieran a la Virgen María.

Pasaron once meses y en un día de campo me dijo que quería formalizar conmigo, que si quería ser su esposa. Ese día fuimos con muchos amigos y nos la pasamos a todo dar; después fuimos a darle la noticia a mi papá. ¡Nombre, imagínense! Fui la primera hija en casarme, a mis 19 años. Sin embargo, recibimos la bendición tanto de mi papá como de mi mamá.

Les contaré un secreto: la primera y única vez que me enamoré fue de Vic. Con los otros sólo me daba picos; con Vicente, sí me daba mis buenos besotes.

Mi boda y luna de miel

Me casé el 12 de febrero de 1955; fue una boda muy hermosa, nos la pasamos de maravilla.

Después de casarnos, íbamos en carro a nuestra luna de miel, y yo como momia que no quería ni moverme en todo el camino. Él a cada rato me preguntaba si necesitaba algo o si estaba bien. Al llegar a Aguascalientes nos paramos a cenar, para mí ya era tarde, yo creo que todos nos pitorreaban ahí, ya que parecía que traíamos el letrero de recién casados. Luego Vic me decía que no comiera tanto, tan chistoso porque yo me preguntaba: ¿por qué no querrá que coma tanto? Después me enteré que era un mito de que, si comías mucho, te iba como en feria cuando querías hacer el amor después de comer.

Entonces ya nos salimos de ahí y luego nos fuimos al hotel, en el cual el Capitán ya tenía reservada la suite. Yo llevaba envuelto mi camión blanco y la bata. En la habitación había dos camas así grandotas y yo decía en mi cabeza: “Si destiendo ésta, va a decir que yo quiero acá, pero si destiendo las dos, ¿qué me irá a decir?”

Uno era tan menso en esos tiempos. Cuando entré al baño, yo le movía a la llave del lavabo para que no se escuchara en el momento que yo hiciera pipí ¿Ustedes creen que a los jóvenes de ahora les va a importar algo así?

Bueno, entonces yo iba muy peinadita y le dije que yo me quería meter a bañar primero, le abro a la llave y que me caigo en la bañera, me empapé toda. Vic, detrás de la puerta, me decía: “¿Qué pasó?, ¿Te encuentras bien?”

Pues un sapotazo que me metí en la boca, pero yo le dije que no pasaba nada, que ahorita iba. Luego salí muy bañadita, me puse la bata y me decía: “¡Qué hermosa se ve!” Y luego él se metió igual de miedoso que yo al baño. Cuando se metió, yo me acosté y me fui hasta la esquinita de la cama. Cuando Vic salió del baño, me dijo: “¿Le platicó su mami, sus tías, habló con ellas?, yo me voy a pasar a su cama, ¿pero ya sabe lo que vamos a hacer?” Y en mi mente decía: ¡No!

Claro que al rato fuera camisón y al principio me daba penita, pero después se fue pasando y la noche fue mágica.

Al llegar de la luna de miel, en esos tiempos se usaba que al casarte te tenías que embarazar al instante, pero a mí me valía, yo si me esperé un mes o dos antes de embarazarme.

Matrimonio e hijos

Tuve siete hijos: Coquí, Beto, Mónica, Diana, Güera, Chiquis y Norma, todos en parto natural.

Por el trabajo del Capitán nos tuvimos que mudar a Gómez Palacio y vivíamos en un departamento chico. Ya cuando tenía a mis hijos, vimos un terreno y el Capitán mandó construir nuestra casa; siempre llevábamos a todos los chiquitos a que vieran cómo la estaban construyendo y a Vic le encantaba estar al tanto de cada detalle.

En nuestro matrimonio no peleábamos mucho, mi vida de casada y con hijos fue muy padre. En las noches se venían los siete a dormir con nosotros. Vic nada más los escuchaba y me decía: “Ahí viene Güerita, ahí viene Chiquis, y así, hasta que ya teníamos a todos en la cama”.

Lo más difícil fueron las malas rachas, no siempre estaba uno en buenas condiciones; si por ejemplo cambiaban al

governador, como Vic estaba involucrado con el gobierno, entonces ahí vamos, y a mí me valía, yo estaba con las esposas de los gobernadores y ahí entre el Capi y yo nos ayudábamos mutuamente.

Al Capitán le daba mucho gusto tener su casa, tener a sus hijos, estar en familia, todo lo hacíamos en familia.

No fuimos estrictos como papás, pero a Vic le molestaba mucho que les trajeran serenata a sus hijas, entonces yo siempre iba de alcahueta y decirles que por favor bajaran el volumen porque el pobre del Capi se tenía que levantar a las cinco de la mañana para irse a Durango, ya que trabajaba allá.

No era difícil tener un esposo militar; cuando nosotros nos casamos, el Capi tuvo que tomar la decisión de si quería seguir siendo militar, tendría que presentarse por varios meses a la Escuela Militar, y si renunciaba, tenía que dejar todo. Vic tenía sus camioncitos y vivíamos muy bien, y él tomó la decisión de dejar la milicia y se quedó en el grado que tenía: Capitán Segundo Oficinista.

Yo acompañé mucho a mi esposo a miles de eventos de la *polaca*, hacíamos mucho bien. Cuando andábamos con uno de los gobernadores, Vic le puso el agua a un ejido. Siempre me llevaba a una amiga y nos íbamos a los ejidos y ahí había un lugar donde se juntaban todas las mujeres del ejido, ayudábamos a comprarles cosas para que cosieran, y sacábamos todas las gallinas y los puerquitos para que hicieran un corral. Todas esas obras las hicimos con mucho gusto.

Yo hacía mucho servicio social, a Vic le encantaba que fuera a hacer todas esas cosas porque las personas de los pueblitos nos querían mucho. Decía el gobernador Castillo al Vic: “Oiga, ya me están dando muchos celos”. Porque mi gordo llegaba a algún lado y la gente gritaba “¡Arriba al Capitán!” en lugar de decirle algo al gobernador.

Y así fueron pasando los años y nos hicimos viejitos. El Capitán falleció el 15 de diciembre del 2009.

Yo describiría a Vic como un hombre muy bueno, amoroso, trabajador y honrado; fue el gran amor de mi vida. ¡Juntos hicimos nuestro mundo! Actualmente tenemos siete hijos, doce nietos y seis bisnietos.

Mi perspectiva sobre los tiempos modernos

Es impresionante cómo ha avanzado la tecnología. Cuando vivíamos en Durango, Vic y yo nos comunicábamos por medio de cartas; al mudarnos a Torreón, por medio de cartas y teléfono. Ahora están los celulares, el Facebook y las miles de aplicaciones donde los chavos suben fotos de todo. Yo siempre les digo a mis hijos y nietos que tengan cuidado con esas cosas.

En el momento que empezó la televisión, ya estábamos en Torreón y era una chulada, pero yo desde siempre escuchaba el radio, me encantaba. Hoy en día me gusta escucharla cuando no puedo dormir.

Eso sí, lo malo es que siento que ahora existe mucha más violencia que en mis tiempos. No digo que todo siempre fuera tranquilo, pero no está tan fuerte como ahora, que ya a todos matan hasta en sus propias casas, ¿Qué es eso?

Me acuerdo que una vez íbamos mi esposo y yo y vimos que un señor estaba golpeando a su esposa; en eso Vic fue y le dijo: “¡No le pegue!” Y en eso la señora le dice: “A usted que le importa, viejo baboso”. Vic y yo nos quedamos impresionados, ya que nosotros no sentíamos que en mi época existiera tanto el machismo, la violencia contra la mujer.

Todo sobre Marthita 2018

Actualmente sigo viviendo en la misma casa que construyó mi marido. Yo me describo como una persona a la que le gusta la paz.

Decía Tere, mi hermana, que yo era una cosa horrorosa, porque cuando había peleas o se enojaban varios, a mí no me

gustaba y yo siempre trataba de que hubiera paz. También soy muy consentidora y aprehensiva, siempre quiero que todos estén bien y felices.

Mi comida favorita son los chiles rellenos, las enchiladas, la comida árabe, el pay de limón, el volteado de piña. ¡Buena para comer toda la vida!

Me gustan mucho las películas de amor; no tengo ninguna en específico, pero siempre me gustaron.

Vic y yo íbamos mucho a un cine que se llamaba Roma. Cuando llegábamos, Rosy, la hermana de la señora que nos cortaba el pelo, nos hacía unos hot-dogs riquísimos.

Antes no tenía problemas de salud. Además, como tuve a mis hijos seguidos, todos en partos naturales, era muy padre porque al siguiente día estaba fresca como una lechuga. Después me tuvieron que quitar la vesícula, lo cual fue muy doloroso para mí, me dejó una cicatriz debajo del busto hasta el final del abdomen; luego, a mis 81 años, me tuvieron que operar del apéndice y de los ojos

Uno de los momentos más felices recientemente es estar en mi casa con toda mi familia, que me vengán a visitar. Saber que todos están sanos y felices, ver mi misa por televisión a las once de la mañana, es un momento muy mío que me brinda paz.

En la vida tuve sueños y metas, y gracias a Dios y a mis seres queridos no sentí que me faltara alguna por cumplir, me hicieron muy feliz mis hijos, nietos y bisnietos. Son etapas que voy pasando, pero contenta, feliz, satisfecha, plena.

Lo que puedo dar de consejo a todas las personas es que vivan su vida como si fuera el último día, ámense, rían, lloren, equivoquense, aprendan de los errores, maduren, abracen a sus seres queridos, y sobre todo sean felices siempre, porque Diosito nos dio el maravilloso regalo de vivir cada día. Siéntanse afortunados porque no a todos les da esa posibilidad.

**JOSÉ DE JESÚS CENTENO HERRERA:
EL CENTAURO MÁS AMOROSO**

KARLA LILIANA CENTENO FÉLIX



Mi nombre es José de Jesús Centeno Herrera, nací en Torreón, Coahuila, el 9 de diciembre de 1948, aunque siempre digo que nací en el ejido La Paz, porque soy originario de ahí.

Cuando era niño teníamos muchas carencias. Mi madre solamente era una niña cuando me dio vida, y mi padre igual. Ambos habían llegado aquí a la región muy pequeños y trabajaban en la hacienda de La Paz. Gracias a eso yo tuve la fortuna de vivir en una casa que estaba en la hacienda, una casa muy grande nada más para nosotros; me tocó vivir en una población rural, crecí en medio de los viñedos, de las nogaleras, de las higueras, había también un área llena de mezquites y recuerdo que mi niñez era salir a cazar lagartijas junto con un perro que llevaba mi papá a la casa; él era mi compañía para ir de cacería.

Empiezo a trabajar a los cinco años en el rancho, sin que nadie me lo pidiera ni exigiera. Me levantaba a pedir trabajo, tal vez orillado por las necesidades que se vivían en la casa, que, aunque era grandísima como ya mencioné, los satisfactores primarios no estaban a la altura de esa casa. Por eso me levantaba e iba con el mayordomo de la hacienda, Norano, así se llamaba el señor, que en paz descanse. Él nos ocupaba para arreglar los caminos cuando el dueño del rancho iba a visitar las parcelas, y ya un poquito más grandecitos nos contrataba para atender a las cortadoras de la uva en temporada de uva y para darles agua a los trabajadores en la jornada laboral.

Recuerdo muy bien cuando empecé a trabajar, todavía faltaban dos o tres años para que yo ingresara a la primaria. En aquellos entonces en mi rancho no había kínder, así que entrábamos directo a primaria.

Los tiempos los adecuábamos propiamente, nada más en vacaciones trabajábamos, pizcando. Porque ahí en el rancho teníamos esa fortuna, que era un rancho ejidal y la hacienda estaba inmersa en el rancho, entonces, o conseguías trabajo en la pizca con los ejidatarios, o bien, conseguías trabajo en la hacienda; sólo que la diferencia era que en la hacienda tenías un sueldo determinado según lo que hicieras. Lo que debe haber sido el salario mínimo en aquellos entonces, yo me acuerdo muy bien que nos pagaban seis pesos diarios y eso obviamente para nosotros era tener algo seguro; aunque en la pizca pudiéramos ganar un poquito más, ahí no teníamos la certeza de conseguirlo.

Mi padre, José de Jesús Centeno Padilla y mi madre, Agustina Herrera Barrón, fueron una pieza clave en mi crecimiento personal. Mi papá nació en San Luis, Missouri, porque mi abuelo, Domingo Centeno, trabajaba de minero ahí. Lamentablemente fallece mi abuelo cuando mi papá era muy pequeñito, entonces mi papá y mi abuela María Padilla regresaron a San Juan de los Lagos, de donde eran oriundos.

Recuerdo que mi papá manejó un tiempo un acta de nacimiento como si hubiera nacido aquí en México, en San Juan de los Lagos, y desconozco si él sabía exactamente su fecha de nacimiento.

Mi padre creció siendo un analfabeta, y todas las carencias que ellos tenían en ese tiempo de alguna forma lo obligaron (o más que obligar, yo creo que lo hartaron) a que siendo un niño de sólo doce años vino a dar a la región lagunera y encuentra en el ejido La Paz a personas que lo cobijaron y le dieron acomodo. Una familia le daba de comer, y un señor en la hacienda le compartía de su cobija; era velador, joven

también, porque era 23 años más grande que mi padre, pero ya trabajaba en la hacienda.

Una familia, Miguel de la Torre, Pedro de la Torre y Esther, la esposa de Miguel, hasta donde alcanzo a entender, sin ningún interés, más que enseñarle, porque ellos si estaban cultivados culturalmente hablando, tostaban tortillas y se las daban a los muchachitos a cambio de que fueran a estudiar, a enseñarse a leer y escribir ahí en su casa, los invitaban para enseñarlos, y eso para mí es muy relevante porque gracias a ellos mi padre aprendió a leer y escribir. Lo que es muy destacable de mi padre es el hecho de que siempre fue muy trabajador, mucho muy trabajador. Ahí en la hacienda se enseñó a ser mecánico, se enseñó a trabajar y a manejar, de tal suerte que se convirtió en chofer de los Villarreal, chofer de la familia, de todas las confianzas. Con el devenir del tiempo mi abuela María le da a mi padre dinero de unas tierras que eran herencia familiar y eso provoca que, después de muchos años de distanciamiento, porque hubo mucho distanciamiento, se rehicieran las relaciones entre mi padre y mi abuela.

Con ese apoyito que mi abuela le hace llegar a mi padre él se asocia con aquellos dos de la familia De la Torre, quienes lo enseñaron a leer y escribir; se asocian y compran un camioncito Fargo, azul, muy bonito, lo tengo presente como si lo estuviera viendo ahorita porque fueron etapas que me dejaron marcado para toda la vida. Compran ese camioncito y el que ponía la fuerza trabajo realmente era mi papá, porque los hermanos De La Torre, con todo el respeto del mundo, eran gente como de mucho caché, que no se metían a la talacha.

Total que se logran hacer de tres camiones, el Fargo, luego compran otro más grande, De Soto, y luego un GMC, General Truck. Más tarde, por alguna razón que desconozco, esa sociedad se termina y los hermanos De la Torre se que-

dan con dos camiones y mi padre se queda con uno, pero después llegamos a tener alrededor de ocho tráilers como patrimonio familiar.

Mi papá era el típico hombre apuesto; tenía pues un *problema* muy grande: era muy parecido a don Luis Aguilar, artista muy famoso en esa época al que apodaban El Gallo Giro, y a mi papá le decían igual por su notable semejanza.

Ese fue mi padre, una persona con la que por alguna razón en muchos aspectos yo comulgaba, pero con la que en muchas otras chocábamos mucho, mucho, mucho. Porque yo me crié siendo muy rebelde, en el buen sentido de la palabra; tengo la fortuna de que heredé de él el amor por el trabajo, el no ser tomador. Lo único que no heredé de él fue el gusto por el cigarro; ese fue uno de los factores que a él lo vinieron acabando.

Lamentablemente, a sus 40 o 42 años lo ataca un cuadro de diabetes muy severo que se lo acaba, literalmente, porque antes de eso él era un atleta. Lo bueno dentro de lo malo es que estaba muy joven y pudo sobrellevar la diabetes pero posteriormente le da una embolia; tenía tal fuerza de carácter que no se dejaba y no se dejaba, no se amilanaba. Sobrevivió varios años así, se hizo fanático de un señor conocido como “el indio Ramón”, que tenía un laboratorio naturista allá por la Huasteca; mi papá hacía viajes y gracias a Dios, cuando le da todo ese tipo de enfermedades, tenía su buen colchoncito derivado de su trabajo, así que podía darse sus lujos. De los viajes que hacía traía garrafones de veinte litros de hierba que preparaba esa persona para contrarrestar la diabetes, remedios caseros, y digo “caseros” porque era un laboratorio en forma lo que tenía el señor, este laboratorio tengo entendido que se lo había construido Cantinflas porque lo había curado de cáncer en algún momento de su vida.

Esos viajes y esos remedios, nos dieron la oportunidad de poder convivir con mi padre hasta su muerte, hace ya 22 años de eso.

Mi madre... mi mamá de alguna manera, aunque mi papá era una figura muy recia, la verdad es que mi madre tenía muchas similitudes con mi padre en cuanto a su educación.

Ella nace en un pobladito que se llama san Rafael de Jicorica, que está como a 20 kilómetros de Rodeo, Durango. Cuando era muy niña, mi abuela se va a vivir a otra parte de Durango, ahí se empieza a desarrollar mi madre con todas las carencias del mundo.

Lo menciono sin que sea crítica, mi madre tenía una hermana que era hija de otra persona, y luego mi madre era hija de otro señor, de mi abuelo Jesús, al cual le debemos mucho; una de ellas, el amor por los caballos. Mi madre me llegaba a platicar muy entusiasmada acerca de su papá y siempre me decía: “Platica con don Jesús el del billar, don Jesús Álamos, él fue amigo de mi papá”, y en una o dos ocasiones le llegué preguntar y me llegó a platicar de su amigo (mi abuelo).

Entonces mi madre, al igual que mi padre, viene a dar aquí a la región lagunera en busca de trabajo y termina en la hacienda en donde le dieron trabajo de sirvienta. Ella tenía muy buena relación con los dueños de la hacienda, los Villarreal, que de entre las muchas cosas destacables que tenían, su don de gentes era lo principal. Frecuentaban a mi mamá todavía muchos años después de que había dejado de estar al servicio de ellos, la seguían tratando como si hubiera sido de la familia.

Mi mamá era también analfabeta, no sé si ella era tan analfabeta con mi padre, muy probablemente ella sí haya tenido la oportunidad de ir a la primaria, nunca platicamos ese aspecto, lamentablemente, pero ella sí sabía leer y escribir, lo básico.

Recuerdo que era muy estricta, en todos los sentidos, te pongo un ejemplo muy sencillo: cuando yo empiezo a ir a la primaria y me encargaban tarea, mi mamá siempre estaba al pendiente de mí y en aquellos entonces era costumbre que te

encargaban planas completas de palitos, planas completas de bolitas, planas completas de las letras, de todo el abecedario. Entonces donde mi mamá llegara a descubrir que yo estaba haciendo mi plana en forma vertical y no horizontal, eran unos zapes de miedo y con lo que ella tuviera a la mano, siempre tenía algo a la mano, al menos una “chancilla” decía ella, a veces era una cuchara, lo que fuera, ella te daba. El hecho de que yo tenga la fortuna de no ser calvo es que con tanta descalabrada creo que ahí me renacía pelo.

Ella fue la ayudante perfecta de mi padre para la administración de lo que se iba haciendo, del negocio familiar, y se necesitaba una buena administración porque éramos muchos. Fuimos diez hermanos; siete hombres y tres mujeres.

Tuve la fortuna de ser el primogénito y eso me encaminó a un sinnúmero de responsabilidades y obligaciones, más habiendo nacido en un hogar que si bien es cierto yo siempre lo vi lleno de amor, no menos cierto es el hecho de que faltaban muchas cosas. Pero así crecimos todos, esos diez hermanos, de los cuales lamentablemente se nos adelantó José Francisco que era el que me seguía, hace unos diecisiete años; murió muy joven, él si heredó de mi padre el gusto por fumar, en su caso dos cajetillas diarias. Todos mis hermanos son así, menos Juan, todos los demás son muy fumadores, y de las tres mujeres también tuvimos la desgracia de que se nos muriera la más grande, Lety; Leticia murió también con el mismo problema del cigarro. Actualmente de esos diez hermanos, vivimos ocho, lamentablemente todos mis hermanos tienen diabetes, lo cual les provoca muchos problemas en todos los sentidos y el único que se libró de eso fui yo; por equis o por ye bendición, y ese es el “pleito”, entre comillas, con los doctores porque lo primero que preguntan son tus cargas familiares y me dicen que yo soy propenso, yo les digo que no porque cuando ellos me engendraron no eran diabéticos.

Hablando de mi familia, quiero hacer mención de mis abuelas; mi abuela Simona por parte de mi madre, y mi abuela María por parte de mi padre. Ellas eran totalmente... ¿cómo podría mencionarlo sin que pudiera parecer una falta de respeto o grosería? Porque es lo menos que quiero. Mi abuela María era una mujer, no blanca, lo que le sigue, al extremo, pelirroja, ojos verdes, un verde aceituna fuera de serie, y mi abuela Simona era todo lo opuesto, ella era una india literalmente hablando, también en el buen sentido de la palabra, una morena alta, hermosísima; ambas eran hermosas.

De parte de los padres de mi mamá conocí a mi abuelo Pablo, que fue realmente el que la crió, pero mi madre no olvidaba nunca a su padre biológico, ella lo tenía muy presente porque de niña, dice que aún en contra de la voluntad de mi abuela Simona, trataba de estar al pendiente de ella.

Mi abuela Simona trabajadora a más no poder; a las cuatro/cinco de la mañana ya andaba preparando el nixtamal para llevarlo al molino a que se hiciera la masa para hacer gorditas.

Sin hacer menos a mi abuela María, aquella mujer blanca fuera de serie, no puedo decir que no fuera trabajadora porque también lo era, ya muy grande ella se la pasaba haciendo chalinas para vender.

Mis padres practicaban la religión católica; yo igual, somos devotos de la virgen de San Juan de los Lagos, y gracias a mi abuela surgió una tradición familiar: ir a visitarla a San Juan al menos dos veces al año, e ir a ver también a la virgen de San Juan y en el trayecto pasábamos a Plateritos a visitar al Santo niño de Atocha. Íbamos todos, y cuando digo todos es todos, conforme nos fuimos incrementando los hijos, agarraba mi mamá a sus chiquillos mocosos al tren y esa era una tradición que a la fecha seguimos teniendo.

Mis abuelas siempre me alentaban a que estudiara y se sentían orgullosas de que me gustara hacerlo.

Recuerdo perfectamente, como si fuera ahorita, mi primaria: la hice en la escuela primaria rural Plan Sexenal, del ejido La Paz. Con mucho orgullo, era el único ejido que tenía hasta sexto año, porque muchos compañeritos de otros ejidos cercanos, de San Agustín, de La Partida, La Palma, Santa Fe, Rancho de Afuera, Rancho de Ana, La Unión, en algunos había hasta segundo año, tercer año y en algunos no había nada y ahí tenían que ir. Entonces yo tuve la fortuna que mi padre fue a dar al ejido La Paz, donde teníamos todo. La secundaria la hago en la escuela secundaria Federal ES313-11, es la clave de la secundaria porque hoy tenemos que la uno, que la dos, que quién sabe qué, hasta la nueve y no sé que tanto; en aquel entonces era la única secundaria que existía.

La preparatoria la estudié en la escuela preparatoria Federal Nocturna para Trabajadores; empezamos ahí en la Centenario, el primer año, y luego estrenamos la escuela que está por Sicomoros y Tabachines. Deserto de la prepa en mi “periodo normal” y me pongo a trabajar; porque yo desde los doce años me enseñé a manejar el tráiler y tal vez eso me jaló a que, contando yo con esas habilidades, decidiera no continuar en la prepa y me pusiera a trabajar de trailerero.

Llega un momento que a la vuelta de los años a unos compañeros se les ocurre que van a entrar a la prepa, ya no tan niños, no en la etapa normal que yo mencionaba, y me invitan y me meten el gusanillo de entrar en la prepa; meterme a la prepa para mí implicaba más responsabilidad, porque mi trabajo lo tenía que seguir desarrollando. Nosotros trabajábamos desde las 2:30 de la mañana hasta las cinco de la tarde normalmente, y todavía nos quedaba mucho tiempo libre. Entonces ese tiempo libre lo utilicé en ingresar en la preparatoria y eso me dejaba a mí, cuando mucho, dos horas para dormir diario; pero tenía la fortuna de ser un muchacho muy sano, sin ninguna clase de vicios, parranderillo

en algunas otras cosas, pero ningún vicio que me quitara el sueño.

Saqué la prepa y me enrolo de tal suerte que hago una licenciatura, soy licenciado en administración de recursos humanos, aunque originalmente era relaciones industriales y luego por ahí nos cambiaron la licenciatura para meternos dos semestres más, obviamente con su correspondiente cobro, y terminamos siendo licenciados de recursos humanos. La verdad mi primer licenciatura fue una especie de aventura porque yo era un trailerero muy exitoso, a los 23 años que ingreso a la prepa yo ganaba lo que podrían ganar tres o cuatro profesionistas, porque aparte de que manejaba mi tráiler, yo era cargador, tenía toda la energía del mundo.

Me agarré de ahí, quemé mis naves, como Hernán Cortés, para no regresarme ya que era muy tentador para mí porque empiezo a trabajar ya profesionalmente hablando.

Tengo la fortuna de que al mes o mes y medio que egreso de la licenciatura —que hice en la UANE, soy alumno fundador de la UANE, de la primera generación— ya estoy trabajando. En aquel entonces empecé con el grupo Trasgo que hoy es el grupo Tyson; un grupo muy importante, y ahí veo otra perspectiva, un panorama completamente diferente a lo que había visto, a lo que había hecho y demás, y se me abre un campo inmenso.

Dejo Trasgo y me voy a trabajar a un corporativo denominado “valores modernos” en el cual empecé a negociar Contratos colectivos a nivel federal y eso me obligó a estudiar la carrera de derecho.

Hice la licenciatura en derecho y también hice una maestría en derecho laboral internacional, actualmente soy maestro de la UAC y recientemente culminamos la reforma curricular en la facultad de derecho, de la cual fui director seis años. Tuve la fortuna de ser director y todo mundo coincide, no lo digo por mí, que nuestra llegada a la dirección fue un

cambio de 360 grados en la facultad. Tengo la fortuna también de que mi hijo Carlos Alberto sea actualmente el director por elección; fue candidato de unidad, lo cual ha permitido la continuidad de los proyectos académicos en la facultad de derecho y lo cierto es que todo eso me mantiene a mí; no termino de encontrar como agradecerle a Dios todas las bendiciones de las que me ha hecho objeto.

Mi primer matrimonio, por ejemplo, es una de esas bendiciones; conocí a Martha Aranda cuando recién nos cambiamos del rancho para acá a Torreón y desde ahí nos empezamos a tratar, de tal suerte que me la robo cuando ella estaba en la secundaria.

Debo haber tenido unos catorce o quince años y a los diecisiete, dieciocho, ya nos estábamos casando, siendo ella unos años menor que yo.

Tuvimos un noviazgo de niños, muy bonito, noviazgo de dos jóvenes, en ese entonces muy sanos, impetuosos en muchos aspectos, yo considero que maduré muy a temprana edad, esa es mi perspectiva.

Todo lo que viví desde niño siento que llevó a que yo pudiera enfrentar una responsabilidad de ese calibre.

Con ella tuve seis hijos, cuatro mujeres y dos hombres, y la verdad considero que siempre fui un papá muy apegado a mi hijos.

Tengo la fortuna de que he podido decidir, con la venia de Dios, mi destino; en todas las actividades laborales que he realizado he tenido esa suerte de poder decidir yo mis tiempos, mis cosas, mis formas y, bendito Dios, una de las herencias de mi padre que fue el amor al trabajo, eso me ha llevado desde muy chiquito a ser muy responsable en ese sentido, de tal suerte que yo me podía dar el lujo, como era dueño del tráiler, de traer a mis niños siempre conmigo, a los que querían andar.

Duré con Martha alrededor de 18 años, poco más poco menos, luego nos separamos y tuve una relación de la cual

tengo dos hijos, que también adoro, Édgar Gerardo y Marco Alberto de apellido Centeno Navarro. Esa relación duró aproximadamente unos diez años, poquito menos, y luego a Laura, mi pareja actual; la conocí cuando estaba estudiando mi carrera de derecho, fuimos compañeros en la facultad allá por el 87, porque yo había ingresado a la facultad de derecho en el 82 y tuve que desertar en el 84 cuando llevaba año y medio ya que colaboraba para un corporativo en el cual tenía que estar viajando constantemente junto con mi director general en aquel entonces, que en paz descanse, persona a la cual admiré y respeté mucho: don Alfonso González Estrada. Él me pidió de favor que le atendiera unas empresas en Obregón, Sonora, y el compromiso era supervisarlas desde el punto de vista de la administración de personal. Una vez a la semana, cuando yo estaba en la carrera, y esa semana que yo me comprometí con mucho gusto porque le tenía mucho respeto y agradecimiento, llegó a convertirse en tres semanas al mes, entonces no me daba tiempo y deserté de la facultad. Regreso en el 87 revalidando un año y en esa generación 86-91 es que conozco a Laura, con la que ya tengo pues desde aquellos entonces, del 87 a la fecha, en una relación de pareja y con quien tengo tres hijos.

La calidad de vida fue muy diferente por la simple y sencilla razón que no puedes dar la misma calidad y atención en todos los sentidos a personitas que son tus hijos, siendo trailero que siendo profesionista, entonces eso conlleva muchas cosas.

El hecho de que mis hijos, de diferentes madres, se lleven tan bien, es extraordinario para mí, fue una situación que no puedo decir que se haya planeado así, pero de alguna manera debió haber sido.

No quiero echarle la responsabilidad a nadie, pero mi padre tenía hijos fuera de la relación que tuvo con mi madre; y desde chiquitos, ante el enojo y aún contra la voluntad de mi

madre, pues nos acercó para que nos conociéramos y de más, es muy probable que eso sea lo que en mí haya sembrado la idea de creer que quienes son hermanos aunque hayan nacido en diferentes senos familiares por las razones que hubieran sido, son hermanos a fin de cuentas.

Por ejemplo, en la actualidad nos estamos juntando con un grupo de cabalgantes y hace unos días dos señores iban comentando: “Que nos dé el amigo Centeno la receta”, porque ellos no pueden lograr eso; sus hijos no admiten que haya otros hermanos y yo no entro en esa dinámica porque no soy quién para discutirlo, pero para ellos eso es muy relevante, ver que mis hijos están unidos, mis hijos se quieren como lo que son, como hermanos, y mucho de ello también se lo debo a Carlos, porque desde niños empezaron a convivir; en la actualidad quien me los junta a todos para que sean una “banda” según ellos, es Carlos, el factor de unión.

Si tuviera algo de autoridad moral para darle algún consejo a alguien, sería lo siguiente: una persona podrá tener uno y mil intereses, pero los hijos están por encima de todo; por ejemplo, en mi carrera de abogado cuando se trata de cuestiones familiares, lo primero que impongo a las parejas en conflicto es que se dejen de intereses personales y vean por el interés mayor de sus hijos.

Considero que mi vida ha estado llena de desafíos, pero el mayor desafío que tuve en mi niñez fue el poder responder a esas expectativas que mis padres tuvieron para conmigo, por haber sido el mayor. Recuerdo muy bien que de niño yo decía que quería ser odontólogo, nada que ver con lo que terminé estudiando, y me acuerdo mucho que mi padre hacía comentarios reiteradamente, que estaba juntando para ponerme mi consultorio, entonces eso me da una idea, ya que con mi padre yo me quedé creyendo muchas cosas, indebidamente, como que hacía más por otras personas que por mí y al final quien me hizo entender que no era así, fue Carlos, uno de mis hijos.

Yo fui muy rebelde, acostumbraba a hacer las cosas contrarias a lo que las personas adultas querían que hiciera, pero contrarias siempre buscando hacerlas mejor para justificar el por qué yo desacataba determinadas cosas; siento que me casé chiquillo porque mi papá no quería que me casara, si mi papá me hubiera dicho “cásate”, pues no me caso.

La verdad no me arrepiento de haberlo hecho porque tengo hijos e hijas hermosísimos de esa relación, una de las bendiciones que comentaba anteriormente.

Otra bendición fue la segunda oportunidad que Dios me dio, este 20 de noviembre tengo la fortuna de cumplir siete años en que Dios me concedió la gracia de regresarme después de que mi caballo me pateó en la cara; yo era muy guapo antes del accidente.

Tuve la fortuna de irme sin sentir exactamente nada porque la patada me fulminó, pero Dios estaba conmigo en el momento del accidente. Gerardo Alberto, uno de mis once hijos registrados, y su vocecita fue la que me hizo regresar, que yo siempre digo que fue su voz, pero Dios materializado en él, yo escucho que me dice: “Déjame ayudarte” y pues yo dije “¿Quién soy yo para no dejarme ayudar, verdad?” En ese momento tomo conciencia de dónde yo ya iba, porque ya iba, eso es un hecho. Ya iba, y cuando escucho la voz tomo conciencia en mí, obviamente sin mi cuerpo, entonces lo que hago es regresar. Lo tengo bien presente, me regreso y veo todo el entorno antes de incorporarme a mi cuerpo, yo calculo que estoy a una altura de diez/doce metros; no sé por qué deduzco eso cuando veo todo el panorama y me incorporo a mi cuerpo; me incorporo y lo que recuerdo muy bien es que lo primero que le digo a mi hijo es “No te asustes, no pasa nada”. Me levanté y seguí cometiendo muchos errores, como los que había cometido para que mi caballo me pateara; como fue ir a enjuagarme en un tanque donde abrevaban los caballos, del cual sacábamos nosotros los pájaros muertos y los ratones

muertos. Me dicen los médicos: “Eso te pudo haber causado un choque...”, no sé qué término médico emplean pero me dijo un médico hace cosa de un año, pasadito un año que nos pusimos a platicar esa experiencia, el doctor González Luna que daba clases ahí en la facultad, nos pusimos a platicar de las incidencias de mi accidente y cuando le comento eso, él me dice: “Te pudiste haber muerto ahí en ese momento, pero como te ibas a morir si te acababan de regresar”, pues no tenía sentido. Y así todavía desato el caballo que me había pateado, lo desato porque lo había dejado atado por delante, que fue parte de los errores que se cometieron, bajo una yegua que teníamos ya en el remolque, desgancha el remolque, saca la camioneta y desde entonces no hemos parado. La lealtad en la vida de una persona, es importantísima, no sé si podemos tener como un valor personal el creer en Dios, ser leales a él. Todo eso que me pasó, fue una experiencia que marcó mi vida muy fuertemente; como lo fueron los nacimientos de cada uno de mis hijos; también el hecho de que siendo yo trailerero me sentía el rey del mundo, era un imberbe, pero me sentía el rey, sentía que no había niveles jerárquicos y de ejemplo pongo que cuando yo era niño e iba a dejarle el lonche a mi papá, mi papá le daba servicio a la Coca-Cola, yo empecé a crecer en ese ambiente de camiones, refrescos y demás.

Resulta que cuando ya oficialmente empiezo a manejar mi tráiler a los 16 años, yo le hablaba de tú a los gerentes de las plantas, quienes eran unos señorones, y no faltaron personas que me llegaran a querer llamar la atención, y mi respuesta siempre fue que nadie era más que yo, y tal vez eso me llevó a tratar de tener los elementos suficientes para que efectivamente nadie fuera más que yo, sin que eso implique que yo sea irrespetuoso; trato de ser la persona más respetuosa del mundo pero en conocimientos y en todo, yo siento que todos tenemos una base como para poder llegar a hacer y ser lo que

nosotros queramos, que alguien es virtuoso en tal cosa ¿Sólo él puede llegar a serlo? ¿Por qué nosotros no?

Puedo resaltar como bendición y gran experiencia de vida también, que entre otras fortunas, me tocó vivir en el siglo pasado.

Eventos importantes, por ejemplo, no me tocó vivir lo de la segunda guerra mundial pero me acuerdo que de niño me llamaba mucho la atención ver a las personas en el rancho, años después, leyendo el periódico y se hablaba de los estragos de la guerra.

Me encantaría poder tener aunque fuera un día con Jesús, simplemente para intercambiar opiniones; Jesús fue una persona que vivió muchos sinsabores desde niño y que luchó en contra del poder y con elementos de juicio, sin llegar a las armas.

Lo disfrutaría porque creo que está lleno de una y mil anécdotas que siento me darían la sabiduría de saber cómo actuar en ciertas ocasiones; no lo había mencionado, pero en mi primer matrimonio, no tuve seis hijos, fueron siete, tuve una niña que falleció chiquita, yo siempre le he echado la culpa a un médico que me la desatendió; ella se llamaba Nancy Haydé, y a lo mejor lo único que hubiera tratado de cambiar es que ella no hubiera muerto.

Me marcó porque estaba yo muy joven cuando se me muere y, a excepción de la muerte de mi abuela María, que era la que hasta ese momento había yo sentido más, en una personita tan pequeña, que se me hubiera muerto porque no se le atendió siendo que tenía un médico que nos cobraba mucho y aún así equivocó el tratamiento.

La verdad lo afronté de una forma muy agresiva, yo me acuerdo que en alguna ocasión le dejé ir el tráiler encima al carro del médico y logró escaparse y le dio la queja a mi papá. Ahora pienso y digo qué bueno que no pasó a mayores porque era un niño en realidad, y yo no era ese tipo de persona,

al contrario. Si alguien llegara a recordarme alguna vez, me gustaría que pensarán en mí como el centauro más amoroso del mundo con sus hijos, que supieran que estoy agradecido con cada una de las mujeres que han convivido conmigo y que me dieron hijos, agradecido por el tiempo en que llegamos a convivir, ser recordado como alguien que les pide a mis hijos que se cuiden, que hagan muchos amigos y que crean en Dios.

**RODRIGO MALDONADO VALADEZ:
HASTA LO IMPOSIBLE**

JOSELYN MALDONADO SÁNCHEZ



Rodrigo Maldonado Valadez nació un 23 de diciembre en el Distrito Federal, pero antes de que cumpliera un año de edad ya habitaba en la ciudad de Torreón, Coahuila. Sus papás emigraron de Torreón a la Ciudad de México y después volvieron para continuar su vida. Jesús Maldonado Carrillo, su padre, trabajó con maquinaria pesada hasta que decidió empezar a trabajar por su cuenta. De hecho, don Jesús era un hombre muy importante para la ciudad en aquel tiempo. Él era mano derecha del señor Ortiz de la Rosa, uno de los líderes más grandes que ha tenido La Laguna. Nada más tenía 200 carros de ruta y eso le bastaba para controlar la mayor parte de Torreón. El señor tenía el poder de poner a los presidentes y de quitarlos, al grado de que hasta el gobernador de nuestro estado tenía conexión directa con él. A su lado siempre estaba don Jesús, el padre de Rodrigo, trabajando como su guardaespaldas y su amigo.

Cuando el señor Ortiz de la Rosa murió, don Jesús tuvo que buscar nuevamente un empleo que le permitiera estabilizar a su familia. Se metió a trabajar a una vulcanizadora, pero después tuvo su primer restaurante. Don Jesús lo llamó El Superior. El nombre se debía a una cerveza de la Carta Blanca que así se llamaba y en aquel entonces era la que más vendía. El restaurante tenía un letrero grande con una mujer rubia y la cerveza a un lado. Ahí don Jesús vendía todo tipo de comidas corridas. Estaba ubicado enfrente de una compañía muy importante, la cual lo mantenía estable ya que los trabajadores que salían a comer en su hora de descanso, eran

los que hacían que funcionara el negocio. Lamentablemente, cuando la compañía quebró, todo se vino abajo hasta que el restaurante también quebró. Don Jesús tuvo que regresar a la vulcanizadora, pero, debido a que tuvo un severo accidente en este lugar, decidió buscar otras alternativas y dejar aquel trabajo por completo.

Por otro lado, su madre, doña Ester Valadez de Maldonado, a la vez trabajaba en un pequeño pero muy famoso restaurante llamado El Xóchitl. Este restaurante vendía comida mexicana de la mejor calidad y toda era cocinada por la mamá de Rodrigo, quien afirma que no ha existido mejor cocinera en el mundo que ella. Trabajaban dos días y sacaban para toda la familia. El Xóchitl fue un éxito hasta que los dueños del terreno donde estaba el local decidieron correr a doña Ester de ahí para ellos abrir su propio restaurante. Después de este acontecimiento don Jesús se topó con el local que cambiaría su vida y la de toda su familia por completo.

Don Jesús pasó por el puesto de la Javier Mina e Hidalgo y vio que lo vendían. Le preguntó a un señor llamado Sergio que a cuánto lo vendía. Él le dijo que a 20 mil pesos, y el papá de Rodrigo le propuso pagarle una parte y empezar a trabajar para después pagarle el resto, consiguió cinco mil pesos para pagarlo y al engancharlo comenzaron a trabajar. Lo difícil era que la competencia que estaba a un lado era uno de los restaurantes más famosos en aquel entonces y vendían exactamente lo mismo que ellos: taquitos dorados.

“El Pitt estaba ahí a un lado, tenían cincuenta años ahí... No eran nuevos. Y era impresionante, en ese restaurante había un mundo de gente... Estaba pero hasta la madre, hija, hasta la madre siempre. Tenían quince mesas adentro y las quince totalmente ocupadas. Y tenían dos líneas de estacionamiento gigantes, se tardaban para darte una orden hasta dos horas y la gente esperaba. Esperaba porque estaban ricos, pero más

que nada porque en ese tiempo no existían comerciantes”, afirmó Rodrigo.

Y mientras ellos daban la orden hasta a cinco o seis pesos, Rodrigo y su padre la daban a uno. El primer día pues vendieron una orden; el segundo, nada, y el tercero, pues dos órdenes... y el cuarto, nada, y así iban luchando. Había muchos borrachitos, esos fueron sus primeros clientes porque ahí afuera había una cantina y desde ese entonces Rodrigo trabajó ahí. Atendiendo y preparando ordenes de tacos para la poquita gente que había. Desde los diez años, parado en una caja de madera y con un comal enfrente listo para trabajar todas las noches.

Después sucedió así...Una vez entrando, vio a los que estaban esperando para ser atendidos en el Pitt, Don Jesús les regaló tacos. Le dijo a un padre de familia: “Pruébelos, si no le gustan, no me los paga”. Y los probaron. El señor bajó a su familia y cenaron ahí, después el carro de enfrente vio y también se bajó. Fueron las primeras dos familias que tuvieron Rodrigo y su padre en ese puesto que hasta la fecha sigue siendo muy exitoso. Ya después se corrió el rumor... Antes por el centro era la zona rosa. Había tiendas departamentales y todas manejaban empleados de todo tipo y entre ellos mismos corrían el rumor. Hubo una señora llamada Inesita que los ayudó mucho haciendo propaganda y demás hasta que todos los que trabajan ahí en las tiendas departamentales y en todo eso ya eran sus clientes. Después pasaron dos meses y empezó todo a explotar un poquito más, Coca-Cola los apoyó y les dio mesas, sillas y todo, hasta que se convirtió en un mundo de gente. Pasó el tiempo y empezaron a crecer. A veces llegaban a las siete y para las diez ya no había nada. Cuando sucede esto Rodrigo y sus hermanos empiezan a tener una mejor calidad de vida, y él, aunque también estudiaba, se la pasaba en ese puesto haciendo tacos y generando clientes contentos.

Cuando siguió creciendo, Rodrigo ya tenía doce años. Seguían creciendo y creciendo. Y pasó el tiempo. En un año explotó todo y por ahí del 89 se empieza a fincar El Imposible, que es un restaurante de tres pisos ubicado en la Hidalgo. Don Jesús compra el terreno y empieza a fincar con sus propias manos. El andaba por todos lados poniendo ladrillos, tuberías y todo. Cuenta Rodrigo que lo llamó El Imposible porque toda la gente le decía que era imposible comprar un terreno como el que había adquirido y construir con las ganancias de un puestecito pobre de la avenida Hidalgo. Le decían que era imposible que todo lo que ahora poseían lo habían sacado de la ganancias de ese puestecito, era imposible decían. Pero al final de cuentas lo fue, y don Jesús en honor a todos esos comentarios lo nombró así, El Imposible.

El 9 de mayo de 1988 se inauguró el primer restaurante, y marcó la pauta para iniciar una cadena familiar de negocios que hasta ahora sigue siendo exitosa.

Después de esto, Rodrigo siguió como hasta el día de hoy, trabajando en el puesto de la Javier Mina e Hidalgo. Conoció al amor de su vida, María del Socorro Sánchez García, quien era cliente frecuente de aquel puesto. Un día él se animó a hablarle y empezaron una relación hermosa y actualmente estable. Su forma de vida era muy diferente en aquel entonces, pero eso no detuvo que el amor triunfara al final. Aprendieron a complementarse uno al otro y a aceptar sus diferencias y ahora son padres de tres exitosos hijos: Rodrigo, Eduardo y Jocelyn Maldonado Sánchez, los cuales actualmente estudian y trabajan tratando de seguir los pasos que don Rodrigo les dejó.

Aunque, como él cuenta, las cosas se vieron difíciles porque él jamás se imaginó meter a sus hijos en un colegio tan caro como el Americano, porque su contexto no conocía una clase de educación así. La diferencia fue que su esposa siempre lo imaginó y ella siempre supo que ahí quería que sus

hijos estudiaran y recibieran la mejor educación posible. Al final de cuentas todo se pudo lograr, a lo largo de sacrificios y mucho trabajo por parte de este gran hombre, su familia recibió la mejor educación posible y ahora son nada más y nada menos que algo posible, algo exitoso.

Con el tiempo te das cuenta de que todo, todo, todo esfuerzo vale la pena y al final te llenas de satisfacción aun cuando en el pasado eso pudo causar problemas, estrés, agotamiento, desánimos, etcétera. Al final, después de todo ese trabajo tan duro como el que ha ejercido y ejerce Rodrigo Maldonado, tiene consecuencias increíbles, pues cuando se invierte el esfuerzo en lo que de verdad vale la pena, ese esfuerzo siempre brillará al final de la escena.

Papá, ojalá y este escrito te haga recordar lo valioso que eres. Nunca olvides que estoy y estaré infinitamente agradecida por todo lo que me has dado. Ojalá y algún día todo ese sudor, esfuerzo y trabajo te lo pueda devolver para que te sientas orgulloso de mí como yo siempre lo he estado de ti. Nunca olvides que te admiro y te quiero infinitamente.

Con amor,
Jocelyn

**MARÍA DE LA LUZ RECIO BATRES:
LA CUCHARA DE LA ABUELA**

GABRIEL SÁNCHEZ MEJORADA CALDERÓN



La cocina mexicana es reconocida internacionalmente por la diversidad de platillos presentes a lo largo y ancho del país gracias a la riqueza cultural y tradicional enraizada en el amor a la tierra que nos da año con año maíz, frijol, chile, tomate y cebolla, elementos fundamentales en toda cocina mexicana. La ahora Ciudad Lerdo tiene también su particular historia culinaria, muy rica por cierto; sin embargo, este recetario permite apenas entrever la cocina lerdense. Más bien, lo que sí se puede encontrar en estas líneas inspiradas en una tal Tita, es la cocina de mi casa, tu casa. A mis 86 años quiero compartirte el secreto de ese plato que tanto me elogiaste; espero lo consideres, mas no lo sigas al pie de la letra. Aprópiatelo. Hazlo tuyo. Después compártelo.

Con cariño,

Luz

SEMITAS BLANCAS CON EJOTES Y CHORIZO

Ingredientes:

300 gr. de ejotes

½ bolita de chorizo Camargo

½ cebolla

3 huevos

aceite

Procedimiento:

Los ejotes se limpian, se cortan en cuadritos y se cuecen en agua con sal. Se pone a freír el chorizo para después agre-

garle la cebolla finamente picada hasta que esté acitronada. Se cuelean los ejotes y se agregan al sartén con la cebolla y el chorizo. Hablando de ejotes, me acuerdo que mi mamá me contó que se fue con mi abuelito y toda su familia de braceros a San Bernardo, California; mi mamá tenía catorce años, y allá andaban en el corte de ejote, cebolla, lechuga, chícharo; empacaban toda clase de verduras. Estaban asentados en una carreta con una carpa, adentro dormían las mujeres y los hombres afuera. Había hambre aquí en México, no se conseguía comida, decía mi mamá que comían frijol agorgojado, así, con todo y gorgojo se los comían del hambre que tenían; era la Revolución, por eso se fueron.

Cuando regresaron de allá, mi abuelo dijo: “Tengo que recoger el dinero del banco, pero ¿cómo me lo voy a llevar?”. Se trajeron el dinero porque ya no querían estar allá, querían venirse a Lerdo otra vez. Entonces mi abuelo agarró una colcha y puso todos los dólares que traía, era un bulto grande de dólares, le hizo un nudo y se los dejó a un fotógrafo que conoció en el otro lado, le dijo: “Aquí cuídemelos, voy a dejar a mi familia y luego vengo”, y se subió al tren. Ya arriba le dijeron sus hijas “Papá, ¿y si cuando vuelva usted, el fotógrafo ya se fue con el dinero?”. Pos se regresó por el dinero y ahí viene con su colcha llena de dólares. Se vino con el dinero así, cargando. Llegando amueblaron su casa, compraron una huerta de media manzana con derecho a riego del río, compraron vacas, y utilizaron los conocimientos que ellos aprendieron allá sobre la siembra. En todo el centro de Lerdo corría el agua, cuando llovía acá se venía, corría por las calles, ahí había una pila grande y honda donde entraba el agua, se llenaba y corría por tubos, así se regaban las huertas, parras e higueras. Recuerdo que mi abuelito vivía en las orillas de Lerdo, antes las casas eran de una manzana porque eran de una huerta, o de un cuarto de manzana o de media manzana; yo vivía en media manzana.



GELATINA DE DURAZNO

Ingredientes:

4 gelatinas chicas de durazno
2 latas de duraznos en almíbar
2 latas de leche Nestlé
2 latas de leche Clavel
1 litro de leche
Maizena

Procedimiento:

Primero se disuelve la gelatina en un poco de agua tibia, luego se licúa con el almíbar de los duraznos. El olor a durazno es riquísimo, me recuerda mucho a mi infancia, el de durazno y el de granada. Es que mi abuelita tenía muchos frutales: duraznos, chabacanos, membrillos, manzanas; tenía como veinte higueras en todo el frente de la casa. Cuando se caían los higos de maduros, los recogíamos, los secábamos y los aplanábamos con harina, así se guardaban de año a año. Los domingos dejaban entrar a la huerta por dos pesos para que la gente se comiera todos los higos que quisiera. Mis abuelos tenían marranos, vacas, gallinas, hortalizas; también sembraban maíz, había mucho elote. Tenían lechuga, tomate, cebolla, ejote, chícharo, además de hierbas de olor; tenían hierba buena, tomillo, mejorana, laurel.

Mi abuelita tenía un surco grande, como unos treinta metros de puro rosal; las flores las vendía por docena, había tiritas de hoja de palma y con eso amarraban las docenas. Mi abuelita siempre andaba con su delantal, tenía una bolsota que hacía de los pantalones viejos, siempre cargaba ahí las tijeras de podar para cortar sus flores y hierbas. Llegaban en la tarde las floristas con sus canastas para comprarle a mi abuelita las rosas y venderlas en Torreón; ellas iban y venían en el tranvía. Había un tranvía de Lerdo a Torreón que tenía dos carros: de primera y de segunda clase; ese tranvía lo cerraron

el 25 de diciembre 1952. Me acuerdo de la fecha porque fuimos Antonio y yo a hacer el viaje, dijimos: “Ya mañana no va a funcionar, vamos a Torreón y nos venimos en el tranvía”, ese fue el último.

A mi abuela Petra, mamá de mi papá, no la conocí, mi abuelo Encarnación era viudo, él era juez de algo del gobierno. Cuando él murió yo tendría unos tres años. Me acuerdo que él estaba en la cama y yo me acercaba y mojaba el pan en el chocolate y me daba; ese es el primer recuerdo que tengo, el primero de mi vida. Mi abuelo dándome miguita de pan con chocolate. El segundo recuerdo que tengo en mi vida es una caja de muerto con velas y muchas gentes rezando, de luto; el de la caja era mi abuelo.

CREMA DE PORO Y PAPA

Ingredientes:

4 cucharadas de mantequilla

3 poros grandes en rebanadas

½ kg. de apio cortado en trozos

2 tazas de leche

sal y pimienta

nuez moscada rallada, al gusto

1 taza de crema (ligera o espesa)

Procedimiento:

En una cacerola grande, de metal grueso, derrites a fuego moderado la mantequilla y después fríes los poros y las papas revolviéndolos constantemente durante siete minutos. Agregas el apio y dejas que se cocine durante un par de minutos más sin dejar de revolver. Esta crema le gustaba mucho a mi papá, mi mamá siempre se la hacía. Ellos se casaron muy jóvenes, era muy común que se casaran así, él tenía 22 y ella 19. El día de su boda, el 2 de abril de 1927, estaban los rosales como tapete inmenso; dice mi mamá que trajeron dos carre-



tillas de flores para arreglar la sala donde se iban a casar por el civil porque entonces estaba la persecución a la Iglesia y no se podían casar por lo religioso.

El primero en nacer fue Héctor y después yo. Luego nacieron Beatriz, Jesús, Hortensia, Otilia, ella falleció de dos años, después nació Josefina y se murió al año y medio; las dos murieron de bronquitis porque todavía no se inventaba la penicilina. Luego nació Encarnación. Nacimos en Lerdo, pero no siempre vivimos aquí, un tiempo nos fuimos a Aguascalientes porque mi papá no hallaba trabajo y un hermano de él le consiguió allá. En Aguascalientes hice el párvulos, antes de entrar a primero, como el kínder. Nomás que cuando yo regresé a Lerdo y me pusieron en la escuela no me aceptaron en primero, me metieron a segundo porque era yo muy vivarachilla. Tengo un diploma que me dieron en cuarto año por buena alumna, así que si me hubieran dado más estudios sí hubiera salido yo muy buena. Siempre quise estudiar, me gustaba mucho, pero no se pudo.

MOLE ROJO

Ingredientes:

- 1 vasito de mole Doña María
- 1 pollo
- 1 tortilla
- ½ plátano
- ¼ de cebolla
- ¼ de tomate
- ½ tableta de chocolate Abuelita

Procedimiento:

Se pone a cocer el pollo limpio, desgrasado y partido en agua con ajo, cebolla, cilantro y sal. Cuando ya está cocido se pone a freír la tortilla en trocitos, luego la cebolla también en trozos. Luego se agrega tomate, plátano y por último chocola-

te. Ahora se come mucho pollo, y muy industrial, pero antes también comíamos palomas. Cuando las palomas estaban grandecitas mi mamá hacía cena de pichones, los mataba, pelaba, doraba y pa'dentro. También teníamos unas tinajas enterradas en donde se criaban conejos que también nos comíamos; teníamos cóconos, gallinas y la huerta; ahí entre la Sarabia y Rayón. Cuando Beatriz y yo llegábamos de la escuela cogíamos una tinaja chiquita y la llenábamos de tacos de frijoles, porque todavía estaban hirviendo de donde hacían las tortillas, con unos chiles serranos, un salero y agua; nos subíamos a la higuera y ahí nos comíamos nuestros tacos y nos enchilábamos, nos sentíamos en otro mundo. A mis hermanos y a mí nos gustaba hacer travesuras, nos subíamos a la azotea con un gato y luego lo aventábamos, nos gustaba que diera vueltas y cayera de patas, salía corriendo como alma que lleva el diablo; ya nomás le hablábamos otra vez “Chito, chito, chito...”, y se metía quién sabe dónde, nos tenía pavor. Las casas eran viejas y altas, nos gustaba que el gato negro diera vueltas y que cayera de costalazo, éramos terribles.

Tenía mi mamá un horno de barro para cocer y hacer cemitas y gordas de horno; un día medio se cayó, mi mamá lo arregló y lo compuso para meter los pollos ahí porque en la noche llegaba el tlacuache. Antes había tlacuaches, todo era campo, todo el bulevar hasta Torreón eran labores, y fueron vendiendo y se fue perdiendo todo horriblemente; pero pasaba uno de Lerdo a Torreón y veía uno los campos de algodón, no comercios ni nada de eso como ahora. Las carreteras de Lerdo a Gómez eran álamos que formaban un túnel. Total, ahí en el horno se metía un gato blanco que se comía a los pollos; un día vimos que se metió, pronto Héctor tapó la tornera con una cartera por donde sale el humo, yo agarré una barra y... ensarté al gato. Ahí a la vuelta tomábamos la doctrina con la señora Toñita, y un día nos preguntó: “¿No han visto a mi perlita, es una gata blanca, tengo días que no



la veo?”, “No, Toñita, no la hemos visto”. Héctor y yo nomás nos veíamos.

A mi hermana Beatriz y a mí nos gustaba meter dinero en una bolsita con un pasadorcito de payasito, la amarrábamos de un cordoncito, nos asomábamos por la ventana y la poníamos en la banqueta. Había unas hermanas alemanas que cuando pasaban, terminando la misa de doce, aventábamos la bolsa, ellas la veían y la querían agarrar, pero nosotras jalábamos la bolsita y les gritábamos “¡Rateras!, ¡ya se querían robar mi bolsa ¿verdad?!”, la gente nomás se quedaba callada; nos divertíamos así. Conviví mucho con mis hermanos, también con el papá de los Bichir, Alejandro Bichir. Él es hijo de una hermana de mi mamá, o sea que somos primos hermanos. A mi abuelita le dio embolia y quedó paralizada, entonces mi prima Florita, Alejandro y yo nos turnábamos para cuidarla, estábamos chicos, yo tenía unos quince años y Alejandro unos doce. Esa era la buena vida, convivir con mis primos y hermanos.

Un día, mientras vivíamos en Aguascalientes, salimos de la escuela y vimos que se estaba instalando un circo, estaban levantando las carpas enormes; al otro día, saliendo de la escuela, nos fuimos al circo y vimos muchos animales, vimos cómo ensayaban los payasos y todo. Ahí nos pasamos las horas hasta que nos dimos cuenta de que ya hasta la policía nos estaba buscando; no habíamos llegado a comer de tan fascinados que estábamos. Nosotros en Aguascalientes, cuando estábamos con mi tía, vivíamos muy pobres; un día se me acabaron los zapatos y me fui descalza a la escuela, yo tenía una amiga que vivía enfrente de mi casa, se llamaba Estela. Un día me invitó a comer, salimos de la escuela juntas y me invitó; entonces me dijo su papá: “¿Por qué andas descalza, niña?”, y le dije: “No tengo zapatos, mi papá no me ha comprado, no tiene dinero”, “A ver, Estela, dale unos tuyos y le dices a la mamá de ella que la vamos a llevar al circo con

nosotros”. No me habían quedado los zapatos y yo le había dicho que sí, en cuanto vine estaba toda ampollada, al otro día andaba con los talones todos pelones. Nos íbamos descalzos a la escuela Héctor, mi hermano, y yo; en la ida todo iba bien, pero en el regreso las banquetas estaban calientes por el pavimento, corríamos de arbolito en arbolito para enfriarnos los pies, hasta que nos compraron zapatos. Yo no pensaba nada, Estela todo tenía porque ella sí tenía una casa muy bonita con plantas y helechos, y yo vivía enfrente, en una vecindad. Todos los sábados mataban ahí un puerco en el patio de atrás y nos hablaban a todos los chiquillos de la vecindad, nos daban una tortilla con chicharrón, ansiábamos que estuvieran las carnitas para que nos dieran chicharrón. Es de saber que el mole es muy laborioso, por eso la extensión de esta receta.

ARROZ CON LECHE

Ingredientes:

1 taza de arroz remojado

1 litro de leche

1 taza de leche condensada

2 trozos de canela de 12 cm.

Procedimiento:

Se deja remojando la taza de arroz durante cuatro horas. Cuando ya está remojado el arroz se pone a cocer en tres tazas de agua y una pizca de sal. El litro de leche se pone a hervir con los dos trozos de canela; la leche puede ser industrial, pero de preferencia que sea bronca, como la que vendía mi abuelito. Él tenía vacas, traía leche que ordeñaba para luego venderla en el mercado; después de ir al mercado llegaba a la casa con sus dos jarras de cuarenta litros colgadas con una cadena a un palo; era leche bronca. Era muy alegre mi abuelo, me decía: “Hija, venga, vamos a bailar Amor de madre” y empezaba “tara ra ra, tan tan...”, mientras bailába-

mos. Cantaba otra que decía “buscando conchas y caracoles le vi los ojos a una mujer, pero tan grandes como faroles ¡ay! que caracoles no pude ver”. A él le gustaba mucho el cine, se iba los viernes porque podía ver tres películas y pagaba una, a eso le llamaban permanencia voluntaria; era el “Cine Ulloa”. Me acuerdo que me decía “Hija, ahí se echan unos balazos que sale uno hasta con los bigotes ajumaos”, porque el humo de los balazos era puro talco; él se llevaba a mis primos Julián Bichir, Ángel y Quico. Se traía la leche en la tarde y luego se iban al cine.

Yo le leía las noticias, él no sabía leer; le leía el periódico. Llegaba y me decía “dele lectura, hija”, mientras él almorzaba yo le leía de la guerra, la segunda guerra mundial, tenía ocho años y ya sabía leer. La abuela Luz sí sabía leer y escribir, ella les había enseñado a sus hijas, a mi mamá, a Carmen, Cuca, Isabela, Herminia; muchas hermanas, eran cinco hijas. Mi abuelo era caporal en los ranchos ganaderos grandes, había mucha gente que decía “de aquí a acá el cerro es mío, y de ese cerro hasta allá es mío”, ponían señas nomás, hasta donde les alcanzara la vista, hasta ahí. Él era caporal de don Pancho Ponchhaus. Un día le dijo don Pancho a mi abuelito: “Mire, Ángel, ahora va hasta aquel cerro de allá y me arrea a todas las reses que anden por allá, me las arrea para acá, aunque se tarde todo el día”. Mi abuelito agarró un machetote que tenía, lo afiló bien y se escondió entre los monos de maíz. En eso llega don Pancho con mi abuelita:

—Buenos días, Lucita, ¿cómo está?

—Bien.

—¿Y Ángel?

—No sé si saldría.

Se iba acercando más, luego se metió a la cocina, se iba a acercar aún más cuando salió mi abuelo.

—Acá estoy, don Pancho —y que saca el machete.

—Dígame, qué se le ofrecía.

—No, don Angelito, nada, nomás quería saber si había ido para allá.

El don Pancho quería con mi abuelita, pero ella ya le había dicho a mi abuelito que siempre se metía a la cocina pidiendo un taco, pero a él ni falta le hacía, y como don Pancho no tenía hijos, seguramente dijo “de aquí soy”. Antes las mujeres eran muy recatadas, no pensaban estudiar porque no había dónde. Yo salí de sexto y ya no hubo dónde, no hubo secundaria. Yo le decía a mi papá que quería trabajar en una botica y hacer menjurjes, hacer remedios, eso quería yo, me gustaba mucho la química. A lo que me metió mi mamá fue a costura, por eso yo iba con Aurelia a una tienda que se llamaba Los Precios Bajos, y compraba los retazos que quedaban de los rollos de tela, los vendían barato, yo hacía pantaloncitos y blusitas para niños chiquitos, era lo que me salía; aprendí ahí con Agapita, la señora que daba clases de corte.

PONCHE NAVIDEÑO

Ingredientes:

3 manzanas

¼ de ciruelas pasas

3 kg. de guayabas del día

¾ de tejocotes grandes

45 gr. de canela

½ kg. de azúcar

Procedimiento:

Pones a hervir agua con canela. También hierves los tejocotes. Las guayabas se parten y se les quitan las semillas. Los tejocotes se parten y se les quita todo el centro. En el agua del tejocote se hierven las semillas con poca azúcar. Licúas la canela y el agua la cuelas. Todo lo pones a hervir. Esta receta la acostumbro y recomiendo hacerla escuchando Saint Louis Blues, bella música de los bailes de aquellas épocas cuando en

el Salón Azul tocaba la orquesta de Cuco Mesta; Antonio me propuso matrimonio ahí. Para esto yo tuve antes varias proposiciones matrimoniales, pero ninguna valía la pena; yo quería un hombre trabajador, que le entrara a todo, no importaba a qué, pero que fuera bueno y chambeador. Recuerdo que el primer novio lo tuve cuando yo estaba en primero de primaria, se llamaba Pancho, y era güero y pecoso. Un día me dijo:

—¿Quieres ser mi novia?

—Sí, sí quiero.

—Ta bueno, ya somos novios.

El corrió pa'un lado y yo corrí pa'otro, pero ya éramos novios. Entonces llegó el sábado a mi casa, llegó todo sudando y agitado, tocó y salí. Toma, te traje tu domingo, para que el domingo salgas a pasear y te compres algo.

Me llevó mi domingo el primer sábado que éramos novios, y se lo acepté, pero ya después no me gustó porque era muy encajoso, dondequiera me andaba siguiendo. Ese fue el primer novio, en la inocencia. Recuerdo otro novio que se quería casar luego luego, yo tenía unos dieciocho, se llamaba Alberto; un día me dijo: “¿Te casas conmigo?”, y le dije que sí. Al día siguiente vendió su bicicleta y me dijo: “Ten, ya tenemos este dinero que gané de la bicicleta para nuestra boda”, y le dije que no, así no.

En la plaza daban serenata los jueves en el kiosco, daban vuelta los hombres para un lado y las mujeres para otro, así es que cada media vuelta se encontraban. Vendían gardenias y rosas. Si te daban una gardenia pues ya estuvo, quería decir que ya andaba tras de ti. Antes te conquistaban con su comportamiento, la conversación era muy sana, se hablaba de la familia y la escuela, no como ahora. Aunque todavía cuando se casaba uno estaba muy inocente de todo, con muy poco tiempo de conocerse.

A Antonio lo conocí en mi casa, pero antes era casa de unos que se apellidaban Sarabia, era un 8 de diciembre, día

de la Purísima Concepción de María. Ese día me invitaron al baile ahí, y cuando se acabó le dijeron a Antonio (que era ya un señor de treinta años): “Antonio, lleva a las muchachas a su casa en tu camioneta”, porque antes iban por uno a su casa, la llevaban al baile y luego la regresaban, la tenían que entregar. Entonces le dijeron a Antonio que si nos llevaba a mí y a Beatriz mi hermana, él ya me había echado el ojo antes y yo a él, pero ni bailamos ni nada. Cuando me iba a subir a la camioneta, me ganó otra muchacha que se llamaba Lucha, se sentó cerca de él y yo me senté al otro lado. Al otro día me invitaron a una boda, y ahí andaba él, pues era tornachil de todas las bodas, andaba en todo; ahí me vio otra vez. Luego en otro baile que hubo se acercó y puso su brazo como invitándome a bailar, pero otra muchacha le metió el brazo pensando que era hacia ella; entonces él le dijo: “No, a ti no, a ella”, o sea a mí. De ahí nos vimos en varios bailes, y después en un baile del Salón Azul me dijo que si quería ser su novia. Le dije que no sabía porque “a lo mejor nos enamoramos y nos queremos, y mi papá va a decir que no, y yo no voy a ir en contra de lo que diga mi papá”. Entonces, para quitármelo de encima, el dije: “Dígale a mi papá, si él dice que sí, yo le digo que sí”. Mi papá trabajaba en la presidencia, y un día Antonio lo esperó en la esquina de la gasolinera, cuando lo vio venir le salió al paso, lo saludó y le dijo: “Yo tengo muy buenas intenciones con su hija desde hace tiempo”. Mi papá le dijo que como yo quisiera, pero a mí me dijo que escogiera bien, que no me arrepintiera de quien yo escogiera, así que le dije que sí a Antonio.

Un día mis amigas y yo nos íbamos al bosque de Torreón a hacer día de campo, llevábamos tacos y todo. Al rato llegó Antonio con un amigo, se acostaron en el zacate y nosotras también, luego puso su cabeza cerca de mi pierna y le dije: “Oye, cómo estás canoso”, él se asustó y pensó: “¡A la chingada!, ¡ésta ya no va a querer conmigo!” Después él me platicó

que lo había pensado, nos daba mucha risa, era la primera vez que nos veíamos de día porque siempre nos habíamos visto en los bailes.

Me dijo que si quería ser su novia en octubre de 1951. En el 52 cumplíamos un año de novios y me dijo que si me casaba con él; entonces le dije: “¿Me estás preguntando o me estás proponiendo?”. Me dijo que me estaba preguntando si sí o no, y entonces le dije “sí, yo sí me quiero casar contigo”, la verdad ya lo había pensado. Esa Navidad me dio un reloj, unos aretes y un anillo. La boda sería sólo por el civil porque él ya era divorciado. Nos casamos el 31 de diciembre de 1952. Año nuevo, vida nueva, para él y para mí; así todos los años nuevos nos festejaríamos y no habría con que se nos pasó.

Yo lo que siempre le pedí es que me hiciera una casa, porque ya teníamos tres hijos y estaba esperando el cuarto; no le pedía un chalet, sólo algunas recámaras, baño, cocina y eso sí, mucho patio donde jugaran mis hijos. Al principio vivíamos frente a la plazuela, por la calle Coronado y Morelos, y el 21 de septiembre de 1957 nos cambiamos a la nueva casa. Antonio soñaba con nuestros hijos, decía “si uno va a ser albañil, comerciante o panadero, que sea lo que sea, no hay problema, pero que sea de los mejores. Si es panadero, que sea de los mejores panaderos”.

PICADILLO DE NAVIDAD

Ingredientes:

5 kg. de carne

Aceite

12 o 13 zanahorias grandes

1 repollo grande

2 bolsas de chicharos

3 manojos de cebolla

12 bolsitas de aceitunas

2 bolsitas de pimienta entera

3 latas de chiles serranos
incontables kilos de amor

Procedimiento:

Este platillo de herencia familiar significa mucho para mí y seguramente para ustedes también. No surge como los grandes banquetes navideños a los que se les invierte mucho dinero, por el contrario, surge de la sencillez y del amor. Sí, aquí está el secreto de todos y cada uno de los platos de comida que cociné para ustedes durante toda mi vida. El secreto es este último ingrediente. Incontable. Inmedible. Difícil de encontrar en familias actuales, y es que, debo confesarles algo, este último ingrediente me fue dado. Me lo dieron desde muy pequeña, y conforme fui creciendo lo fui sintiendo cada vez más. Recuerdo especialmente aquella tarde en nuestro viaje de bodas cuando llevamos el ramo que usé en el registro civil. Antonio era muy devoto a la Virgen de San Juan de los Lagos. Esa tarde llegamos ante la Virgen cuando ya estaba oscureciendo, sólo estábamos Antonio y yo en la Iglesia. Cerca del altar había una puerta muy grande con un arco, de ahí salió un padrecito que nos hablaba, entonces nos acercamos.

—Oiga padre, traemos este ramo a la virgen, ¿dónde se lo dejamos?

Nos pasó y nos dijo:

—Hínquense, hijos, los voy a cubrir con el manto de la Virgen de San Juan de los Lagos porque se ve que ustedes son muy devotos.

Nos cubrió con el manto, nos rezó y nos salimos porque ya estaban por cerrar. Cuando salimos de la sacristía Antonio estaba baile y baile, recontentote me decía: “¡Ya nos casamos, ¡ya nos casamos!”. Como no nos habíamos casado por la Iglesia, esa fue nuestra bendición.

Éramos una familia grande, tuvimos nueve hijos, después crié a mi sobrina como si fuera mi hija, la considero así por-

que la tuve desde los veinte días de nacida; la casa siempre estuvo llena. A pesar de que Antonio fue un esposo difícil, fue un excelente padre; adoraba a sus hijos, los mantenía, calzaba, les hacía caso, los amaba; y eso que eran tremendos. Vivía con nosotros mi suegra, la abuelita doña María que todos le decían Male, y mi mamá, la abuelita Santos. Yo fui padre y madre para mis hijos, antes y después de que muriera Antonio; los corregía y les ayudaba con las tareas. Antonio también les daba consejos, sobre todo mucha seguridad, a todos.

Un día un señor que ya estaba muy viejo le dijo a Antonio que le vendía veinte vacas porque ya no las quería; Antonio no tenía con qué pagárselas, y entonces el señor le dijo que se las llevara y las fuera pagando como pudiera; yo le compré un diario para que llevara el registro de sus vacas. Un día llegó y escribió en el diario “La vaca número veinte tuvo un vecerro”, y todos los chiquillos le dijeron:

—¡Papá, papá! Becerro es con b grande.

—Ah, qué jijo de la fregada, ¿pos qué no es hijo de la vaca?

Me da risa cada vez que lo recuerdo. Él nomás había estudiado hasta segundo año, las maestras se tenían que ir a vivir al rancho para poder darles clases y no querían.

Antonio tenía el establo Los Ángeles que nació con la repartición de las tierras que hizo Lázaro Cárdenas en 1936, cuando vino y repartió aquí a Lerdo. Hizo parcelas para que todos los campesinos tuvieran sus tierras y no trabajaran como asalariados, también había parcelas temporales, que si llovía pues podías sembrar en una y te podía ir bien. A todos los terratenientes les quitó las tierras y las repartió a los campesinos; uno de esos campesinos era el papá de Antonio. Él trabajó esas tierras, pero en 1976, a los pocos días de nacer Vicky, fue Héctor mi hermano con Antonio y le dijo que comprara malta, el bagazo de la cerveza, pues lo vendían muy barato en la Cervecera Sabinas y él podía revenderlo en los establos; pidió dos camiones fiados y fue por todo el bagazo.

Le fue tan bien que con el dinero de esa malta se pagaron los camiones, se hizo un edificio, ampliamos la casa, se compraron ranchos y se ayudó a los hijos. Esa torta la trajo Vicky; no hay niño sin torta, y Vicky trajo buena torta. Con torta me refiero a buena suerte, aunque hablando de tortas y lonches, el picadillo queda muy rico acompañado de un recién salido pan francés.

El sentido de la vida lo encontré en el amor. El amor da valor y fuerza para seguir adelante por muy difícil que sea lo que sea. Uno siempre tiene mucho para dar, eso es, y yo he amado mucho a mi familia. En este mundo tan bárbaro y de miedo, yo deseo que Dios los ayude y los proteja, siempre pido por ellos, por mis hijos. Siempre, antes de dormir, le digo al Señor: “Protege a mis hijos con sus hijos, y a los hijos de mis hijos con sus hijos”, así la bendición llega hasta los bisnietos. Disfruté a mis hijos, los ayudé en vida, cumplí como mujer, como esposa y como madre. Ahora le digo al Señor que ya estoy lista, desde que se casó mi última hija dije que ya estaba lista. “A la hora que quieras, estoy a tus órdenes”. Desde hace cuarenta años le digo lo mismo, cada noche. Pero sólo Dios sabe cómo y cuándo nos irá a tratar.

¡Provecho!

**EMMA TRILLO DE ROBLES:
UN EJEMPLO DE VIDA**

LUIS ALBERTO ROBLES ARELLANO



Nací el 9 de abril de 1931, en Autlán, Jalisco. Mi papá se llamaba Hilario Trillo, quien nació en Autlán también, pero creció en Colima; muy chica me llevaron a ese estado y allá fue mi existencia. Mi mamá se llamaba Adelina Gómez Blanco, y yo me llamo Ema Trillo de Robles, tuve siete hermanos y conmigo somos ocho hijos en total. Sus nombres son Juan, Pedro, Luis, Tere, Berta, Mickey y Ester. Éramos tres de mi mamá y cinco de otra señora. A pesar de ello vivimos como hermanos porque ellos nunca lo supieron, nos llevábamos bien y nos queremos mucho.

Mi mamá falleció muy joven, apenas pasaba los veinte y pico de edad, de algo en su corazón, yo tenía entre 8 y 9 años cuando ella murió. Mi papá hizo algo que no supe explicar, ni supe culparlo, pero después supe que hizo mal, porque se casó y luego dejó a mi mamá. Peor aún fue que nos separó de ella, mi opinión era, si se casa es para quedarse con su esposa o al menos dejarla con sus hijos, apoyando económicamente al menos. Nunca supe cómo conoció mi papá a la señora, y nunca nos llevamos bien, ella siempre tenía una actitud negativa. Mi papá nos preguntaba cómo estábamos, pero en el fondo sé que sabía que no estábamos llenos por el vacío tan grande que dejó la muerte de nuestra madre.

Antes de que mi mamá muriera, la vida era muy bonita, después fue una vida muy triste porque no estaba mi madre y porque nunca me quiso la otra señora. Pienso que fue por mi parecido con mi mamá que nunca me aceptó. Mi papá era muy rico, tenía una mueblería y yo crecí con muchas comodidades; no sabía lo que era riqueza o pobreza, pensaba

que todos vivían como yo, eso hizo que llevara una vida entre dos páginas, lo bueno y lo malo, riqueza y pobreza en otros aspectos. Fue muy duro, pero esto me enseñó a valorar más, a mí misma, a las cosas y a las personas.

Mi mamá era muy bonita, lo que más extrañaba de ella es que era cariñosa, aparte de que me parezco físicamente a ella. Creo que también en su manera de pensar somos parecidas, ella pensaba en dar y no en recibir. Jamás discutí con ella, recuerdo que un día cuando nos estaba bañando le dijo a Berta, mi hermana, “eres mi reina”, y me quede viéndola, luego me volteó a ver y se acercó a mí y yo le dije “¿Berta es tu reina?”, y me dijo: “Sí, hijita, ¿qué pasa?” “Tú eres mi madre...”. Y se me quito la tristeza, nomás con eso, me sentí su madre, si yo la quiero tanto.

Estando pequeña viviendo en Colima, me sentía un poco sola, ya que con mi mamá no pude convivir realmente y mi papá tenía muchos descuidos hacia nosotros en la casa; duraba hasta quince días sin venir por el trabajo y cuando venía se la pasaba con su señora, no nos ponía atención. Fue entonces que quise entrar a clases de piano (fueron dos años), de guitarra (uno año) y de pintura (ocho meses). Tuve buena suerte porque gané el primer lugar con mi pintura, no la tengo porque se la quedaron.

No todo fue malo durante mi niñez; cuando viví con mi papá cada quien tenía su silla con su nombre atrás, nadie podía sentarse en una silla que no fuera la suya y eso era para que nos acostumbráramos a saber respetar, y que nos respetaran. Mucho después, cuando tuve hijos y vi que se peleaban por las sillas, entendí por qué era bueno tener su lugar cada quien.

De niña fui a la feria, me gustaba mucho, yo me subía a los juegos más complicados. Me acuerdo que cuando me subía a la rueda de la fortuna, en la bajada cerraba los ojos porque me daba algo de miedito. De niña también hice deporte en el

colegio, jugaba voleibol, aún recuerdo que mis amigas me decían “¡Ay, ese saque, pero qué buen saque!”. En ese entonces no había televisión, había radio. Yo escuchaba música y programas para niños en la radio; recuerdo el del Pato Pascual; para mí los discos de música de ahora son mejores, están mejor hechos y se disfrutan más que antes. Siempre me gustó la música clásica, la escuchaba en la televisión, me encantaba porque veía a los famosos y yo quería ser como ellos.

Estudí en el colegio Anáhuac toda la primaria, cuando iniciaba el primer año de secundaria el colegio cerró, pero mi papá le pidió a una maestra que fuera a darme clases en mi casa para poder terminar la secundaria, y así fue. De hecho, eso hizo la maestra por todos los de mi generación.

Recuerdo que cuando estaba chiquita hubo un temblor en Colima en 1941, fue el más fuerte que ha habido. Era como la una de la tarde y nos hablaron a comer; entonces, me acuerdo que nos gritan “¡Está temblando, vénganse!”, y yo grité “¡¿Y Mickey (mi hermana)!?”. Entonces salí corriendo a un cuarto en un segundo piso y ella venía saliendo, y cuando la vi la agarré en mis brazos. Recuerdo que veía cómo se sacudían muy fuerte los árboles, yo tendría unos diez años, nunca lo voy a olvidar.

Después, en mi juventud, mi papá necesitó que estuviera alguien en la mueblería y me lo pidió a mí. Estuve a cargo de la mueblería como dos o tres años porque después me casé, así que se quedó a cargo una señorita de confianza, luego mi hermano Juan la manejó y la hizo más grande. Paso el tiempo y él se cansó y la cerró. Cuando yo era joven, el papel del hombre y de la mujer eran diferentes a lo que es hoy; el hombre trabajaba, yo me casé y fui ama de casa toda mi vida; nunca trabajé estando casada porque así se usaba. En realidad, no hubiera estado acostumbrada a trabajar, tuve mucha comodidad y no tuve necesidad, mi viejo siempre se esforzó y nunca permitió que me hiciera falta nada.

Con el tiempo fui comprendiendo muchas cosas. Realmente no se me hizo difícil esta etapa, el trabajo te arrolla, te hace concentrarte, y en la mueblería había que pedir por teléfono todo: camas, colchones... Era la mueblería más grande de Colima. No batallé, gracias a Dios, me gustaba, lo hice con gusto y lo levanté con gusto, no se me hizo pesado.

Cuando fui jovencita y tenía tiempo libre me ponía a estudiar porque nos acostumbraron a no salir mucho de la casa. De joven todas las muchachas en Colima íbamos a bailar al Casino de Colima, que era muy bonito. Cuando salíamos, a cualquiera de nosotras nos chiflaban “fiu fiu”, y ¡ay no, pero qué vergüenza!, y me acuerdo que había un señor que vendía chicharrón y decía: “¡Chicharrones!”. Pero un día me di cuenta de que yo iba caminando y dijo “¡Ay, qué cueros!” El mugroso se estaba pasando de listo. Fíjate qué grosero, y enfrente estaba un banco, enfrente de la casa, y ahí había dos hombres solteros, y cuando oían “Ay...”, salían a ver dónde estaba yo. Cuando había baile íbamos al Jardín Núñez, decían: “En estos momentos entran las señoritas Trillo, fulanita, menganita...”; ¡ay!, decía yo, ¿Por qué hacen eso? El Jardín Núñez es un jardín que tiene bancas muy bonitas, estaba a media cuadra de donde vivía en Colima, y ahí eran las fiestas. Siendo yo soltera y joven, llevé una vida muy refinada porque en Colima siempre íbamos al Club de Leones principalmente, así nos educó mi papá.

Sobre problemas sociales en mi juventud, sé que hubo conflictos por una guerra que había ocurrido años atrás, pero sólo escuchaba que había algo de violencia, nunca lo vi.

Mi primer novio lo tuve a los quince años, muy jovencita, se llamaba David, y mi segundo novio se llamaba Jorge; yo tenía una amiga que estaba muy enamorada de Jorge, entonces ella me pidió que le diera la oportunidad de estar con él. Me dijo que terminara mi relación y así lo hice, mi amor por él no era tan grande, y terminaron casados mi amiga y Jorge.

Después de eso fue cuando conocí a mi viejo. Cuando tuve esos dos novios mi papá no los quería, no me decía por qué, o porque no conocía bien a sus familias. Conocí a mi chavalo cuando tenía quince años, era un joven médico muy guapo, hasta ahora no sé por qué, pero Dios me dio gracia ante sus ojos porque se prendó de mí, luego nos enamoramos y nos casamos.

De la primera vez que me vio mi viejo, pasó un año y volvió a pasar por mi casa y me vio, para entonces yo ya llevaba la mueblería. Y yo la llevé porque mi papá quería a alguien de confianza y me eligió a mí. Eso me hizo más responsable. El cariño que me hacía falta me motivaba a hacer las cosas bien. En una de esas veces que pasó, llegó y me preguntó cuánto costaban los comedores; pero venía con dos médicos y como tenía mucho trabajo los pasé con mis hermanas y seguí trabajando. Luego, otro día volvió a venir y me estuvo platicando que vino y me vio y que le gusté mucho, pero que se tuvo que ir por un año. Durante el tiempo que se tuvo que ir a hacer su servicio social a Manzanillo, fue cuando me hice novia de él. Me pidió que me casara, pero sabía que no era el momento, y me dijo que en un año volvía. Y estuvimos un año sin vernos, hablando por cartas. Un año antes ya había mandado a sus padres a pedirme, y para entonces ya estaba comprometida con él.

Cuando mi viejo terminó su servicio se fue a México a recibirse y mandó a sus papás a pedirme para dentro de un año; cuando te casabas mandabas a tus papás primero. Antes de que él fuera a recibirse, quiso hablar con mi papá y le explicó que nos habíamos hecho novios y que se iba a ir por un año y no nos íbamos a ver; pero acabado el año iba a volver para casarnos, y mi padre le dijo que sí. Acabado el año en México, cuando se recibió, mi chavalo se fue a Torreón y me dijo que iba a trabajar en su consultorio por un año y luego ya se iba a venir para casarnos. Y cumplió, en diciembre vino y nos casamos el día último.

Cuando me casé di un paso doble muy grande en mi vida: dejé a mi papá, a mis hermanos, la casa, en fin, todo lo dejé. Me sirvió mucho para valorar, me dio mucha experiencia. Estuvimos casados y viviendo solos en San Pedro por tres o cuatro meses. Después mi viejo me dijo que, cuando se fue de su casa muy chico por sus estudios, no tuvo el tiempo que hubiese querido con sus papás; entonces me comentó que quería traer a sus papás a vivir con nosotros por un tiempo; le dije que sí. Entonces vivimos primero con sus papás solamente, pero luego también se vino una hermana de él, que era madre soltera. Vivir con su familia fue una experiencia muy bonita; me llevaba muy bien con todos, mi suegra era muy respetuosa, no se metía en problemas ajenos. Julia, su hermana, siempre me dio mucho cariño, fue una relación muy bonita, me entendía y me consentía, me veía como a una hija.

En San Pedro sucedió que un día tocaron y abrió la muchacha, y me dijo que me buscaban unas señoras y fui y se presentaron; una se llamaba Lolita Quintero, otra Ema y la tercera Licha. Fueron a invitarme a que me hiciera socia del casino, y me dijeron que había reuniones y ellas se ofrecían a venir por mí. Con el tiempo Lolita se volvió una hermana para mí. Recuerdo que cada año yo me iba a Colima y ella se iba a ver a sus papás, era lo normal, pero pasó algo muy trágico. Cierta año Lolita me dijo algo muy loco: “Ema te voy a decir una cosa, o tú o yo vamos a recibir un telegrama donde diga que o tú moriste o yo morí”. Ese año las dos estábamos embarazadas, y le dije que esas eran tonteras. Luego ese mismo año, en la fiesta de cumpleaños de mi papá, recibí un telegrama de que había fallecido Lolita.

Estábamos celebrando en Colima sin saber realmente qué había pasado con Lolita. Nos fuimos a San Pedro, fuimos al funeral y luego a ver al esposo de Lolita, nos entristecimos mucho. Luego el esposo de Lolita se fue a Saltillo, y allá cono-

ció a la hija del presidente Madero y con el tiempo se hizo novio de ella; me molesté mucho porque aún me dolía la muerte de Lolita. Total, después me mandaron la invitación de que se iban a casar el esposo de Lolita y la hija del presidente Madero, y no fuimos por el coraje que me dio. Pasó que, después de su viaje de bodas, se vinieron a vivir a San Pedro y le dieron trabajo en la secundaria; mi viejo daba ahí clases de francés y yo no me quise acercar para nada.

Luego hubo una junta en la secundaria y las esposas también estaban invitadas, y ahí conocí por primera vez a la segunda esposa del esposo de Lolita. Ella era Dorita Madero. Se acercó a saludarme y me dijo que sabía que yo era muy querida en casa de Lolita y yo la saludé muy seria. Luego, al día siguiente fue a mi casa y me dijo que sabía de la amistad que sostuve con Lolita y que ella quería una amistad así conmigo. Me confesó que como amiga yo le interesaba mucho. Dorita era muy conocida por ser hija de un presidente de la familia Madero. Al día siguiente me decidí a conocerla y fui a su casa, se encontraba bañando a mi ahijada y con eso me compró. Me dijo mi ahijada que por qué ya no había ido a verlos; entonces comprendí el error que estaba cometiendo.

Después de eso fue como un nuevo comienzo, Dorita empezó a dar clases de inglés en la secundaria y todos los días llegaba a verme cuando salía de la secundaria. Luego, tiempo después se puso mala y fue al doctor: tenía cáncer. Cuando volvió del doctor, yo la atendí en mi casa, la acostaba y le daba de comer. Ella me contó que viajaba mucho, y que ahora se iba a ir a México y quería que allá naciera su hijo. Las veces que la atendí en mi casa, cuando ella había descansado, la llevaba a su casa, todos los días, aun con mis hijos y pendientes. Después llegó el día en que ella se tenía que ir a México. El papá de Dorita me hizo un libro porque estaba consciente y agradecido por lo que hice por su hija. Después de un mes,

ella volvió a San Pedro y me contó que había ido con el doctor y que el cáncer estaba muy avanzado.

Luego ella se alivió, pero resultó que su niño nació con cáncer. Y luego el esposo de Dorita le dijo que tenía que devolverse a México; me enteré por una llamada que allá en México murió ella y el niño se quedó solito. Las hijas de Lolita fueron por él, para darle una mejor vida y lo trajeron para San Pedro, aunque sólo vivió por dos años más. Le lloraron mucho porque lo quisieron mucho. Y eso fue algo muy difícil en mi vida en San Pedro. Honestamente, en San Pedro me ayudó mucho ir al Casino, porque, aunque sólo entraban médicos, licenciados y gente elegante, al convivir se me fue yendo la soledad y fui haciendo amistades y disfrutando.

Un día, como a las ocho de la noche, me dieron ganas de unas tostadas, recuerdo que estaba haciendo mucho frío, pero yo quería mis tostadas. Le insistí tanto que fue por ellas, entonces me trajo la charola y en cuanto la veo pasó algo que no imaginé, vomité. Resultó que estaba en cinta y no lo sabíamos. Estaba en cinta de tu tía Mariema, entonces mi viejo me dijo que era tiempo de buscar nuestra propia casa. Quise convencerlo de que nos quedáramos con sus papás, su hermana y los hijos de su hermana. Pero no lo convencí y nos cambiamos de casa al poco tiempo; me costó mucho porque me acostumbré a tener gente en casa. Con el nacimiento de mi primera hija empecé con dolores de estómago fuertes, sentía mucho asco y nunca había ido a hospitales. Recuerdo que me pusieron mi vestidito de maternidad, me llevaron a mi cuarto y en un principio yo decía “¡Ay, que padre, ya va a nacer!”, y luego cuando ya iba a nacer tu tía, sentí dolores muy fuertes y ya no lo vi tan fácil.

Decidimos que se llamara Mariema porque mi chavalo quería que se llamara María y Ema, y los juntó. Con el tiempo me di cuenta de que era la única Mariema que había en todo México. Él se puso muy contento. Al principio batallé mucho

con tu tía Mariema, porque no estaba acostumbrada a estar sola y era mi primera hija; pero tu abuelo me enseñó cómo alimentarla y qué tan seguido. Yo les tejí pañales a todos mis hijos, antes no había desechables, se hacían, y me da mucho gusto habérselos hecho a todos.

El tiempo que estuve embarazada recuerdo que había veces en que vomitaba y bajé mucho de peso, pero luego me daba mucha hambre y tenía antojos. Recuerdo que una vez tuve un antojo muy grande; pedí cinco pesos de pan y me lo comí todo yo sola en la calle, y eso que compraba ¡seis pesos para toda la familia! Yo nunca fui de esas esposas que se embarazaban y se acoplaban, fue feo algunas veces la verdad, pero cuando nacían mis niños sentía que estaba en el cielo, muy bonito. Yo celebraba igual cuando nacía un hombre o una mujer, pero me di cuenta de que tu abuelito no. Cuando nacía un varón, me llevaba un ramo de flores precioso y se echaba unas cervezas y su pipa; yo lo notaba, pero no sabía por qué lo hacía. Y cuando nació la quinta, tu tía Ivonne, no pude contenerme más y le pregunté que por qué cuando nacían niñas no celebraba igual. Se quedó callado. Ya después me di cuenta que, en la familia de él, Sebastián, hermano de mi viejo, tuvo sólo niñas, tuvo un niño, pero se le murió. El papá de tus tías Conchita y Vicky no tuvo niños; y pues yo tuve tres seguidos y eso le fascinó. Me propuse darles su lugar a las niñas también, y por eso iba a México sólo a comprarles ropa a las niñas.

Cuando tenía veinte años ya tenía mis primeros dos hijos, Mariema y Chava. Me casé a los 17 años, y en ese entonces mi viejo tenía 27 años. Cuando yo tenía 21 años y vivía en San Pedro, fueron a invitarme a que me hiciera socia para abrir una Cruz Roja, porque no había en San Pedro. Salíamos a la carretera a pedir donaciones por parte de la Cruz Roja con nuestro traje azul marino y nuestra insignia en una gorra, muy dignas y bonitas. Era algo de mucho respeto y ahora ya

no se respeta a la Cruz Roja como se debe, la gente que trabaja ahí ya no sabe hacer las cosas y eso no está bien, pues las cosas cambian.

Durante el tiempo que Mariema, mi hija mayor, estaba estudiando en San Pedro, su escuela eligió una presidenta para recibir apoyo, y me nombraron a mí. Entonces yo elegí dos secretarías, a la tesorera y la administradora, y así fue, cada ocho días nos juntábamos. Mi secretaria me daba todo por escrito muy ordenado, y la otra se encargaba de lo económico. Trabajábamos mucho, hicimos seis baños bonitos, sé que ahora son viejos pero antes eran lo mejor, con su regadera y lavabo. También le pusimos piso a la escuela porque no tenía. Así paso un año y un día me habló la directora y quería que fuera a las cinco de la tarde a la escuela; yo pensé que era algo de trabajo, como siempre. Cuando llegué, estaba la escuela llena de niños y maestras, y adelante estaba el presidente de San Pedro. Luego estaban dos sillas juntas, una era mí y la otra era para el presidente, después estaban mis secretarías y la directora con nosotros adelante. Cuando llegué empezaron unos tambores y música y todos aplaudiendo y yo seguí caminando, entonces llegué junto al presidente y se levantó y dijo: “¡A darle las gracias a la señora Emma Trillo de Robles que levantó la escuela!” Y ¡ay, pero qué lindo sentí, tanta alegría, tanta tristeza, tanto sentí! Muy bonito, y me llenó, y nunca lo olvido. Entonces todos los niños me aplaudieron. Me dieron las gracias y dijeron que todos deberían ser como nosotras, participativos, y siguieron aplaudiendo, fue muy bonito. Entonces me di cuenta de que no llevaba una vida tan monótona; fui presidenta en la escuela y fundadora de la Cruz Roja en San Pedro. Y después me llevaron a que destapara mi nombre en una placa como presidenta de la escuela, y mi corazón brincaba de alegría.

Empecé a pintar en San Pedro, pero, tiempo después, estando en Torreón, me metí a clases de pintura de nuevo, me

pasó lo mismo que de pequeña, la mejor pintura que tenía se la quedaron y no tengo muchos recuerdos de las clases, pero la pasé muy a gusto, me gustaba mucho la pintura. Disfruté mucho que cuando estudié pintura me enseñaron a darle luz a los cuadros, estudié como por unos ocho meses. En San Pedro estuvimos tres o cuatro años, yo dije desde un principio que cuando mis hijos fueran a estudiar, nos íbamos a Torreón. Estando en San Pedro, convencí a mi viejo de que mandara su solicitud para tener una plaza en el Seguro en Torreón. Y me dijo que lo hacía para “darme el gusto”, la mandó y esa tarde lo nombraron primer director del Seguro Social en Torreón. Yo creo que primero vivimos un tiempo en San Pedro porque mi viejo no tenía dinero para poner su consultorio en Torreón; además él es más de pueblo que de ciudad, porque es más sencillo, muy bueno y excelente médico. Trabaja mucho, y ahora valoro aún más su esfuerzo porque sé que seis hijos significan seis zapatitos, camisitas, escuelitas, sillitas, boquitas, en fin, mucho trabajo.

Había bastante diferencia entre vivir en pueblo y vivir en ciudad; en Torreón había mejor educación, buenos jardines, museos, había clases, por ejemplo de piano o inglés; en San Pedro sólo había clase de inglés. Me gustaba más vivir en la ciudad por mis costumbres, mi vida en Torreón era muy parecida a mi vida en Colima, que me gustaba mucho; es una ciudad bien conservada y bonita. Trabajaba sin parar porque era el primer Seguro Social y poco a poco le consiguieron enfermeras, encargados de limpieza y de esa forma se fueron llenando los puestos. Conseguimos una casa enfrente de la alameda primero, luego en una ocasión fuimos a México y le dije al esposo de Conchita que si me hacía un plano para una casa y me dijo que sí. Nos vinimos para Torreón, nos faltó dinero y no se hizo tal como debía ser. Le faltó un jardín que tenía adentro, y otros lujos, pero de cualquier forma quedó bonita. Fuimos a San Pedro y nos vinimos con los niños a

la casa, por la alameda, como por tres años; los niños iban mucho a jugar a la alameda y estuvimos muy a gusto. Empezamos después a fincar la casa en la que vivo actualmente. Cuando recién llegamos a esta, nuestra actual casa, era tan bonita que todos los días se quedaban hasta tarde como cinco matrimonios. Un día viene a Torreón el esposo de Conchita y se molesta, dijo: “Esta casa yo no la ordené así, le falta esto y lo otro”. Me dolió que me lo dijera, pero no pasó más.

Mi chavalo estaba trabajando muy duro en el Seguro, y yo me dediqué de lleno a los niños, y los eduqué para que le dieran su lugar a mi viejo. Y así fuimos construyendo una familia bonita. Mis hijos lo respetaban y querían mucho, y él a ellos también. En Torreón, para cuando mi viejo llegaba del trabajo estaba muy cansado, eran seis hijos, y por eso yo los acostaba a todos a las ocho de la noche. Los valores que les enseñé a mis hijos fueron a ser pareja, a ser educados; llegábamos mi viejo y yo y nos atendían como debía de ser, con mucho respeto. Todos se comportaban muy bien, eran muy buenos; cuando nació la menor, Patricia, sus hermanos se peleaban por sacarla a la calle con su carriola, todos me la querían traer. Me llevaba muy bien con mis hijos cuando eran niños, hasta la fecha es así.

No olvido que nosotros teníamos una tradición cuando alguien en la casa se enfermaba. La tradición era llevar un plato de fruta a quien se sintiera mal porque así se comía algo sano y se balanceaba el medicamento con comida. Lo hicimos hasta que cumplieron tres años los niños, luego, ya siendo mayores, de vez en cuando por costumbre lo hacíamos. Siendo más grandes mis hijos, les llevábamos fruta y comida, carne por ejemplo, no sólo fruta. La relación que teníamos con mi papá era buena, él nos apoyaba en el sentido de que nos invitaba a Colima y mi viejo decidía a que hotel llegábamos y nos daba lo mejor de lo mejor. Llegábamos a mi casa eventualmente y ahí nos consentían muchísimo.

Mi chavalito siempre supo el estilo de vida que yo llevé, y siempre procuró que llevara una vida de la misma forma. Cuando mi chavalito estuvo en su vejez y yo en mi adultez, él se sentaba y se quedaba muy tranquilo, se bañaba sin prisas, le daba de almorzar y se quedaba dormidito toda la mañana. Yo pasaba y hacía lo que tenía que hacer sin hacer ruido para que pudiera descansar. Le hacía la comida, le servía, comía y se acostaba. Se levantaba a las 5:30 a regar, luego a cenar y luego a acostarnos. Así fue pasar la vida con él en su vejez. Cuando falleció mi viejo me puse muy triste, y es natural, estuvimos juntos sesenta años. Yo nunca pensé que me fuera a pasar, pero me pasó y decidí que por todo el tiempo de felicidad que me dio mi chavalito voy a ser feliz, y no voy a darles tristeza a mis hijos ni sobrinos, a nadie.

La verdad nunca me imaginé que fuera a vivir tanto con él, estaba muy inocente y nunca supe de necesidades por tantas comodidades que tuve; teníamos tres sirvientas, una lavaba, otra planchaba y otra nos atendía en la recámara. Viví siempre bien, bien vestidita, bien arregladita, y así he seguido. Mi viejo fue un hombre muy comprensivo, muy bonito, amaba todo sobre él, en especial que era muy varonil, pero siempre siendo un caballero. Mi viejo y yo nunca perdimos la paciencia en discusiones y pudimos resolver los problemas. Vivimos juntos y felices por mucho tiempo hasta enero de este año, 2015, cuando falleció. Y salí de este dolor y de este apuro por mis hijos. Me siento triste y algunas veces con ganas de nada y sé que eso no está bien, pero con ayuda de Dios he sabido estar bien y en paz. Disfruté a mi chavalito, a mis hijos, a todas mis amistades, mi viejo y yo fuimos un matrimonio muy bonito y criamos una familia hermosa.

En comparación a estos tiempos, antes las escuelas, las iglesias y los hospitales eran buenos, pero para mí han ido mejorando con el paso de los años. No sé exactamente cómo sean ahora las escuelas, pero antes el nivel de educación era

muy flojo, no se exigía mucho. Cuando era joven participé apoyando a la Cruz Roja a conseguir fondos, lo hice junto a un grupo de señoras en San Pedro. Antes se respetaba mucho a la Cruz Roja, y ahora no la respetan, es muy triste, ahora ya no tengo las fuerzas para poder dar y no recibir. Ahora estoy para recibir más que para dar en los años, pero no en mi corazón. Oro por todos los que sufren, aunque actualmente voy a asilos a hablar con las personas mayores, porque sé que quieren compañía, eso es lo que más les hace falta. Voy cada ocho días. Hace unos diez años yo iba a orfanatos a convivir con jóvenes y niños, pero era muy triste que se encariñaban porque es muy duro para ellos sentir que se les deja olvidados; hace unos cinco años iba a hospitales a orar y apoyar a los enfermos. Nos asegurábamos de que estuvieran siendo atendidos y tomados en cuenta por los doctores y enfermeras. Ya las cosas han cambiado mucho.

Las cámaras y la radio de antes eran mucho más grandes; si comparas tamaños, antes eran unos monstruos, eso ha cambiado para bien. Cuando yo vi la televisión por primera vez tenía 17 años, estaba recién casada, era moderna pero aún en blanco y negro; sentí susto porque se veía gente hablando ahí dentro. Cuando llegó la televisión a color me sentí contenta y se veía muy bonito. Cuando mis hijos estaban chicos los dejaba ver tele, pero novelas no, ellos veían sólo caricaturas. Actualmente tengo un celular, aunque no lo tomo mucho porque no lo sé usar muy bien. Para mí, todos los avances tecnológicos son buenos y me impactan. Ahora hay un problema muy grande, los niños se olvidan de sus familiares y de su realidad por estar separados y muy metidos en sus aparatos, eso no me gusta. Yo pienso que ahora los tiempos han cambiado en muchos otros sentidos. Por ejemplo, en los papeles de hombre y mujer, pienso que hay buenas y nuevas oportunidades para la mujer, porque se lo merece; pero también es un problema porque los hijos no son atien-



didados como deben atenderse, o sea que los niños no tienen la felicidad que tenían antes. Y eso para mí fue una gran cosa, porque si se salen los dos, llegan los niños y no hay nadie y la mamá no está para enseñar amor, para darles cariño. Porque ahora la mamá llega cansada, viene con problemas de allá, ya lo que quiere es llegar a acostarse y dormirse y que los hijos se duerman.

Antes se casaba uno muy chica, pero ahora ya no, y yo creo que está bien eso. Ahora ya, por ejemplo, se casan más grandes, pero como siempre he dicho, las mujeres están jóvenes todavía y trabajan y descuidan su hogar. Ya no pueden tener un hogar como lo tuvimos nosotras porque si se van a trabajar ya la cosa va mal. Mal porque van a descuidar su casa, pero bien porque pues ahorita el tiempo es otro y ya cambiaron las cosas y la mujer tiene también derecho a trabajar.

Antes las mamás les enseñaban la importancia que tienen los hijos. Ahora si yo, por ejemplo, tuve seis hijos pues me estoy en mi casa, al pendiente de ellos. Y ahora tienen hijos y se van a la calle. ¿Qué pasó ahí? Los mandan luego a la guardería. ¡Ay, la guardería! ¿Qué les pueden enseñar? Los cuidan sí, los cuidan bien, pero qué hay del cariño y el amor que sienten ellos, eso no se da en todas partes, se da en su hogar con su mamá. Que quiere lechita, ahí está su mamá; que está jugando, que está triste, tiene a la mamá; estando la mamá, los niños viven tranquilos y contentos. Por otra parte, está bien que trabajen ambos padres porque el tiempo ha cambiado. Y eso pues ahí cada quien, pero debe de ser que el hombre trabaje y que la mujer entienda eso y que así se dan mejor las cosas.

No siempre profesé el cristianismo, yo de niña iba a la Iglesia católica, pero los padres eran muy feos, decían “Dios, que se muera tal persona, y también esa otra persona”, y yo decía en mí: “No los escuches Dios, están equivocados”. Eran

groseros, y decían muchas cosas que no explicaban, hablaban bonito pero nada más, yo hasta les tenía miedo. De soltera y parte del tiempo de casada seguí siendo católica pero no sabía realmente lo que era el catolicismo y me casé por la iglesia. Cuando nos fuimos a vivir a Torreón fue cuando me volví al cristianismo porque en la amistad cristiana te enseñan a conocer a Dios. Lo que más me ha dejado el cristianismo es el amor hacia todos. Me acuerdo que estando en Colima la gente rica iba a las iglesias a escuchar una oración y ya con eso se sentían santos. Acá en el cristianismo no, acá se trabaja y eso te hace ser compasivo con toda la gente que sufre; además, Cristo me ayudó mucho a calmar la muerte de mi madre, ese momento siempre estará grabado en mi memoria. Yo pienso que todo es posible si tú lo puedes creer, en momentos de dificultad, el gran amor de Dios suplió mis necesidades y borró mis tristezas, y me dio amor, amistades y seis hijos que son amados, consentidos y ya son recibidos.

Nunca fui a la disco, eso era un pecado, nunca nos dieron chance de ir porque nos decían que había pura gente malcriada, mala, mal educada, donde se decían palabras mal dichas, donde tomaban mucho vino... sé que actualmente se llaman diferente, que son antros. Tengo un concepto muy feo, muy triste, de esa palabra, el sólo pensar que mis hijos llegasen a ir al antro, n'hombre, que horror. Para mí, en lo antros se da un mal ejemplo de tomar, bailar muy pegados, como desesperados. A eso en mis tiempos se le decía ir al "bule", salir a tomar y bailar pero con medida, y ahora ya no se miden. Nunca entré a una disco, ni quiero saber cómo son. Cuando comenzaron a ir al antro los jóvenes, sufrí mucho al pensar que iban a ir a un lugar tan feo. Si mis papás hubieran visto esto de ir al antro, yo creo que se hubiesen desmayado.

Me gusta mucho Torreón, siempre me gustó para vivir, por ser una ciudad; en San Pedro viví muy feliz, pero no quería que mis hijos fueran de pueblo. Ahora mi vida social es

diferente a años atrás, ahora voy al casino, ahí nos juntamos desde hace mucho las esposas de médicos, una vez al mes; pero también ha cambiado un poco últimamente, ya no nos juntamos sólo ahí, ahora hay más opciones. Vamos a la casa de una y luego a la casa de otra. Antes también íbamos a cantinas con nuestros esposos, pero en ese entonces tenía carro, ahora no.

Realmente no recuerdo que me faltara algo en mi juventud, viajé cada ocho días a Manzanillo porque allá teníamos otra mueblería, y luego fui a México y salía mucho al teatro. Y en el teatro teníamos acceso especial, tuve sirvientas y no batallé. Tuve una vida muy cómoda y yo pensaba que todo el mundo vivía como yo. Cuando era joven no tuve tiempo de imaginarme mi futuro, trabajé, me casé muy chica y todo se dio muy rápido. Pero ahora imagino el futuro muy bonito en el nombre de Jesús, sano y de mucha experiencia. Espero en Dios que las próximas generaciones sean positivas y buenas. Sé que estoy en mis últimos años y veo a los jóvenes enteritos, pero no sé qué vayan a hacer. Lo que sí sé es que van a hacer grandes cosas. Siempre sigo adelante porque gracias a Dios lo tengo todo, creo en Dios, y me ha ayudado en muchas cosas, extraño mucho a mi chavalito, todo su cariño, su amor, fueron 63 años de puro cariño; lo recuerdo como un hombre muy sabio, muy bueno, muy propio. Nunca fue irrespetuoso, negociábamos mucho en discusiones y nos amamos mucho.

Soy feliz porque, aunque creo que no hice mucho, si he hecho algo con mi vida, y porque la mayoría de mis hermanos y hermanas aún no han fallecido; sólo uno, el licenciado, el que más quería y el que más me quería a mí, Luis. Quedamos siete todavía, bastantes. Espero contenta lo que la vida me tenga preparado. Tengo muchos nietos y los quiero muchísimo. Las enseñanzas que les dejaría a ellos y a mis hijos e hijas son sobre el amor y la unión; y, si fuera posible, les dejaría dinero también. Como mensaje les digo a todos que espero recuer-



den los buenos ejemplos de los abuelos, tíos, hermanos y padres. Sigán esos ejemplos y sigan aumentándolos. No olviden mantenerse cerca de Dios, pero de corazón y con sinceridad.

*Mama Ema, siempre te hemos amado,
te amamos y siempre te amaremos,*

LUIS ALBERTO ROBLES ARELLANO



**JOSÉ LUIS MONREAL ESCOTO:
MONEDITA DE ORO**

MARÍA ANDREA MONREAL BLANCO



Me llamo José Luis Monreal Escoto, nací el 18 de enero de 1940, en León, Guanajuato. Soy el hijo más chico del matrimonio entre Juan Bautista Monreal Amezcuita y de Guadalupe Escoto Ramírez.

Mi relación con mi mamá estaba muy bien y con mi papá era un poco distante. Me acuerdo mucho de mi papá porque, aunque fuera un poco distante de nosotros, me enseñó a ser honrado y lo digo porque en una ocasión nosotros estábamos muy pobres y llegué yo con una fruta que había robado o sustraído. A él se le hizo muy raro y me preguntó:

—¿De dónde la agarró?

—Me la encontré —le respondí.

—No, ¿de dónde la agarraste? —volvió a preguntar, molesto.

Pues como quiera me lo sacó y me llevó a que la regresara; desde entonces, yo pienso que la pobreza tiene que ver con la honradez.

En mi familia éramos siete hermanos: cinco hombres y dos mujeres: Benjamín, Ángel, Víctor, Delia, Carmelita, Memo y luego yo. Mi relación con ellos era buena. Al mayor lo veíamos poco. Los que seguían, vivíamos juntos, nos llevábamos muy bien y las hermanas tampoco vivían con nosotros, pero cuando nos veíamos la relación era muy buena.

Mis hermanas no vivían con nosotros porque mi papá y mi mamá no se llevaban bien y mi abuela, mamá Tita (Isidra Ramírez), vio que no estaban viviendo bien; las recogió y se las llevó al rancho de mi tío Salvador, en Durango. Mi hermana, la mayor, Delia, tenía como quince años, y la otra, Carme-



lita, tenía como doce o trece. Mi mamá también decidió irse. Ahí estaban mis otros dos hermanos, Ángel y Víctor. Llegamos mi mamá, mi hermano Memo, que en paz descanse, y yo. Nos juntamos ahí los siete porque ahí vivía Benjamín, el hermano más grande.

Mi tío Salvador era riquillo. Tenía un rancho precioso en Durango, se llamaba La San Martina. Antes recordaba a mi tío con rencor ya que era muy estricto, pero ahora lo hago con cariño, porque él me enseñó a trabajar. Desde los cinco años, mi hermano y yo éramos los vaqueros y mis hermanas eran las ordeñadoras.

Diario se ordeñaban alrededor de cuarenta vacas en el establo, de mañana y tarde. Éramos muy felices. Yo me ganaba semanalmente cinco pesos que me guardaban mis hermanas; en aquel tiempo era mucho dinero.

Era la forma de vivir, era la vida que teníamos. Me acuerdo que mi mamá trabajaba en la cocina; o sea, en el rancho todos trabajábamos. La “mera mera” era mi abuelita, “mi amá Tita”, porque era la matriarca de la familia.

Era muy lindo, pues en el rancho vi parir una vaca y tuve que ir cargando el becerro en una carretilla, porque yo estaba tan chico que no podía con el becerro; a lo mejor el becerro pesaba más que yo cuando nació.

Mis mejores recuerdos del rancho son de cuando los animales tenían crías, porque se tenía de todo; vacas, pollos, cerdos. Otro es el de ir a sembrar; a mí me tocó sembrar de todo; con máquina, con un palo, picándole, echando la semilla y tapando el hoyo con el pie; de todo había porque había espacios muy pequeños donde no entraba el tractor o los animales, y entonces sembrábamos a mano.

A pesar de que éramos pobres, no sufrimos, vivimos el momento y lo vivimos felices.

Duramos dos años en La San Martina. Yo tenía como siete años cuando nos venimos aquí a Gómez. Aquí hice toda la

primaria, en la escuela Bruno Martínez, donde el más rico era el que tenía zapatos. Competíamos con todas las escuelas. Era una escuela de nivel educativo muy alto. Aunque los que íbamos ahí éramos pobres, siempre obteníamos los primeros lugares. Eso se notaba en los desfiles, las mejores escuelas iban en primer lugar y a nosotros siempre nos tocó ir en primer lugar, e igual en la secundaria.

La prepa la hice en la 18 de Marzo, la cual siempre estuvo en pugna o en pleito con el Francés por ser la mejor escuela. A lo mejor había algo de favoritismo del gobierno, pero el desfile siempre lo abría la 18 de Marzo y como yo era pues el más alto, siempre iba adelante. Me gustaba mucho eso porque íbamos a mero adelante, aparte de que iba la banda de guerra de la 18, que era muy buena. Mis compañeros eran miembros de la banda de guerra y yo era parte de la escolta. Siempre íbamos adelante con la banda número dos del Estado, marcando los compases para que marcháramos nosotros por haber obtenido el primer lugar en aprovechamiento de entre tantas escuelas.

Mi familia convivía en las reuniones que había en la vecindad, como los cumpleaños y la Navidad. En las tardes de la vecindad, los jóvenes y chicos nos reuníamos; en la noche, contábamos cuentos de miedo. Las señoras salían a la puerta de la vecindad y todos los niños, los de del barrio y los de ahí de la vecindad, jugábamos mucho; que al chinchilagua, que al látigo, que a esconderte, incluso lo más simple, las carreras. En la misma cuadra, uno salía para un lado y el otro para el contrario, daba la vuelta a la manzana y llegábamos ahí, pasando por la calle Madero, que tenía camellón con jardines bien cuidados; ahí nos escondíamos y dábamos vuelta.

Antes podíamos salir, no había miedos, el único miedo que había era con un vecino porque tenía un perro muy bravo; aparte de eso, todo era muy tranquilo. Se dejaba la ropa tendida afuera, no se perdía nada. Ahora es muy difícil, pues

no sabes ni quién es el vecino y si a lo mejor es drogadicto o es ladrón; todo eso no existía antes. Claro, te estoy hablando de muy antes, de hace casi 68 años.

No es que yo diga que todo tiempo pasado fue mejor, pero sí vivíamos muy tranquilos a pesar de que no teníamos comodidades económicas, y sí podíamos trabajar, que es otra cosa que no hay ahorita. Yo trabajaba en el rancho desde los cinco, y aquí en Gómez, desde que estaba en segundo de primaria, en el cine vendiendo paletas.

Mis hermanos Ángel y Víctor trabajaban en el cine, aquí en Gómez Palacio, eran mozos, pero cuando faltaban los proyectistas ellos proyectaban las películas en los aparatos antiguos. El cine era de la Operadora de Teatros, la cadena nacional. Era el mismo donde yo trabajé. De hecho, mi tío Salvador era el secretario del Sindicato Nacional de Cinematografía, era gente muy influyente, compañero de Fidel Velázquez (un político y sindicalista mexicano, líder de la Confederación de Trabajadores de México, CTM, por más de cuarenta años); no era sindicato de artistas, sino de los que trabajaban en los cines.

Estuve bastante tiempo vendiendo paletas, como cuatro años, casi cinco. Lo que más me gustaba de ese trabajo aparte de ver las películas, porque sí las veía, era ganar dinero; lo que ganaba lo juntaba con mi hermano Memo. Yo trabajaba en un cine y él en otro, vendiendo también, y con eso ya comíamos. Yo ganaba como ocho pesos y mi hermano unos doce.

Memo trabajaba en el cine Palacio, era donde está actualmente Elektra, ahí en la plaza principal. Ese cine nosotros lo barríamos, ¡estaba inmenso y era buena friega! Tenía galería abajo, lo barríamos para ayudarle a mi hermano Víctor, que era el mozo. También lavábamos los carteles, unos de lámina que ponías en el balcón, los lavábamos porque la pintura era parecida a la cal y se podía pintar de colores; antes se anunciaba las películas en ellos.

Yo trabajaba en el cine Unión, que actualmente ya no está, y era cine-teatro. Estaba por la calle Centenario, entre Allende y Madero, ahorita ya lo tiraron y hay una refaccionaria, malamente porque estaba muy bonito; tenía la forma de teatro. Era muy botana porque el piano del teatro estaba ahí todavía; además de que era muy famoso porque había muchas ratas, las que pasaban por las piernas de los que estaban en el área de luneta. La raza que iba a la parte de arriba del cine, malosos, orinaban a los de abajo. Recuerdo que en una película todo estaba en silencio, de repente vi pasar a una rata por los tubos de la luz y ¡pum!, se cayó, ahí donde estaba la pantalla. Ya era sabido que había ratas. La gente en luneta se sentaba y subía las piernas para que no les fueran a pasar por los pies. Ahí era lo más elegante, luego palco, a los lados, arriba Galería y al último, lo más barato, era donde había bancas de madera para que cupieran más personas. Yo vendía muchas paletas ahí arriba, ya que todos estaban hacinados en todo el calor.

El boleto de entrada costaba como un peso abajo y cincuenta centavos arriba, tres películas, permanencia voluntaria. Cuando cerraba la palettería a las diez, si había buenas películas, me quedaba a verlas, pero no siempre porque dos o tres días pasaban las mismas. Mi mamá siempre iba al cine y me regresaba con ella a la vecindad, que estaba como a siete cuadras.

Cuando tenía doce años empezó la tercera dimensión con los lentes y todo; como nosotros nunca pagamos en las funciones, en ninguno de los dos cines, esperábamos a que se le cayeran a alguien los lentes o que se le olvidaran para poder ver la película, porque te los daban a la hora que te venden el boleto.

Antes, la lucha libre era en el Deportivo, un salón al aire libre que tenía las gradas y el ring en medio. De repente se quemó el Deportivo, por algún malosos; entonces en el cine

Unión habilitaron el ring; se acababa la función a las diez y los días que había lucha se acababa a las nueve, entraban los que iban a la lucha libre. Yo me quedaba a ver las luchas, venían todos los buenos, el Cavernario Galindo, el Perro Aguayo... estaba suave.

El cambio de niñez a la adolescencia fue muy feliz, a pesar de que a los cinco años empecé a trabajar, yo veía la vida muy natural; o sea, vivíamos, no estábamos peleando con eso, ni con los papás. Ahora muchos pleitos son con los papás porque como tienen mucho dinero, le dan todo a los hijos y los hijos en lugar de pagar eso, exigen, exigen y exigen y los papás con tal de quedar bien, porque no están con los hijos, les dan, les dan y les dan y los malacostumbran. Uno no podía decirles a sus papás “deme esto”, sino que tenía que trabajar para ayudar a tener de comer, pues tenía necesidad; entonces no había eso de que “dame esto porque si no, no voy”. Yo fui como tres o cuatro veces a México cuando estaba en prepa, me fui de *ride*, o sea de aventón; antes se podía hacer eso, llegué a irme dos veces acompañado y dos veces solo, ida y vuelta. Los chóferes que te daban *ride* hasta te daban de comer, ahora nadie te levanta, mucho menos te dan de comer... tienen razón, porque no saben quién los vaya a asesinar; claro, era otro mundo, y afortunadamente yo lo viví.

Siempre me ha interesado la música y cuando estaba en la prepa, uno de mis amigotes se sabía todas las canciones de Elvis Presley y llegamos a cantar en la difusora de esos tiempos en Lerdo, la XEGZ. Tuvimos un programa que duró seis meses, yo hacía los coros y mi amigo cantaba; nos llamábamos Little Gold Coins, Las Moneditas de Oro, nos decíamos. Teníamos mucho *rating*, éramos cinco amigos muy unidos, no nos dejábamos de nadie, hacíamos bromas y muchos no aguantaban, decían que éramos moneditas de oro. No recuerdo bien cómo empezó, pero total, resultó que ahí andábamos, nos oían cuando menos las muchachas de la escuela.

Desde que estábamos en León mi mamá dijo: “Estos van a ser médicos”, porque teníamos un tío que era buen médico y ella nos decía que nosotros íbamos a ser como él. Esa fue la ilusión de mi mamá, y nosotros también queríamos. En un momento, me gustó la ingeniería pero mi hermano ya tenía los libros de Medicina y no estábamos para hacer dos gastos de distintas carreras, estaba difícil.

El sueño de los muchachos de aquí era entrar a estudiar a la Médico Militar, yo iba así muy chicho, con mi primer lugar de aquí; pero en la escuela Médico Militar eran miles lo que presentaban examen, así que no pude entrar. Antes tenías que competir para estudiar porque tenías necesidad; sabías que iba a ser un peldaño para la escala social, que ibas a cambiar de código postal. No es lo mismo vivir en la vecindad, sin tener más que para comer, que ahora tener una casa, un carro y poder salir de vacaciones... bueno antes también salía de vacaciones, pero pues con qué, pues con nada.

Después me fui a México de *ride*, para ver si entraba a la UNAM, y ya no había lugar en Medicina, sólo en Veterinaria; alguien me dijo que entrara y después me cambiara a Medicina, pero no aguanté más que un mes, no era lo que yo quería. Después de regresar de la UNAM, me puse dizque a estudiar Medicina porque yo ya estaba inscrito en Durango, me había inscrito mi hermano Memo. Perdí dos años, ya que llegué un mes tarde y eso influyó para que no aprobara todas las materias de ese año, y por mis amistades parranderas.

En las escuelas de Medicina siempre hay alguien que sabe tocar algún instrumento, cantar y eso era lo que hacíamos, tomábamos y sobre todo cantábamos y llevábamos gallos; se acostumbraba mucho llevar gallos, hasta a los profesores les llevábamos gallo el día del maestro. Cuando nosotros estábamos en Durango era una tradición llevarles gallo ese día, y ellos ya nos esperaban con botana y vino; era agradable, pero aquí en Gómez no se dio. Yo estuve 34 años de maestro

y no se hizo esa tradición, quizá porque era nueva la escuela; tanto, que a mí me tocó dar la primera clase en la Facultad de Medicina de aquí de Gómez Palacio. Nosotros ya sabíamos que cada día del maestro no había clases, pero desde temprano íbamos a despertar a los maestros que “queríamos” o que sabíamos que nos iban recibir con la botana, así que nada de contratar mariachi.

Los métodos de estudio eran leer, leer y leer. La biblioteca estaba pobre, no era como está ahorita, no había tanto texto y uno batallaba para comprar los libros que necesitaba.

En la escuela había dos máquinas de escribir y todos los alumnos íbamos a pedir las prestadas para hacer los trabajos. Meterle cuatro, cinco papeles, bastante para poder sacar las copias, no era fácil porque cuando te equivocabas tenías que estar borrando en las cinco hojas y volver a marcar. A veces le tenías que dar fuerte y se agujeraba la hoja. Nos tocó que llegaran las eléctricas, luego las electrónicas y después las computadoras. Me ha tocado ver todos esos pasos, a diferencia de muchos, pues ya nacen con la computadora en la mano.

En aquel tiempo entrábamos setenta a la carrera y en el primer año salían treinta. Los que quedamos nos fuimos resolviendo con las otras generaciones; cuando yo salí, salimos diez y no todos habíamos entrado igual. Terminé en 1965, fui de la cuarta generación.

El internado lo hice en 1966. Cuando estaba en él allá en Durango, un compañero que iba más arriba era maestro de la prepa nocturna y por ayudarme me dijo que diera las clases y que me iba a pagar. Di clases en la prepa nocturna, me tocó un grupo excelente, organizaron unas pláticas de Medicina en el aula magna de la universidad y salieron muy bien. Creo que ahí le agarré gusto a la enseñanza.

El servicio social lo hice del año 1966 hasta principios del 1968. En el servicio social, el chofer y yo íbamos desde Durango hasta Coyotes; de Coyotes salíamos a Banderas y luego

seguíamos hasta Río de San Luis, que era el primer aserradero; se llamaba así pero ahí la gente le decía La Tigra y ahí empezábamos a dar consulta. Después de la consulta oficial del Seguro Social, venía la consulta particular; entonces me iba muy bien porque, al contrario de la gente de la ciudad, a la gente del pueblo le dices “tanto”, y ahí está, pagaban lo que era.

Una vez consulté a un señor que se veía muy pobre, tenía una pata de palo. Al terminar la consulta, preguntó:

—¿Cuánto es doctor?

—Nada, así está bien —le respondí.

Saliendo de la consulta, el chofer me pregunta si le había cobrado al don ese, a lo que yo le contesté que cómo le iba a cobrar, resultó ser que el señor tenía muchas vacas y hacía tantos quesos que cada dos o tres semanas pasaba un camión refrigerado a recogerlos. En la siguiente consulta el don me llevó un queso grandote y nos hicimos muy amigos: me llevó a su rancho para ver cómo hacían los quesos y al terminar el año del servicio social, me regaló un marrano. Yo venía de regreso en la camioneta del Seguro con mi marrano, que terminó siendo chicharrón.

Había un pueblo que se llamaba San José de Causas, era un aserradero, el más grande de toda la sierra de Durango. Tenía sus calles bien trazadas, en cuadradas, y un estadio de beisbol. Era tan grande que ahí había médico de planta, un pasante y dos o tres enfermeras; pero por dejar de pagar al Seguro, fue embargado; así dejó de funcionar. Lo recorrí porque por ahí pasaba yo para llegar a mi base, que se llamaba Huachichiles, en el municipio de San Dimas. Entre San José de Causas y Huachichiles había un lugar precioso en el que yo meditaba. Tenía un arroyo de agua cristalina y unos pinos como de tres metros de diámetro, inmensos, con lianas alrededor. Desde la primera vez que lo vi le dije al chofer que se detuviera.

Pasando eso, había un arroyo, que al año cruzábamos como nueve veces. En una ocasión pasamos en la mañana a todo dar, y al día siguiente, en la noche, el agua estaba hasta arriba, y lo peor es que sí nos aventamos a pasar, me preguntó el chofer:

—¿Qué, doctor, nos aventamos?

—Sí —le contesté.

—No, pos nomás déjeme engrasar las bujías —respondió.

Pasamos batallando mucho, porque la camioneta era de doble tracción. A la tercera pasada que dimos estaba una camioneta que no pudo pasar.

Era otra camioneta igual, que nos pidió que la estiráramos, y la pegamos con el cable de acero que el chofer siempre llevaba.

Pasamos esquinados, pero a la hora de subir al otro lado, la corriente era tan fuerte que no podíamos, le dije al chofer que no lo soltara y en eso le aceleró, logrando hacer que la camioneta subiera y pudiéramos sacar a la otra. Pasamos el río para salir de él, pero el agua empezaba a brincar por el cofre. Salimos todos los involucrados, lo dejamos ahí y nosotros nos fuimos.

En el último arroyito que habíamos pasado en la mañana, ya ni me dijo nada el chofer, pasamos, pero nos quedamos en medio. Íbamos en un Jeep, entonces se empezó a meter el agua, afortunadamente se embarcó en la arena y el agua no la pudo empujar, pero sí se metió toda el agua; la medicina estaba por allí nadando. Teníamos miedo porque era de noche. Salimos de la camioneta como pudimos porque la corriente venía muy fuerte. El chofer amarró la camioneta con el mismo cable a un árbol. En el recorrido también llevábamos a la hermana de una enfermera, una muchachita como de catorce, quince años, que yo cargué en brazos, lo que sirvió para que el agua no me llevara. Salimos y en la orilla vimos una casita. Llegamos allí y dijimos que nos habíamos quedado; la gente, muy amable, nos invitó a entrar:

—¿Qué pasó? —nos preguntaron.

—No, pues nos quedamos atorados —respondimos.

—Hace rato vimos cómo la corriente se había llevado un camión de volteo —nos dijeron.

Ahí aprendí a manejar en la sierra; yo nunca había manejado. Era bien padre porque mientras yo anduve con el chofer la gente me veía lejano, pero el primer día que me vieron manejando la camioneta: “¡Adiós, doctor!”; como que así me hice gente de la sierra.

Después de muchos ires y venires para allá y para acá, me invitaron a la escuela de enfermería para dar clases, y estuve como 4 años, hasta que se fundó la escuela de Medicina. Yo era coordinador en el Seguro de Gómez y al director le dijeron que formara la plantilla de maestros, nos juntamos diez gentes. Me dijeron que iba a dar embriología pero yo respondí que no, que iba a dar anatomía; se puede decir que fue cuando aprendí anatomía porque cuando estudiaba nunca lo hice. Dio la casualidad que fue la primera clase con la que empezó la Facultad y había dos grupos de anatomía. Empezamos los dos, a las siete de la mañana, el doctor de Villa en un salón y yo en otro; nomás que como él siempre llegaba tarde pues en realidad el primero que empecé fui yo. A pesar de que vivía en Torreón, nunca llegué tarde a clases. Yo tenía mucha admiración por mi maestro de anatomía de Durango, don León Saldívar; él era estricto de a montón y por lo que dicen los muchachos, yo era su copia dando clase. Pero ahora, hace poquito, estaba platicando con una alumna de las primeras generaciones y me preguntó: “Doctor, ¿usted nos hacía aprendernos todo de memoria porque no sabíamos leer?” Sí, precisamente, no sabían leer y es un hecho: el que no sabe leer, no aprende.

Di clase de anatomía y neuroanatomía, y esta última fue la que más me gustó; preciosa la clase, muchos no quieren darla porque es muy difícil; te abre mucho los ojos, ojalá pu-



diéramos estudiar bien la neuroanatomía, es muy bonita. Estuve desde el 5 de enero del 1976 hasta el 9 de agosto de 2009 como maestro. Fueron 34 años, eran dos generaciones por año, me tocaron 68 generaciones.

Lo que me queda de experiencia es que ahorita hay muchos que fueron alumnos míos y que ahora son investigadores y que están muy bien considerados en el Instituto Nacional de la Nutrición; alumnos brillantes que están son reconocidos, que vienen y me saludan con cariño. Me da mucho gusto que ellos estén muy bien y que me digan “usted me enseñó a estudiar, maestro”, aunque no sea cierto, pero que sí me recuerden. Ahorita, cuando salimos mi familia y yo, donde quiera nos encontramos ex alumnos y me saludan con cariño y no con odio.

Los últimos estudiantes de Medicina ya no eran los mismos, ya son muchachos que no tienen necesidad; por ejemplo, cuando empezó la Escuela de Medicina, los muchachos tenían necesidad porque de su carrera iban a vivir; ahora, muchos de los alumnos que entran ya viven mejor que el maestro, de ahí salta una diferencia muy grande. Ya no hay ni necesidad, ni motivación, ya tienen su modo de vivir, aunque no terminen. Antes tenían que terminar para cambiar de código postal.

En los primeros años de la Escuela de Medicina, el único carro que había era una bicicleta, de Víctor Manuel, nomás él tenía bicicleta, y ahorita no se puede entrar de tanto carro que hay; claro, hay más alumnos ahora, pero, de todas formas, de 70, 80 que eran había una bicicleta; después ya eran 160 y seguía habiendo una bicicleta.

La familia y los hijos que nacieron son mi acontecimiento de vida más importante. Conocí a Delfina Andrade, mi esposa, en la secundaria, pero no hablábamos. Ya en la prepa platicábamos, éramos amigos, hasta que terminamos la prepa nos hicimos novios. Cuando ya andábamos de noviecitos, me

fui a México, dizque iba estudiar, le dejé mi anillo, en prenda de mi amor. Nos separamos y ella se quedó aquí, en Gómez; yo me regresé a Durango, después ella logró una beca y se fue a estudiar a Durango. Nos hicimos novios otra vez, para toda la vida; hasta ahorita, cuando dentro de poco tiempo cumplimos cincuenta años de que nos casamos. No sé por qué no nos casamos aquí en Gómez, nomás dijimos que allá y allá nos casamos, deberíamos de habernos casado aquí, pero no. Nos casamos en un lugar que antes se llamaba el Sagrario Metropolitano. Yo tenía 25 años, estaba en quinto año y ella estaba como en segundo o en primero, es que primero estudió Enfermería, luego Medicina y después se salió, porque estaba criando a Pepín, nuestro hijo mayor, que nació en el 66. Después de Pepín sigue Adrián, en el 69; luego July en el 74 y por último Marcela en el 77. No hay otro logro personal mejor que la familia.

Cuando nos casamos no teníamos la casa, no teníamos nada más que el uno al otro. El mismo mes que nos casamos, fueron de la escuela porque hubo un convenio con el Seguro Social, no tenían internos. Nosotros salíamos en diciembre y fueron en septiembre, dijeron que necesitaban tres de nosotros y yo luego-luego dije “de aquí soy”. En aquel tiempo ya era pagado, eran como 700 pesos y 300 pesos que le daban de beca a Fina, y juntábamos mil pesos. Nos sabíamos administrar, conseguimos un departamento de 250 pesos, pero estaba bonito. Los 250 pesos equivaldrían de pérdida a unos 6 mil pesos o vete más abajo, unos 4 mil. Era un departamento que tenía sala, comedor, cocina, recámara y todo, la señora vivía abajo, nosotros arriba. Además, yo trabajaba como agente de medicinas y me ganaba otros 300 pesos. Ser agente de medicinas consistía en visitar a los médicos de parte de un laboratorio para que ellos receten sus medicamentos. El maestro de oftalmología me quería mucho, porque fui buen alumno con él. Nunca cobraba su sueldo hasta que se acababa el curso y lo

que ganaba él se lo daba a su mejor alumno y me lo dio a mí. Era poquito, como 500 pesos, no les pagaban mucho, pero en esos tiempos era significativo.

Yo quería ser oftalmólogo, pero soy médico general, homeópata. En el 85 terminamos la especialidad en homeopatía, estudiamos una parte aquí, otra en México. Nuestro título es del IESO, Instituto de Estudios Superiores de Oaxaca. Empezamos a ejercer, Fina y yo, y nos iba muy bien a los dos, empezamos aquí en la casa, cuando se fue Pepín a Monterrey a estudiar, vendimos un terreno que teníamos en el Campestre y con eso hicimos el consultorio, como para el 88. Duramos como un año, estaba aquí en la tarde porque en la Escuela de Medicina iba de siete a ocho y en la tarde daba otra hora. Como siempre hemos tenido la consulta por cita, se adecuaba a las horas libres. La homeopatía es una medicina natural que no agrede al organismo y sí lo cura, no le das antagonistas de la enfermedad, sino cosas van a curar. En esos tiempos era mal visto, los médicos no la aceptaban. La gente decía que era brujería.

No considero tener fracasos, tal vez no haber entrado a la Médico Militar porque sí tenía muchas ganas de entrar, pero son cosas de la vida. No haber entrado a la UNAM porque también quería entrar, pero no, he tenido más satisfacciones que fracasos.

Eso me hace vivir bien ahorita, fui por mi hija a Houston y aquí se va estar como un mes, según ella. Voy a decir como dice una paciente de mi señora: “Soy muy feliz cuando llegan mis nietos, pero soy más feliz cuando se van”. Puedo decir que mi vida es tranquila y feliz, a lo mejor soy muy conchudo, pero he vivido muy tranquilo, contento, quisiera ayudar a los hijos o a los nietos, pero pues no, ya están grandes, ya que vivan solos.

Absolutamente nada me lo dieron, pero soy muy feliz porque todo se me ha facilitado en realidad, hemos batallado

para tenerlo, pero siempre lo hemos conseguido, hemos logrado todo lo que hemos querido.



**JUANA JOVITA GONZÁLEZ CANTÚ:
LA TRAVESÍA DE UNA VIDA**

PAMELA DÁVILA VILLARREAL



Cuando tenía nueve años de edad, mi bisabuela Juanita, o mejor dicho, Janina, falleció; recuerdo perfectamente cómo era cada uno de los días que yo pasaba dentro de aquella casa, antes de su enfermedad. Era un ambiente rodeado de reniegos, seriedad, silencio y uno que otro quejido (“Silvia, diles que no estén haciendo ruido”), algo que claramente una niña de esa edad no podía comprender. Así fueron los primeros nueve años de mi vida cada vez que la visitaba, todos, excepto uno. Llegué a la casa de Janina como de costumbre, con mi karaoke en la mano, teniendo en cuenta que probablemente no iba a poder terminar ni la primera canción antes de que se escuchara un grito diciendo que dejara de hacer ruido. Al picarle al botón de play, escuché a mi abuela Lety decir a lo lejos: “Pame”. Mi reacción inmediata fue apagar el aparato para no recibir más regaños, estaba a punto de desconectarlo, hasta que escuché el resto de la oración: “Janina quiere que le vengas a cantar a su cuarto”, al oír esto, levanté el karaoke tambaleándome y salí corriendo al cuarto. Canté el disco entero y no me interrumpió, escuchó cada una de las palabras que mi voz pronunciaba sin renegar, en seguida vi plantada una sonrisa en su rostro; fui feliz; este fue el último día que la vi con vida.

Explosiones del alma

Corría el año de 1915 en la Hacienda San Isidro en los Ramos, Nuevo León, cuando Policarpo González, un hombre que se ganaba la vida vendiendo dinamita, y su mujer, pade-

cieron una gran tristeza al haber perdido por tercera ocasión un hijo, y no un hijo dentro del vientre, un hijo que ya había nacido; su agonía siguió hasta que meses después recibieron la noticia de que serían padres de nueva cuenta. El 15 de febrero del siguiente año, nace Janina; Policarpo llegó del trabajo a la casa para ver a su adorada hija cuando se topó con el percance de que su esposa se había desangrado en el parto y había fallecido.

Tras esta pérdida, él decidió que tenía que sacar adelante a su hija y siguió trabajando; por otra parte, una vecina de la hacienda, que también acababa de parir, se ofreció para amamantar a Janina y cuidar de ella mientras que su padre trabajaba. A los pocos meses Policarpo decidió volverse a casar y tuvo dos hijos más, por lo que Janina quedó en manos de su ahora madrastra a los dos años de edad; él raramente estaba en la casa ya que el trabajo le exigía mucho de su tiempo. En la casa de en seguida de los González vivía una señora amiga de la familia; un día decidió asomarse a la ventana de sus vecinos ya que llevaba días escuchando llorar muy fuerte a la bebé; a través del vidrio podía verse al fondo del baño y a Janina sentada sin ropa en un balde de agua, que por sus reacciones, estaba helada. La madrastra claramente no quería a la hija de su marido, y la dejaba en agua fría para no limpiarla cuando se hacía del baño. La vecina, al ver esto, rápidamente llamó a la señora Celedonia González, hermana de Policarpo, y le contó lo sucedido, por lo que ella decidió tomar cartas en el asunto. Celedonia le llamó a su hermano por teléfono y le dijo: “Déjame traerme a tu hijita acá a Monterrey con nosotros, conmigo y con Romulito, acá te la vamos a cuidar muy bien, te lo prometo, hermano, tú la puedes visitar cuando quieras, es que tu esposa no la quiere”, y él le dijo que se esperara a que la niña cumpliera tres años. Y dicho y hecho, al cumplir los tres años, Janina se fue a vivir con sus tíos; todos los hijos de ellos ya estaban

casados, a excepción de Quelita, quien era dieciséis años mayor que la bebé.

Policarpo, por su cuenta, seguía echándole ganas al trabajo, hasta que un día se le presentó un problema. Se encontraba cerca de una mina cuando llegó un americano y le dijo “tu dinamita no sirve”, y él le contestó que claro que servía; comenzaron a discutir por un buen rato y el americano prendió un cerillo para demostrarle a su vendedor que él estaba en lo correcto; la dinamita explotó y ambos terminaron gravemente quemados. Policarpo fue internado en un hospital y la tía Celedonia llevó a Janina de cuatro años a despedirse de su padre ya que estaba en sus últimas; la única foto que se tomaron juntos fue días antes de la explosión.

De puerta en puerta, de Casa al Cerro

Con sólo cuatro años de edad, sus dos padres muertos y con toda una vida por delante, Janina entró a la escuela y siguió viviendo con sus tíos Celedonia y Romulito. Cuando parecía que todo iba por un buen camino, comenzaron otro tipo de problemas. Policarpo, antes de morir, le dejó un dinero a su hijita, pero debido a que era muy pequeña, Romulito, además de comenzar a anotarle cada gasto que ella tenía, compró propiedades con ese dinero. Además de ese problema, estaba el hecho de que la hija mayor de los tíos, Lupe, constantemente le recordaba a Janina que ella no pertenecía a esa casa y que serían cobrados todos los gastos que ella generara. La niña fue creciendo en esta casa, siguió estudiando y se convirtió en una señorita a lado de sus padres adoptivos, hasta los dieciocho años en que mueren ambos.

Janina se quedó sola en el mundo y dijo “¿y ahora a dónde me voy?”; en ese momento Quelita, que ya se encontraba casada, le dijo “vente conmigo y con Pablo mi esposo a la Ciudad de México”, y justo antes de que tomara una decisión, le habló su sobrina Nena (que la consideraba su prima por ser

casi de su edad), nieta de Romulito y Celedonia, y le dijo “tú no te vas a ningún lado, tú te vienes con nosotros a Torreón”, y se fue a vivir a la Casa del Cerro. En ese entonces, allá por el año 1934, la casa pertenecía a don Celso Garza González, padre de la Nena e hijo de Celedonia y Romulito; la habitaban los tres hijos de don Celso, su esposa la Nena y Janina.

Parecía que Janina por fin había encontrado estabilidad a lado de su prima, con la que se llevaba de maravilla; en la casa se metían a la alberca, jugaban, montaban a caballo (porque en ese entonces Torreón casi era pura terracería) y hacían múltiples actividades dentro de la casa porque el tío Celso era muy estricto y no las dejaba salir tanto; además, le gustaba mucho leer y gracias a eso se volvió una persona muy culta. Ambas primas decidieron tomar cursos de belleza y un día que estaban aburridas de pronto se les ocurrió una idea, “oye, pondremos un peinador, vamos a poner un peinador”, le dice la Nena a Janina; una idea loca que terminó convirtiéndose en realidad. Comenzaron a buscar locales, utilería, máquinas para el permanente y, al conseguir las cosas, se instalaron.

La llegada de Ismael

El salón estaba a punto de ser un éxito, no tardaban en abrir, el único problema que había era que aún no tenían muebles, por lo que comenzaron a buscar en dónde podían comprarlos. Después de días a Nena se le ocurrió una idea y le dijo a Janina: “¿Y si vamos con el hermano de Pura?, Pura Gómez, él tiene un remate de muebles viejos que ya no usan y que los vende; él los arregla o los manda a arreglar y toda la cosa”, y se lanzaron al local. Cuando llegaron, al fondo del establecimiento se alcanzaba a ver un hombre galán que traía en los brazos a una niña chiquita, y Janina no pudo evitar decir: “¡Ay pero qué guapo está!... pero trae una criatura, a la mejor es casado”. Aquel joven, al verlas, enseguida se dirigió hacia ellas dándoles la bienvenida a su remate. “Buenas tardes, bue-



nas tardes, pasen, cómo están?”. Las primas le explicaron lo que estaban buscando y que querían una silla para las clientas que fueran al peinador. Finalmente les vendió una silla, que él sabía que no les duraría mucho, y de esta manera tener asegurado que otro día regresaran con él.

Efectivamente, abrieron el peinador y la primera clienta que llegó tuvo el honor de estrenar la silla, y como era de esperarse, se metió tremendo trancazo cuando la silla se partió en dos. El muchacho se salió con la suya y a los días regresaron para que les vendiera una silla más resistente; al llegar se dieron cuenta que esta vez ya no había ninguna niña con el dueño. Janina nunca se imaginó que este regreso al remate iba a ser el comienzo de una nueva amistad que luego terminaría en algo más. El joven se acercó a ellas y dirigiéndose a Janina le dijo: “Usted no es de aquí, verdad, mi nombre es Ismael Gómez”. A partir de ese momento comenzaron a conocerse, a salir y decidió darle una nueva oportunidad al amor; tuvo un novio antes, pero de él se supo muy poco.

El cambio del adiós

En la Casa del Cerro todo seguía igual, las actividades, los caballos y las nadadas, pero se sumaron algunos conflictos. Janina, ya como novia de Ismael y sintiéndose presionada por lo que sucedía dentro de la casa, decidió que era momento de mudarse a otro lado, pero no sabía a donde. Al enterarse de la situación en la que se encontraba su prima, Pepe Garza González, otro hijo de Romulito y Celedonia, le dio hospedaje en su casa y le dijo que ella iba a ser como su hija debido a que su esposa Chita y él no pudieron tener familia; más que su primo, era como un tío para ella. Finalmente se mudó y vivió ahí algunos meses hasta que sucedió un incidente, el incidente que cambiaría por completo su vida. Un día salieron en la tarde los tíos y Janina y Chamel (Ismael) aprovecharon para ir a pasear a la plaza que estaba a unas tres cuadras de la

casa; al regresar se quedaron platicando en el descanso de las escaleras de afuera, Ismael se acercó a ella y le dio un beso en los labios, no un beso apasionado, un besito. En ese momento llegaron los tíos y don Pepe comenzó a gritar: “Jesús, María y José... si eso están haciendo aquí...”, Chamel y Janina no sabían qué hacer; se armó tremendo escándalo.

Ismael fue a visitar a Janina días después y le dijo “¿sabes qué?, yo te quiero mucho y no me gusta que te anden regañando, es injusto, entonces, ¿por qué no pensamos ya en casarnos?, mañana mismo voy a hablar con tu tío”. Ella se emocionó y esperó a que se arreglara todo. Al siguiente día, el muchacho se dirigió al banco en dónde trabajaba don Pepe y al llegar pidió hablar con él. Ya cuando se encontraban sentados Ismael le dijo: “Mis intenciones son las mejores y quiero hablar con usted porque yo pienso casarme con Juanita lo más pronto posible”. El tío, muy contento, accedió y Janina pudo decirle adiós a la soltería para convertirse en una mujer casada.

Boda de miel

Se casaron el 30 de noviembre de 1939, seis meses después de conocerse. Primero se llevó a cabo la ceremonia religiosa; Janina tomó del brazo a don Pepe y caminaron juntos hasta el altar en donde se encontraba Ismael esperando a su futura esposa; el tío la entregó con orgullo y se fue a sentar contento, sabiendo que la dejaba en buenas manos.

Al terminar, se dirigieron al salón en donde el tío Pepe ofreció el banquete para los novios; mujeres con largos vestidos, hombres en traje, elegancia pura. Janina venía de una familia de grandes empresarios, gente importante de la ciudad, por lo que la fiesta relucía en todos los aspectos. Por otro lado, llegaba la familia del novio, la cual era muy trabajadora y sencilla; Panchita, mamá de Ismael, tenía la costumbre de llevar a las bodas de sus hijos una canasta con tortas, y esta no

fue la excepción; pero al ver semejante cantidad de comida que había ya en el lugar, mejor decidió no sacarlas.

Al día siguiente de la boda, los recién casados partieron de la ciudad de Torreón en un carrito de antes, le dieron cran, que era como cuerda, y arrancó hacia Monterrey, su primer destino. Al llegar, con los brazos abiertos los esperaban Quilita y Pablo, que no habían podido asistir a la boda porque ella acababa de dar a luz; ese día fue su primera noche de luna de miel. De ahí se fueron a Tampico a visitar a otro de los primos de Janina; para ser exactos, el consentido, Jesús. Su viaje duró aproximadamente veinte días por varias partes del país, y en seguida emprendieron su regreso.

La espera de las preguntonas

Al llegar, como era de costumbre en esos tiempos, todas las vecinas, comadres, tías, amigas y demás, insistentes recibieron a Juanita con estas palabras: “¿Qué pasó, ya ya ya?, ¿o no, o ya sí?, ¿ya te bajó?, ¿no te ha bajado?”, la querían embarazada a la de ya; pero, ¿cómo esperar otra cosa?, así eran las cosas antes. Janina las desilusionó con la sorpresa de que aún no estaba esperando a ningún hijo; y así fueron los primeros seis meses de casada: las mismas preguntas y ninguna respuesta.

Con el trabajo de Ismael y con el dinero que le quedaba a Janina de lo que le había dejado su papá, construyeron un Chaletito muy bonito entre las calles González Ortega y Ocampo en el centro de Torreón. Llegó el día en que por fin estaba todo listo y comenzaron a llevar todas sus cosas al nuevo hogar. Con tanta distracción que habían tenido por todos estos cambios, a ella se le había pasado por completo el hecho de que no le había bajado y al estar instalada en la casa, se acordó. “Ismael, no me ha bajado, hay que ir con el doctor”. Se encaminaron hacia allá, el doctor la revisó y estuvieron un rato en la sala de espera para ver qué les decían. No



podían con la incertidumbre, de pronto salió el doctor y les dijo que pasaran a la oficina. “Felicidades, vas a ser mamá”, fue la mujer más feliz del mundo con esta noticia, al igual que su marido.

Esposo más cinco

En el año 1941 nace la primogénita de la familia Gómez González, Genis, quién obviamente ocupó un lugar muy especial en la vida de Janina. A partir de ese momento, hasta ocho años después, Janina siguió teniendo hijos; nació Ismael, luego Silvia, en seguida Cristina y finalmente Leticia. En este punto de su vida pudo sentirse totalmente realizada al ver como ella, junto con su esposo, crearon la hermosa familia que ella siempre quiso tener.

Fue una mamá muy dedicada a sus hijos, a pesar de que en las tardes se iba con sus amigas a jugar canasta. Siempre a las siete, que era cuando regresaban de la escuela, ella estaba ahí; a pesar de que la economía de la familia Gómez no daba para tantos lujos, nunca les faltó una tortilla de harina, huevos, frijoles, arroz. Además de buena administradora, fue ella quien forjó a sus hijos debido a que Ismael salía mucho de viaje por su trabajo.

Conforme los hijos iban creciendo, se fueron dando cuenta de que había algo que sí les estaba faltando, debido a que Janina vivió una infancia un poco sola y nunca tuvo a sus papás con ella, no era una persona muy cariñosa. No era de las madres que llenaba de besos a sus hijos, que los abrazaba o acariciaba con frecuencia; era muy buena madre, cabe resaltar, y quería muchísimo a sus hijos, pero sí fue una persona seca.

Por otra parte, Chamel, su esposo, era el hombre más cariñoso del mundo y le dio a ella todo el amor que siempre necesitó, desde un principio la trató como a una reina, todo lo mejor se lo dejaba a ella. Janina, al igual que con sus hijos, no

era muy afectiva con él pero con ambos caracteres lograron crear una complicidad increíble; él constantemente bromeaba diciendo que se había casado con “la dueña de las paletas de hielo”, por fría.

Las navidades de la familia Gómez González se celebraban en casa de la abuelita Panchita, se reunía toda la familia de parte de Chamel y cenaban para celebrar la llegada del niño Jesús. Por parte de Janina, nunca puso ni un árbol de navidad en su casa, esto probablemente porque ella no lo vio de chica.

Celos de tus ojos cuando miras a un chico

Llegó el momento en que sus hijos empezaron a tener pretendientes, novios, inclusive unos a casarse. Siempre fue una persona sumamente estricta, pero cuando se trataba de alguno de sus hijos poniendo los ojos en alguien más, la rigidez aumentaba; una de las cosas que les decía era que estaban muy chicas para tener novio y que debían de disfrutar la vida. Se casaron los hijos más grandes mientras la chiquita apenas comenzaba a tener su primera relación, por lo que la presión se centraba en la pequeña Lety.

No tuvo nada fácil su relación por la rigidez con la que su madre la educaba; tenía que llegar a horas muy tempranas a su casa y no la dejaban salir mucho, y lo mismo ocasionó que el muchachito no conviviera mucho con Janina en un principio. Esto probablemente se debía a pequeños ataques de celos que son lógicos, pues a ninguna madre le gusta compartir a sus hijos. Ya cuando se casó fueron cambiando un poco las cosas.

Los hijos de los hijos

La primera hija en casarse fue la mayor, Genis, por lo que la primera nieta de Janina se la dio ella. Su esposo era de Chihuahua, así que, al momento de casarse, se fueron para allá. Juanita decidió dejar Torreón unas semanas e irse a instalar

con su hija y su nueva nieta. La primera nieta siempre ocupa un lugar importante en la vida de sus abuelitos, y esta no fue la excepción: Janina se volvía loca cuando estaba con ella.

Conforme se fueron casando los demás hijos, también fueron llegando nuevos nietos; la familia continuó creciendo hasta que tuvo a su lado a quince maravillosos nietos que la hicieron una abuelita muy feliz. Nunca fue muy afectiva con ellos, precisamente por lo mismo que no lo fue con sus hijos; ella no podía dar lo que no recibió; siguió siendo la misma señora culta, estricta y dedicada que fue con sus hijos, pero dejando a un lado las caricias.

El ritmo de la vida

En la casa de los Gómez, de habitar siete personas, ahora sólo lo hacían Ismael, Janina y su hija Silvia; ella y Lety fueron las únicas que residieron en Torreón; esta última con su esposo e hijos. Al quedarse tan pocos en una casa tan grande, Silvia decidió comprar una más pequeña y se llevó a vivir con ella a sus padres porque pensó que era lo mínimo que podía hacer por las personas que le habían dado la vida y que habían cuidado de ella por tantos años.

En esa casa fueron envejeciendo juntos; convivían con sus bisnietos, tomaban café, veían televisión, jugaban cartas, platicaban e iban viendo pasar la vida. En esta época de la vida, y estando un poco sola, Janina solía caer más en depresiones, tenía repentinos regresos al pasado que la ponían triste. No hablaba mucho de ello, sus hijas le preguntaban que qué tenía, pero ella decía que no pasaba nada; sabían que era porque pensaba en los días tristes que vivió durante su infancia y nunca supo olvidar.

Así fue, hasta el día en que empezó a enfermarse, esto a los noventa y un años de edad; por el día, solía estar más contenta que antes, agradecía constantemente la compañía de las personas que estaban a su alrededor, a la gente que la qui-

so por tanto tiempo. Por las noches, no corría con la misma suerte; cada una de ellas desde su enfermedad, hasta la muerte, no dejaba de nombrar a sus padres, dormida los invocaba como si quisieran llevársela con ellos. Por eso el día en que se fue, sus hijas no sufrieron tanto, no lamentaron su partida, porque sabían que su queridísima madre por fin estaba con los que siempre deseó.

Janina:

En el tiempo que conocí a Janina, no tenía la madurez suficiente para entender las razones por las que siempre me regañaba, por las cuales a veces le molestaba mi visita, porque siempre estaba enojada; para una niña de seis años, siete años, hasta nueve años, es imposible comprender por qué una abuelita no es cariñosa. En general, todo es muy difícil de comprender cuando no se conoce el origen, la historia, por qué algo fue cómo fue. Ahora, con veinte años de edad, analítica y conociendo su historia, por fin puedo comprender el porqué de las cosas; es muy fácil juzgar algo sin conocer nada de ello. Mi bisabuela fue una persona que sufrió mucho a lo largo de su vida; no tuvo a sus papás consigo, por mucho tiempo no tuvo un lugar fijo para vivir y tuvo que enfrentar bastantes obstáculos a una muy temprana edad. Pero lo más impactante de todo esto es que a pesar de lo que vivió, logró salir adelante, logró superarse y realizarse con una familia maravillosa. Yo creo que sí fue una persona feliz a pesar de todo; encontró al hombre con el que pudo compartir momentos inolvidables y formar una hermosa familia, pudo ver a sus hijos realizados y con un enorme futuro por delante. Yo creo que eso es mucho más fuerte que todas las cosas malas que le pueden pasar a uno. Si pudiera decirle algo a Janina en estos momentos, le diría que fue una de las personas más fuertes que he conocido a lo largo de mi vida, que es un ejemplo y que es un orgullo ser bisnieta de una mujer con una historia mágica.

**LUIS GUILLERMO JIMÉNEZ VÁSQUEZ:
DE CAMINO AL PUERTO AÉREO**

KIMBERLY ROBLES ARELLANO



Primeros Años

Yo nací aquí en Torreón, Coahuila, el 25 de mayo de 1938, en casa de mis padres, ya que, en esa época, había una señora que se dedicaba a auxiliar a las futuras madres, una partera. Fui el último de trece hermanos, de los cuales tres mujeres murieron muy jovencitas. Mi padre y mi madre se casaron en 1912; recuerdo que mi madre siempre estaba sonriendo y se dedicaba a la casa, mientras que mi padre trabajaba en un taller agrícola, y con él trabajamos mi hermano y yo desde los seis, siete años de edad. Lo ayudábamos entre julio y agosto con el fin de sacar dinero para nuestros útiles y uniformes, lavábamos fierros y pintábamos con brocha, recuerdo que por eso ninguno de mis hermanos y yo fuimos buenos para los deportes, ya que trabajábamos en vez de pasar nuestro tiempo jugando.

En mi vida me enfrenté desde muy joven a la pérdida de mis seres queridos, de mis trece hermanos ahora sólo quedamos mi hermana Lala o Gerarda, que vive en León, y yo. La mayoría murió alrededor de los veintitantos años por enfermedades como cáncer y paros cardiacos, excepto Alfonso, cuya muerte es la que tengo más presente porque fue la más dura y la que más nos trastornó; él falleció el día que uno de los tanques de amoniaco que transportaba a un rancho explotó, matándolo a él y a otras seis personas. Recuerdo con mucho cariño a mis hermanos, ya que mi papá nos enseñó a ser muy unidos, eso fue lo único que nos dejó.

Como toda gente humilde, mi papá se preocupó porque termináramos la primaria; en ese tiempo el certificado de pri-

maria era un documento importante, después los que podían estudiaban secundaria en la Escuela Venustiano Carranza, ahora la Borrego, que está enfrente del bosque. Para estudiar, los lugares estaban muy peleados, éramos demasiados candidatos para una sola escuela, por lo que los que no entraban estudiaban para oficinista, las muchachas salían de secretarías y los hombres de auxiliares de contador privado.

Estudí primero de secundaria en la Escuela Venustiano Carranza, pero por mi desinterés y mis bajas calificaciones ya no continué. A mí me gustaba faltar e irme al Bosque, por lo que mejor estudié comercio un año, luego me salí y por recomendación empecé a trabajar con un señor que se dedicaba a la compra de pacas de algodón. Era representante de Parras, y yo ahí trabajé de *office boy* desde de los trece hasta los quince años, a esa edad ya me prestaban la camioneta para ir a recibir algodón y fui ayudante del dueño hasta que este falleció en un accidente, junto con su señora y sus tres hijos, allá por Irapuato. De ahí me mudé a casa de mi hermana, María de Jesús, a Tlaxcala; me invitó porque a su esposo, que era Policía Federal de Caminos, lo habían mandado a un curso y no se quería quedar sola; ahí duré un año y medio.

Vida laboral

En Tlaxcala trabajé en una industria donde hacían unas camisas blancas muy famosas de la fábrica de La Medalla, y las etiquetaban con la marca Van Husen; estuve ahí por casi un año, luego regresé a Torreón a ver a mi familia y mi papá ya no me dejó ir. Yo tenía la idea de irme a Estados Unidos, entonces intenté hacer mi servicio militar, pero como no tenía los 18 años escribí a la Secretaría de Defensa Nacional para pedir permiso, me contestaron que sí y en la cartilla viene plasmado la autorización de la Secretaría. Hice mi servicio, me metí a la banda de guerra y después a una banda que formó Peñoles; ahí estuve como dos años, nos pagaban, pero



nunca me fui a Estados Unidos porque, aunque me gustaba, mi padre me convenció de no irme diciendo que nada tenía que estar haciendo lejos de mi familia, en un lugar donde si me pasaba algo nadie se enteraría.

Después de la banda, mi hermano Rafael me metió a trabajar en la aviación, en la Tercera Región Aérea, por tres años. Luego me avisó que estaban haciendo un curso para comandantes de aeropuerto con una beca pagada por el gobierno federal, y como ya trabajaba en inspección aérea se me facilitó más escribir y me aceptaron. La única condición era que tuviera el certificado de la preparatoria terminada, cosa que no tenía; entonces hablé con mi primo, Luis Guerrero, que vivía en México y me regaló el suyo. Tardé unos quince días en copiarlo porque en ese tiempo las fotos las agujeraban como con alfileres. Un amigo, El Chino, tenía una imprenta y me hizo los sellos de Educación y el papá de un muchacho, que era notario público, me lo certificó, lo presenté y ahí estudié aviación durante un año y medio.

Para ejercer como comandante de aeropuerto, debía tener conocimientos amplios de control de tránsito aéreo, estuve trabajando en la torre de control en Torreón por dos años, en observación meteorológica. Hacia reportes de tiempo cada hora, pronósticos, y despachaba aeronaves; o sea para que un avión comercial saliera debía tener un certificado de peso y equilibrio y ese era mi trabajo. Decía qué tanto peso se iba al frente, qué tanto atrás, si los pasajeros se iban de adelante para atrás o de en medio hacia los lados, era una distribución de pasaje y carga. Aparte trazaba yo la ruta que el avión debía seguir basándome en los vientos superiores para que el avión tuviera el viento de cola.

Cuando terminamos el curso completo impartido por el Centro Internacional de Adiestramiento y Aviación Civil, me fui a la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, y estando allá me habló mi hermano y me dijo que había una vacan-

te de ayudante de comandante en Chihuahua, donde vivía él. Fui a hablar con el ingeniero, el jefe de departamento, y le pedí que me mandará a Chihuahua, pero me regañó porque me estaba anticipando ya que todavía no estaban repartidos los puestos en las diferentes áreas; éramos 25 en el grupo y nos iban a acomodar en los diferentes aeropuertos alrededor de toda la República.

Pasó como un mes y le dije a un compañero mío que vivía en la misma casa de huéspedes que me acompañará a hablar con el ingeniero; ahí le volví a insistir y sólo me dijo que dentro de tres días iban a hacer el reparto; al otro día fui y ¡cuál fue mi sorpresa! Al compañero que me acompañó le dieron Chihuahua y a mí me mandaron a Villahermosa, Tabasco. Luego, pregunté al ingeniero la razón, y me dijo que lo había elegido porque él era más antiguo que yo; pero no, el señor que estaban mandando tenía tres años en la Secretaría, mientras que yo ya tenía cinco; luego me dijo que estaba basándose en las calificaciones, y le presenté las mías con 9.6 y las del señor de 7.2; entonces dijo que habían sido órdenes y punto. Después supe, gracias a su secretaria, que este tipo le había llevado una pistola al ingeniero a cambio de que le diera Chihuahua; salí acongojado por esa situación, y poco después me encontré al maestro de operaciones de vuelo que me mandó recomendado a Aeroméxico.

Fui e hice mi prueba y me dijeron que me avisarían en tres días; en eso llegó mi hermana, María de Jesús, y le platiqué lo que había sucedido con la vacante para comandante en Chihuahua. Me dijo que su esposo era amigo del secretario particular del Secretario de la Defensa Nacional y tal vez podría ayudarme. Él habló con el director de la Secretaría de Aeronáutica Civil, que consiguió que me dieran Chihuahua, aunque el ingeniero encargado se aseguró de darme a entender que en la primera posibilidad me cambiaría de ahí. Entre feliz y desilusionado regresé a la casa y ahí tenía ya el telegrama de



Aeroméxico donde me informaban que había sido aceptado, por lo que mejor me fui a trabajar ahí. De Aeroméxico me mandaron aquí, a Torreón, a prácticas en operaciones y me concentraron en México para estar cubriendo vacaciones en toda la república; cubrí tres ciudades: Ciudad Victoria, Mexicali y Mochis. Estando ahí tuve la oportunidad de cambiarme a Guadalajara de base, pero lo rechacé. ¿Por qué? Pues no sé, era joven, a lo mejor me hubiera ido bien en Guadalajara, es bonito. Pero pues no, cosa que molestó al jefe, quien me dijo que le había dado mi palabra de mudarme si era necesario y como castigo me envió a Culiacán, un infierno, donde duré un mes y renuncié.

Poco después regresé a Torreón, había muerto mi hermana Margarita, la mayor, y estando aquí conseguí un contacto con el Secretario del Sindicato de la Comisión Federal de Gómez. Él me acompañó a México a buscar quién me diera una buena carta de recomendación. Ahí estaba de diputado don Braulio Fernández, un señor que vi por primera vez cuando tenía ocho años, diez años antes. A él lo vi en un desfile del presidente municipal y sus principales colaboradores que salieron de la alameda y recorrieron las calles hasta la presidencia; estando ahí se me ocurrió gritar: “Arriba don Braulio, arriba mi presidente”, y yo creo que le dio gusto que un chamaquito que no iba en grupo de sindicalizados ni nada, lo halagara, porque hasta se quitó el sombrero. Fui a buscarlo a la Cámara de Diputados, pero me dijeron que andaba en Torreón. Salí muy triste y me recargué en uno de los pilares del edificio; ahí escuché a dos hombres platicando, uno era el chofer, así que me acerqué y le dije que don Braulio me había citado pero no recordaba el hotel, y él me dijo dónde encontrarlo: en el hotel Roma. Con esa mentira me encontré con don Braulio, le pedí una recomendación para la CFE y me preguntó quién era yo y quién era mi padre; le dije que se llamaba Rafael Jiménez, él trabajaba en el área agrícola, y gracias a eso se conocían.

Me dijo: “Ah, ¿don Rafaelito no?, mis respetos para tu padre, pero yo no puedo darte la carta porque yo no me llevo con el secretario encargado, porque somos de diferentes sindicatos, él en la CTM y yo en la CNOP, y estamos chocados”. Entonces me llevó con el presidente de la Cámara de Diputados, y él me dio mi carta. Sin embargo, para llevársela al sindicato que quería estaba imposible, siempre tenía como veinte pistoleros alrededor, yo creo que por miedo y tuve que ir al restaurante donde desayunaba todas las mañanas para verlo. Una secretaria suya me ayudó y le pidió a su novio, que era uno de los guardaespaldas, que me dejara pasar. Le di la carta y me citó más tarde en su oficina, ahí me dijo que todo el mundo mandaba recomendados, pero que me iba a ayudar. Me mandó a Nava, Coahuila, a una planta termoeléctrica. Yo no sabía ni dónde quedaba eso, tuve que buscar en el mapa para ir; pero, para mi sorpresa, me había tomado el pelo, llegué y apenas estaban haciendo los trazos para empezar a construir la planta o lo que iba a ser la planta dos años después. Estando ahí me topé con el ingeniero de la obra, me pidió que me quedara y me preguntó si sabía escribir a máquina, hicimos un acuerdo y me quedé para ayudarlo a cambio de que me dejará dormir en el suelo de su cuartomientras encontraba donde acomodarme. Él se fue a Monterrey y llegó el que iba a ser el delegado sindical, me dijo que si le podía hacer una valona a Piedras Negras diciéndoles que la Comisión se iba a hacer cargo de todos los gastos que estaba originando con la estancia; eso fue suficiente para que me protegiera durante el año o año y medio que estuve ahí. Fui ascendiendo, me pusieron de jefe de tomadores de tiempo, luego el secretario me inscribió como peón de las otras empresas involucradas en la construcción, eran cuatro, y ahí me quedé hasta que me habló mi hermano y me dijo que me andaban buscando urgentemente de Aeroméxico. Para entonces yo ya tenía más del año que había renunciado.



Pensé en irme porque mi papá ya estaba por morir, era octubre y el doctor nos había dicho que no iba a durar más de uno o dos meses porque ya estaba invadido de cáncer de tanto fumar, así que me vine, me ofrecieron la torre de control y acepté. Yo sé que me mandaron buscar por interés, no por que fuera muy capaz, sino porque yo tenía licencia de control de torres, la número 26 y había muy pocas, tenía licencia de “meteorologista” número 301 y la de despachador de Aeroméxico de aeronaves, la 256; ellos querían mi licencia porque el comandante del aeropuerto, que era de la Secretaría de Comunicaciones, les había cerrado la torre de control porque los que estaban ahí eran empíricos, no tenían licencia y el gerente de aquí, en venganza, les cerró la torre, pero eso hizo que pararan los vuelos, así que estaban desesperados. Ahí me quedé dos o tres años.

Mientras estuve ahí escribí a México pidiendo un ascenso y me ofrecieron Ciudad Obregón como jefe de aeropuerto. No halagaba mucho haber sido ascendido porque me tocaba lidiar con el gerente que era un individuo demasiado difícil, en tres años ya llevaba cinco jefes de aeropuerto que habían tronado porque no lo aguantaban; una vez me mandó hablar a la oficina, fui a las tres y media y me tuvo esperando hasta las 5; le dije que ya me iba, y, ofendido, me preguntó qué quería, entonces le dije: “¿Cómo que qué? Pues usted me habló por teléfono, me dijo que viniera”, y me dijo: “¡Ah, qué caray!, fíjese que se me olvidó, venga mañana”. Así me hizo muchas.

Poco después el gerente divisional, don Miguel, me ofreció un ascenso: jefe de aeropuerto a gerente en Mazatlán, le pregunté por el sueldo porque entre mi mujer y yo cubríamos los gastos; ella era maestra federal y con los sueldos teníamos el compromiso de pagar un carro nuevo y además estábamos juntando para la casa; el sueldo era menor, así que lo denequé. Me mandaron llamar de México, necesitaban que me fuera a Mazatlán, y ahí ya no fue opcional; me dijeron que

había firmado una solicitud y que tenía que irme o me despedirían. Hablé con Reina, que era maestra estatal, y después de conseguir ayuda del padre de la esposa de mi ayudante, que era secretario general del sindicato, a mi mujer le dieron plaza federal. Entonces ella se quedó en Obregón para no perder la plaza mientras llegaba la nueva persona; la pobre iba hasta Mazatlán cada viernes, eran ocho horas de camino y se regresaba los domingos; estando en Mazatlán me topé con don Miguel en una junta y me ayudó a que trasladaran a mi mujer para ya no estar separados.

Tiempo después me empezó a entrar el asma; cada día estuve peor, en las noches no dormía, se bloqueaban mis bronquios, usaba un espray especial hasta que me dijo el doctor que tenía que irme de ahí, que yo era de clima seco, y que si me quedaba, me moriría. Hablé con mi subdirector comercial y me dijo que me iba a mandar a Torreón, pero no de gerente porque ya había alguien con sus años ahí y no le podía quitar su puesto sin razón. Era el mes de julio, me pidió que me aguantara como asistente de él porque en diciembre habían jubilaciones y como él ya pasaba de los treinta años de servicio, iba a ser de los primeros en irse y yo quedaría de gerente.

El divisional encargado no estaba muy conforme y me mandó hablar, me dijo que no estaba de acuerdo con que me mandaran a Torreón, porque no me lo merecía; me mandó a personal a firmar mi transferencia. Estaba tranquilo porque me habían dicho que iba a ganar casi lo mismo de gerente, pero el infeliz de abajo me mandó a personal y ahí me estaban dando un sueldo de tres mil pesos menos y yo iba hasta con carta de director, pero dijeron que no me podían dar eso; yo era gerente categoría B, me estaban mandando como asistente de gerente. Para esto, el hermano del director era esposo de mi sobrina, y yo pensé que eso me podría ayudar, así que dije no, no firmo, me regresé a Mazatlán —a ver

cómo le hacía con la bronquitis— y en respuesta me citaron al día siguiente.

Ese día fui con el subdirector administrativo, e iba en camino cuando me encontré a don Miguel, le platiqué y le extrañó mucho porque sabía que me estaban perjudicando, habló a personal y me dijo que fuera a firmar la nueva hoja como auxiliar A. Estando ahí le ordenaron al gerente salir de vacaciones, le tocaban casi cuatro meses, y a la fuerza se fue. Yo quedé a cargo y noté los problemas que tenían, por ejemplo, para sellar un boleto tenían sólo un sello con una matrícula, había uno para los cuatro empleados de ventas y tenían que estar pidiéndoselo; entonces hablé a México al almacén con quien también tenía buena relación y me dijo pídemelo todo lo que necesites; pedí plumas, sellos, cojinetes, un chorro de cosas hasta que llegó el “pedidote”.

En el aeropuerto había una bodega muy grande que tenía pura porquería, había tazas de baño, tablas, cubetas rotas, grapadoras echadas a perder... Para esto hablé con el de control y me dijo que quemara todo, lo regalara o tirara, y le hiciera un nuevo control de todos los inventarios, incluyendo lo esencial. Todo eso sirvió para que me echará de enemigo al viejito; cuando regresó, vio todo diferente y pensó que yo lo quería sacar a pesar de que lo ayudé mucho.

En una ocasión, el señor Rubio, el viejito, entregó boletos internacionales a una agencia de viajes. Las agencias no pueden tener boletos, le dije al señor que no debía de haber dado boletos porque eso nos podía generar problemas, y así fue, salió el grupo a Europa y los dejaron en México porque la agencia de viaje le puso un sello que no era válido. Hablaron de México y el señor me pasó el teléfono; el problema fue que iban a salir por otra compañía, o sea que teníamos que absorber nosotros ese gasto, entonces en la noche fue a verme y a pedirme de favor que me echara la culpa porque yo estaba joven y si me corrían tenía más campo abierto. Le dije:

“Lo voy a ayudar, pero no me voy a echar la culpa”. Afortunadamente, tenía yo muchos lazos de amistad y me tocó que el gerente de Iberia era mi amigo, me mandó una orden de pago para respaldar ese viaje; pero la guerra entre nosotros estaba declarada y tuve que sortear muchas agresiones. También con el sindicato porque aquí era imposible regañar a un sindicalizado porque regañabas a cuatro, cinco, era el papá, los hijos, el yerno, todos abarcaban las vacantes, había una familia casi de once.

Después, la compañía quebró por errores, por ejemplo, los pilotos tenían las perlas de la virgen, tenían su sueldo, sobresueldo, días de descanso, tres días en un hotel cada mes con todos los gastos pagados, incluyendo vinos, cada tres meses era una semana en un puerto; les pagaban su uniforme, a los sobrecargos también, cuando hacían un viaje de México a Torreón y por mala suerte se quedaban aquí, tenían que ir al mejor hotel y cada quien tenía cuarto propio y había que pagarles para que compraran ropa interior, cepillo, pastas, comida y todo, era un gasto tremendo. El sindicalizado estaba en las mismas, ya cuando quisieron el gobierno nos dio la puñalada, y fue en este período cuando hicieron el fraude más grande. Miguel de la Madrid vendió Aeroméxico al grupo INCA, que no tenía ni un cinco. Se quedaron arriba aquellos con los que yo no hacía equipo y a mí me sacaron. Me acomodé en otras compañías chicas y estuve trabajando un tiempo en una agencia de viajes en Parral. Pero al gerente de Aeroméxico de aquí no le gustó, porque le llegó la orden de México que me dieran boletaje aquí, y pues no le agradó que me estuviera yendo bien y me demandó con el director del jurídico, pero no se imaginó que ese director era amigo porque cuando yo trabajaba en Mazatlán, él iba mucho y le conseguía cortesías; aun así tuve que ir a México. Fui con mi esposa e íbamos llegando cuando nos dimos cuenta que estaba todo destruido; fue el día del terremoto, nos tocó ver cuer-

pos y edificios caídos. Luego ya me regresé a Torreón y me quedé en la escuela de Aviación, daba clases de aerodinámica, reglamentación aérea y operaciones de vuelo, tres materias diarias. A nosotros nos contrataban por hora, no teníamos contrato real así que estuve ahí lo que pude, la escuela cerró por los costos, el último año nada más tuve cuatro alumnos, encima se vino la vejez y heme aquí: trabajé hasta los 71 años.

Vida personal

En mi vida privada, más específicamente en el amor, fui inmaduro, tuve muchas novias, andaba con una muchacha y de repente ya estaba con otra, ni adiós les decía, sólo dejaba de buscarlas, no lo hacía por maloso, simplemente era joven e irresponsable. Hubo una muchacha que todavía recuerdo mucho, se llamaba Lupita, a mí me gustaba su hermana pero nunca me hizo caso, luego me di cuenta que yo le gustaba a Lupita y nos veíamos de vez en cuando en la calle. Aunque a su hermana no le gustaba y me llegó a decir que no la buscara, pero luego su mamá se la llevó a ella y a su hermana a Estados Unidos y aunque me invitó a irme con ellas, yo nunca me animé.

A Reina, mi esposa, la conocí porque todas las mañanas que estaba en el aeropuerto, entre siete y ocho de la mañana, iba a esperar el autobús que iba a San Pedro, salía del Mercado Juárez, por toda la Hidalgo y después agarraba la Juárez y me dejaba en el aeropuerto. Iba diario y veía dos muchachas que tomaban el autobús de la metalúrgica, se reían conmigo y yo con ellas, yo por coquetón pero nunca paso de ahí. El autobús lo tomaba en la Galeana, frente al Palacio Federal y en el trayecto, antes de llegar al bosque, ahí subía una muchacha, ella a veces batallaba para el asiento, y por cortesía se lo fui guardando, y ahí empezamos a platicar. Entre la plática salió que yo quería estudiar secundaria, pero la única secundaria nocturna era muy demandada y estaba imposible, ella

me platicó que era maestra de la Normal, que fuera en la tarde, y me presentó con el director. Después de hablar con él, me aceptaron en segundo con las calificaciones que tenía y me encontré con Reina en el pasillo, nos animamos a saludarnos y me enteré que ella estaba en segundo provisional para maestra, nos acompañábamos de regreso a la casa y ahí empezó la amistad. Estuvimos un tiempo de novios, un año, y luego me tocó ir a la escuela de aviación con la beca por año y medio, me fui y ya no le escribí ni le hablé.

En Semana Santa vine a Torreón, la vi y me dijo que como no veía interés en ella, terminábamos la supuesta relación que teníamos. Regresé a México y oficialmente dejé de verla. Después volví en diciembre, habían pasado ocho meses y a mi hermana pregunté por Reina; ella la conocía, pero me dijo que ni la molestara porque andaba de compromiso con otro hombre; como vivíamos muy cerca me la tenía que encontrar, y sí, me la encontré. Le invité un café y me dijo que nunca había dejado de pensar en mí y yo le dije que ni yo en ella, y me dijo que le diera un poco de tiempo para arreglar las cosas con Jorge, el otro hombre con quien supuestamente se iba a casar, y eso hice. Ya estando en México le hablé para saludarla y me dijo que ya había arreglado todo, entonces mandé a mi hermano a pedirla y ya, nos casamos a mis 24 y sus 23 años. Tuvimos siete hijos, primero nació Reina Rocío, que la llamamos así por mi mujer, que se llamaba así por su abuela paterna y el segundo por Rocío Durcal. Luego abortó a un niño casi de ocho meses, seguido de un aborto a unos gemelitos, niño y niña, de cuatro meses prenatales. Luego nació Guillermo —después de su nacimiento me cambiaron a Obregón—, ahí nació Mariana, que se llamó así por la mamá de Reina. Luego, en Mazatlán, nació Marisol, por eso se llamó así, mar y sol. A mi esposa la perdí en el 2000, por un problema con un virus que le carcomió el pulmón y por las complicaciones que su artritis reumatoide ocasionó; murió un día antes de

que la dieran de alta según el doctor. Ella le decía que ya se quería ir y él le dijo que al día siguiente se iría; pero no, esa noche falleció. Para mí el doctor nos echó mentiras. Yo ya no la vi, esa tarde se me grabó mucho, el día que me avisaron yo estaba muy cansado y me mandaron a descansar; Memito me habló como a la una de la mañana y me dio la noticia de que ya había fallecido, pero pues ni modo, contra eso no hay nada que se pueda hacer.

Tuve una buena vida, a pesar de las malas experiencias de las que uno suele arrepentirse; yo lo hago de muchas cosas, por ejemplo, de cuando supe que el que me fue a suplir a Piedras Negras había sido candidato a presidente, porque quiere decir que a lo mejor yo hubiera sido. O cuando dejé Mazatlán, allá estaba de gerente, me arrepentía por la guerra que me hicieron. El gerente, su hermano, mi equipo, pero todo ese sentimiento no es más que un arrepentimiento momentáneo, lo que no me pasó fue porque no me tocaba. Ahora sólo quiero vivir tranquilo, disfruté muchas cosas y no creo que tenga nada pendiente por hacer; además de que no podría hacer mucho físicamente, ya que tengo un problema de cadera porque se me hundió el hueso, se descalcificó el fémur izquierdo y me lo cambiaron por una prótesis de platino. Recuerdo que esa operación fue estresante porque no me anestesiaron todo, estaba consciente cuando me metieron el fierro. Espero no vuelva a necesitar operaciones, en mi vida tuve cuatro y ya con esas tengo. Ahora sólo me queda esperar tranquilo lo que venga, lo que tenga que sobrevenir; yo no le tengo miedo a la muerte, sino a la forma: qué más quisiera que morir como mi hermana, que se acostó a dormir y ya, pero así como mi Reinita, entubado, no, así no.

**OTILIA JÁQUEZ ARROYO:
MEMORIAS DE UN PASADO**

SOFÍA GUEVARA GARCÍA



Primeros años

Otilia Jáquez Arroyo nació el 30 de octubre de 1942 en un pueblito llamado Montoros ubicado en el estado de Durango. Hija de Doroteo Jáquez Chávez y de María Arroyo Quiñones, Oti es la quinta de siete hijos: sus cuatro hermanos —Jaime, Elvira, Lola, Alfredo— son los mayores; José y Emma son los menores. Lola y Elvira, en diferentes tiempos, fueron las más apegadas a Oti.

Oti describe a sus papás como maravillosos; no eran muy cálidos, de hecho, no recuerda un abrazo de ellos, pero tampoco les hizo falta comida y vestimenta. Eran estrictos, pues querían que sus hijos fueran buenas personas.

A los seis años de edad se traslada con su familia a Santiago Papasquiari, Durango, donde pasa la mayor parte de su infancia y adolescencia. Oti describe esa época como una de las más felices e inocentes; era alegre, tenía muchas amigas, pasaba la tarde en el río o en el arroyo e iban a los bailes. Así como jugaba y salía con amigos, también les ayudaba a sus papás en una tienda de abarrotes.

Tuvo muchos novios, pero las salidas eran “sanas”; ir a bailar y al río, pero siempre con la presencia de una de sus hermanas o amigas. En una ocasión, su mamá la encontró en una banquita con uno de sus novios, le dio un trancazo y la correteó hasta la casa.

En esos tiempos eran muy comunes las nalgadas, los niños no se quejaban y sabían que, si recibían una, era merecida.

Oti y sus hermanas cursaron hasta sexto de primaria, pues se decía que una mujer no tenía que estudiar porque se iba a casar.

Al recordar el pasado, menciona que no le gustan los tiempos actuales; las mujeres no hacían nada indebido, la mayoría llegaban vírgenes al matrimonio. Los planes para quedar con un novio eran ir a un restaurante y sólo había besos (y eso cuando la relación ya estaba muy avanzada). Tener relaciones sexuales antes de casarse era muy mal visto, incluso asegura que ninguna de sus hermanas lo hizo porque les hubiera causado un dolor inmenso a sus papás, como el que años después le causaron sus hijas. Para ella en la actualidad hay mucha libertad.

Tampoco había mucha tecnología o globalización. Para comunicarse a larga distancia el medio eran las cartas y podían tardar desde una semana hasta meses en llegar. No existía el teléfono en ninguna de las clases sociales.

La gastronomía también era muy diferente. Los productos enlatados eran extremadamente raros. En Santiago no conocían el atún, o la mayonesa, y la leche que consumían era la leche bronca. No había problemas en que, si la comida tenía mucha grasa, o si era carne ni nada de eso. Se nos daba lo que había, sin importar si engordaba o no.

Oti no pensaba en el futuro porque disfrutaba mucho el presente. En su juventud, tuvo un novio llamado Pepe, al que quiso montones. Cuando se tuvieron que ir de Santiago Papatziaro, por un fracaso económico (el primero de tres que vivió a lo largo de su vida), Pepe le llevó gallo en la madrugada para pedirle que se quedara. Incluso ya cuando Oti y su familia estaban instalados en Los Mochis, Sinaloa, seguían con su relación a distancia por medio de cartas. Una vez Pepe recorrió los 850 kilómetros de distancia entre los dos municipios para visitarla.

Debido al inmenso calor que hacía en Sinaloa, la cabeza de la familia, el señor Doroteo, decide abandonar Los Mochis y dirigirse con su familia a su nuevo destino: Gómez Palacio, Durango.

Vida adulta

Al llegar vivieron tres semanas con una comadre de sus papás hasta que encontraron un local ideal para vivir y abrir una tienda.

A los 18 años, Oti tuvo su primera operación de muchas: se le reventó una úlcera y estuvo a punto de morir. A pesar de no tener mucho dinero, su papá la internó en el Sanatorio Español. Estuvo internada quince días. Uno de los recuerdos más marcados que Oti tiene de su papá es de cuando él se enteró que sí se había salvado y la fue a ver.

Mi papá fue a verme, él no era cariñoso, pero ya que vio que yo me había salvado, me cogió y me besaba los pies, me besaba mi cara, me besaba mis manos, todo.

Nazario y Oti se conocieron porque los dos tenían tiendas en la misma colonia. La de Nazario era la más grande, incluía panadería y frutería, y Oti iba a comprar ahí. A pesar de seguir con su relación a larga distancia con Pepe y tener fecha para casarse, poco a poco ella se enamoró de Nazario porque le “hablaba muy bonito al oído” y a Pepe no lo veía. Por eso decidió que quería casarse con Nazario. El problema fue que Doroteo y María no querían ni aceptaban a su futuro yerno; se rehusaban a que su hija se casara con él, hasta que Lola les dijo que si no dejaban a Oti que se casara con Nazario y no era feliz con Pepe, ellos lo iban a lamentar toda la vida, y sólo así doblaron las manos. Se casaron cuando Oti tenía veinte años de edad.

Tuvieron cuatro hijos: Miguel Ángel, Laura, Saúl e Hilda.

“Cuando recién me casé con su abuelito yo era muy feliz, yo lo quería mucho, todavía en Cuencamé lo quise. Lo sigo queriendo, pero ya de otra forma. Al principio no era un ‘te quiero’, era amor y yo lo sentía. Quiere uno tanto a su marido al principio, me acuerdo cuando recién nos mudamos a Cuencamé, entramos a la casita y él me cargó en brazos, como recién casados y eso que ya teníamos a los cuatro hijos. ¡Fuimos tan felices ahí!”

Su primera casa la tuvieron en Gómez, pero la tienda de abarrotes la compartían Nazario y sus hermanos, y ellos derrochaban mucho el dinero. Entonces la tienda quiebra y él se va a Estados Unidos a trabajar por tres años.

En ese lapso, muere Doroteo de un cáncer muy agresivo en los huesos.

Mientras Nazario trabajó en Estados Unidos, Otilia y sus cuatro hijos se mudaron con Elvira, que nunca se casó, y su mamá. Nazario no mandaba mucho dinero, entonces Oti ayudaba a su hermana en una tienda. Se levantaban a las cinco de la mañana para empezar temprano a trabajar, despachaban la tienda e incluso a Oti le salió una hernia por cargar el mandado. Eso es algo por lo que hasta la fecha se ha caracterizado: ser muy trabajadora y madrugadora, poniendo su salud a un lado.

No recibía ningún sueldo, pero su paga era que su hermana los dejaba vivir con ellos, les compraba ropa a ella y a sus hijos y los alimentaba, todo sin poner ella ni un solo peso.

“Parecía una casa de locos, en un momento despachaba a los clientes, y al siguiente estaba atrás de la tienda correteando o nalgueando a mis hijos. Haga de cuenta que mis hijos eran de las tres. Elvira también era como una segunda mamá para mí”.

A Nazario le ofrecen la gerencia de una gasolinera en Cuencamé, Durango, y así es como regresa de Estados Unidos y se lleva a su familia para allá. A todos excepto a alguien: Hilda, la hija menor:

“Ella no se quiso ir a Cuencamé, le decía a mi mamá que estaba muy feo y pues yo le hice caso, ese fue mi error. Yo sé que tiene o tuvo sus resentimientos, ella me dijo que sentía muchos celos de Saúl, y el rechazo de Miguel”.

Hilda se quedó a vivir con Elvira y su abuelita en Gómez cuando tenía aproximadamente cinco años; las recuerda como a sus dos mamás, también dice que la chipilaban mucho.

En Cuencamé Oti también fue muy feliz:

Yo estaba con mi marido, ya era completamente diferente después de estar allá (Gómez) trabajando tanto en la tienda. Fui muy feliz en Cuencamé, al principio no tanto porque no conocía a nadie. Hubo mucho tiempo en que no salía al mercado porque no conocía nada, hasta que ya poco a poco fui ganándome la simpatía de tanta gente, tanta amiga. A todo el mundo saludaba y todo el mundo me saludaba. Mis hijos se ponían a jugar con los hijos de los vecinos y me metía a jugar con ellos. También tenía un club con mis amigas: cada jueves en la tarde, como a las cuatro, en la casa que tocaba preparábamos la cena y siempre yo me llevaba el número uno.

Pero también poco a poco iban apareciendo diferencias con Nazario. Era muy celoso, excesivamente, y como Oti se caracterizaba por ser muy bonita (incluso varios familiares afirman que fue la más bella de sus hermanas), cuando salían a ella le echaban muchas flores, y Nazario le preguntaba “¿Por qué te ven tanto los hombres?”

Otro aspecto que siempre ha resaltado de Oti es su exquisito y delicioso sazón, siempre creí que era algo que había aprendido desde niña, pero en realidad no fue así:

“Mi abuelito siempre fue muy macho, por eso tuve que aprender a cocinar muy rico, porque era muy exigente, yo no sabía hacer cosas y pues usted sabe, para retener al marido... Yo era una esponja: preguntaba aquí y preguntaba allá”.

En Cuencamé fue donde estuvieron mejor económicamente. Nazario construyó una casa “de jalón”, no en partes. Vestían bien, comían muy bien y podían permitirse prestar dinero.

Al pasar a secundaria, Miguel, Saúl y Laura tuvieron que dejar Cuencamé porque ahí no había, y se vinieron a Gómez Palacio a vivir. Como a Oti le dolió mucho que sus hijos se fueran, para canalizar esa tristeza se fue a la gasolinera a ayu-

dar a su esposo a despachar o en las cosas que había que hacer a máquina.

Sus hijos iban cada ocho días a visitarlos y para Oti era como estar de fiesta, por lo que les entregaba un menú a cada quien para que escogieran lo que querían comer y ella se los cocinaba. Nazario le decía que no era posible que los consintiera de esa manera, a lo que ella le respondía: “Que me recuerden así”.

Uno de los momentos más fuertes y traumáticos en la vida de Oti sucedió cuando Miguel estaba de visita.

Antes no eran muy común el crimen organizado, los secuestros, robos, las balaceras y la violencia en general, y menos en un pueblo tan pequeño como Cuencamé. Por eso mismo la gente andaba sin miedo en la calle, no se cerraban las puertas con seguro y, en el caso de mis abuelitos, contaban el dinero sin precauciones. Los domingos era costumbre que Nazario contara las ganancias de la gasolinera del viernes, sábado y domingo, y lo traspasara de un maletín al cajón de su casa sin problema alguno. Pero un domingo, mientras Oti y su esposo contaban el dinero, tocaron a la puerta. Oti, sin saber lo que pasaría, abrió. Era un joven que preguntaba por Nazario, y en lo que ella se volteó para hablarle, él joven entró, sacó una pistola y los amenazó. Se llevó todo el dinero que había en los cajones. También relojes, pistolas y otros objetos de valor. Mientras él buscaba desesperado, Oti suplicaba por su vida y Nazario decía cosas sin pensarlas dos veces:

—Yo lo conozco a usted, es de los que va a la gasolinera.

“Ay viejo, te estás equivocando, a él nunca lo he visto”, le dijo Oti para que el asaltante no los matara por haberlo reconocido.

“Su abuelito era un hombre precavido, pensante, pero a veces pecaba de ingenuo, pero yo no, fíjese”.

Los llevó a la gasolinera para buscar más dinero y en el transcurso se unió un segundo asaltante. Oti no olvida y to-



avía se le ponen los pelos de punta al recordar esa escena en la que iban en la camioneta los dos asaltantes, su esposo y ella.

Se hizo de noche y los llevaron a unos 25 kilómetros de la casa, a un cerro despoblado, y abrieron un portón de alambre de púas, los bajaron y los hicieron adentrarse otros 8 kilómetros más. Todo en completa oscuridad. Finalmente los soltaron y los amenazaron:

“No vayan a ver para dónde nos vamos, porque volteamos y les damos un balazo en la cabeza. Nosotros somos bandidos, no asesinos”.

Oti y Nazario, llenos de miedo, acataron las órdenes porque los secuestradores sabían que Miguel estaba en Cuencamé, y temían que le hicieran algo. Esperaron media hora, se levantaron y caminaron agarrados de la mano. Pasaron el alambre de púas, pero los dos se cortaron y se arañaron todo el cuerpo. Oti iba en pantuflas y pijama; siguieron caminando por todo el monte, después de un rato perdió una pantufla y tuvo que empezar a cojear. Era junio, pero había llovido y la noche estaba fría. Finalmente, llegaron a la carretera, tardaron tiempo en conseguir *ride*, hasta que un señor se paró, los reconoció y los auxilió llevándolos de regreso a su casa.

Llegaron a su casa y Oti estaba hecha un desastre: las piernas raspadas, sin una pantufla, en bata y hecha un manejo de nervios.

“¿Qué pasó, mamá? ¿Por qué no llegaban? ¿Por qué dejaron los cajones así?” Y le dije a Miguel que nos habían secuestrado y se puso como loco, estaba en *shock*. Y luego cogió un vino y me dijo: “Tienes que tomarte esto”, y me dio de la botella para que se me quitaran los nervios, y que va viendo mis pies y me dice: “Madre, pero ¿qué es esto?”. “No hijo, si nos fue bien, tenemos vida”.

Después de eso se volvieron precavidos y contrataron un velador por mucho tiempo.



Pero la vida de Oti ya no sería la misma. Su salud se vio afectada seriamente: los ojos se le saltaron a tal punto de que rozaban con los lentes y adelgazó drásticamente. Después de peregrinar de un doctor a otro finalmente le detectaron hipertiroidismo.

También su autoestima cayó en picada. De ser una mujer muy segura, guapa y alegre, Oti cambió su estado de ánimo, carácter y dice que “se puso muy fea”, salía a la calle y nadie la reconocía. Le recetaron un medicamento que le redujo un poquito el tamaño de los ojos, y también yodo radioactivo para subir de peso, pero le cambió el metabolismo.

No puedo dar fe de lo anterior porque a mí mi abuelita se me ha hecho tan bonita, exquisita y tierna, que no puedo creer que las dos hablemos de la misma mujer.

Al parecer las tragedias nunca llegan solas, porque al año del secuestro falleció Elvira, su hermana más apegada y que cuidó de ella y de sus hijos, de un infarto fulminante:

—Fue al sanitario y ahí sentada se murió. Mi hermana Lola había invitado a toda la familia a ir a Santiago a pasar la navidad, pero yo no quise ir porque yo estaba muy fea y no quería que nadie me viera allá. Ni Pepe, mi ex novio. Lola me rogaba para que fuera, pero yo no quise. Fueron todos mis hermanos y me quedé en Cuencamé con los hijos de Emma, los de José y Alicia y mis hijos Hilda y Miguel. Estaba toda la familia repartida entre allá y acá. Estábamos todos muy felices. Y que el 28 se muere mi hermana. Dicen que en Santiago parecía casa de locos, porque todos lloraban mucho. Su abuelito y Miguel recibieron la noticia en la gasolinera y fueron rápido a avisarme a la casa. Yo decía: “Es 28 de diciembre, ¿esto es una broma, verdad?”, y me decía Miguel “No, mamá, qué más quisiera yo que fuera una broma, se murió mi Nina”. Y en la tarde se la trajeron de allá para velarla en Gómez. Todos le lloramos como a una madre. Se murió a los 53 años. Fue un golpe tremendo, un dolor horrible.

Esto le dio un giro de 180 grados a la vida de Oti porque Elvira y su mamá cuidaban a sus hijos mientras estudiaban en Gómez; si Elvira se había ido, ella tenía que venirse a cuidarlos.

Su esposo se quedó en Cuencamé, se veían cada ocho días, ya sea porque ella iba o él venía. Para Oti esto cambió su matrimonio, lo cambió hasta tornarse frío.

En este momento de su historia surgen al mismo tiempo dos de los dolores más grandes que ha vivido: la infidelidad de su esposo y el embarazo, antes del matrimonio, de Laura.

Oti recibió una llamada en el que le dicen que Nazario tenía otra mujer. Al principio no lo creía, pero le dieron todos los detalles y no le quedó de otra.

—¡Ay, hija!, era un dolor de esos que siente uno que nunca se va a recuperar

A los pocos días se enteró que Laura estaba embarazada, pero nadie sabía más que ella. Mientras Ernesto (el novio) y Laura planeaban la boda, financiada por Nazario (que no sabía), Oti sólo estaba triste y nadie sabía por qué. Hasta que un día decidió irse de la casa sin avisarle a nadie; pasó veinte días en Juárez con su hermana, a quien le dijo que no dijera nada. En esos días lloró y recibió cartas en las que le suplicaban que regresara, pero ella se rehusaba.

Finalmente regresó, pero Nazario nunca le pidió perdón:

—Nunca me pidió perdón como debió haber sido después de cómo me ofendió. Lo negó y lo negó hasta que llegó un momento en que dijo: “¡Sí, me dejaste solo y tenía yo que estar con alguien!”. Me tardé como un mes en ir a Cuencamé a verlo, pero ya no fue lo mismo, ya no podía ser lo mismo. Nunca lo perdoné, ni nunca olvidé, es como cuando se rompe un vaso y lo quiere uno pegar, ya no queda bien.

Quedó ahí como algo pendiente.

Nazario la culpó por el embarazo de Laura.

—No entiendo, con una chingada, si te viniste acá a cuidar a tus hijos, ¿cómo es posible que salgan con esto?

—Ella estaba haciendo lo que tú estabas haciendo con la fulana que tuviste, exactamente lo mismo.

A Oti le surgió la idea de divorciarse, incluso sus hijos apoyaban su decisión, excepto uno: Saúl. Oti dice que vio cómo Saúl cambió con ella: pasó de ser un hijo cariñoso a dejar de serlo y volverse callado. Cree que probablemente ella hubiera encontrado a alguien más, pero Nazario no, por lo difícil que era. Decidió quedarse con él por su familia.

—A lo mejor por eso cargo con tanta frustración y resentimiento, porque no hice lo que quería; a todos los hijos les hace falta un papá y yo no quería privar a mis hijos de eso.

Laura se casó, pero su matrimonio no resultó nada bien. Oti me cuenta, con un poco de resentimiento, que tuvo su boda y hasta viaje de luna de miel como si nada, como si no estuviera embarazada, como si Ernesto fuera el hombre perfecto. Para Laura sí lo era, pero para el resto de la familia no estaba ni cerca de serlo. Saúl no lo podía ver y Oti dice que Ernesto nunca hablaba de formar una familia, y lo único que le interesaba era andar bien vestido.

Nazario los mantenía. Cuando se fueron a vivir a Saltillo, le dio una tarjeta de crédito adicional a su hija y de ahí se agarraron para comprar muebles, sábanas y todo lo necesario para su casa. Incluso Ernesto le decía a su esposa que le pidiera dinero a su papá para poder comprar sus trajes.

Una vez Chuy, el entonces novio de Hilda y ahora esposo, lo vio fumando marihuana, pero Laura seguía sin darse cuenta de con quién se había casado.

La gota que derramó el vaso fue cuando salió en el periódico que un grupo de policías estatales asaltaban carros y cuando venían muchachas las violaban, y entre esos policías estaba Ernesto. Laura decidió dejarlo y regresó con su hija, Caro, a Torreón. Él no hizo el intento de mantenerse en la vida de ella y de Caro, y hasta la fecha nadie sabe si está vivo o está muerto.

—Yo no sé si debemos haber dejado que se casaran, porque salió peor; era tanta mi vergüenza que yo quería tapar el sol con un dedo ante tanta gente.

Se podría decir que lo único bueno de ese matrimonio fue Carolina; desde el primer día se supo que tenía parálisis cerebral y que era irreversible. Actualmente Caro, de 27 años, es como otra hija para Oti, es su bendición y le da unas alegrías inmensas, pero no siempre fue así.

—Yo batallé mucho tiempo, no para aceptarla, pues nunca había visto una niña con problemas así. Era uno tan ignorante; yo le decía tontito a la persona que veía con retraso en el autobús. Le decía que había otras niñas con los mismos meses y que ya se sentaban, que por qué Caro no, y ya empezaba a explicarme: “Mamá, Caro nunca va a ser como las demás niñas, entiéndela, mamá, acéptala por favor como es”, y yo le decía que sí la aceptaba, pero que no podía acostumbrarme.

Y luego, por otro lado, tenía a su abuelito insistiendo en que sí podía mejorar:

—Hija, dime a dónde podemos llevar a la niña.

—Entiéndelo, papá, ni tú ni todo el dinero que tuvieras va a alcanzar para cambiarlo. La niña nació así y así va a terminar, no se va a componer.

Después todo ese rechazo se volvió puro amor. Me necesitaba y ella es todo para mí; para mí, es una hija por la que yo daría mi vida, con todo el sentido de las palabras. Yo creo que estoy aquí, que Dios no me ha llevado nomás porque yo le sirvo a Caro. Le doy una alegría y ella me la da a mí.

En ese entonces los que vivían en Torreón eran Saúl, la mamá de Oti, Oti, Laura y Caro. Nazario no convivía con Caro, y por eso se tardó años en aceptarla. De acuerdo con Oti, él no se asomaba a verla y el rechazo era visible. No fue hasta que Nazario vivió con ellas, años después, que pudo quererla y aceptarla tal y como es.

Tiempo después, la mamá de Oti enfermó gravemente:

sufrió de una embolia y un infarto en el mismo mes. Dejó de caminar y el lado izquierdo de su cuerpo quedó inmobilizado. Los siguientes dos años fueron muy pesados porque entre Lola, Laura y Oti se hicieron cargo de ella, entre las tres la bañaban o le cambiaban el pañal. Todos los hijos y nietos se preocupaban por “abuelita chiquita”, cómo le decían. Todos menos Emma, la hermana menor de Oti, que casi no venía. Es por eso que Emma y Lola se distanciaron.

Un martes, Oti fue a hacer el mandado y al regresar su mamá había fallecido.

—Jaime, mi hermano, y Laura estaban allí cuando murió, y mi hermano decidió no hablarle al doctor porque mi mamá ya no quería comer, ya tenía llagas en su cuerpo, tenía dos años sin caminar, ya no era vida. Nos pudo su muerte, pero estábamos ya resignados porque mi mamá estaba muy enferma y nos dolía verla así.

Hasta la fecha, Oti, sus hermanos, los nietos y los primeros bisnietos, recuerdan a “abuelita chiquita” como una viejita muy feliz, dura, pero feliz. Hilda y Karina (una sobrina), se acuerdan de una vez en la que su abuelita pasó horas amasando para hacer pan, y cuando por fin terminó, los puso a secar. Pero como Karina e Hilda eran tremendas juntas, remojaron unos trapos y los exprimieron sobre el pan. Doña María se enojó tanto que las ató a las patas de una silla por horas. Con ese carisma y dureza la recuerda su descendencia.

A pesar de estar separados, Nazario seguía mandándoles dinero a su esposa, hija y nieta. Mantenía a las tres sin problema alguno, o eso era lo que ellas creían.

A Nazario siempre le gustó mucho el vino, acostumbraba a tomarse siempre una que otra copita. Una de las primeras decepciones que Oti tuvo de él se dio a causa del alcohol.

—Fue como a la semana que nos casamos. Nos invitaron a una fiesta, y él estaba ahogado de borracho. Al rato que nos acostamos, le dio por salir corriendo a vomitar y al levantarse

quebró un frasco y pasó por encima de los vidrios. Me decepcioné tanto con esos detalles de su abuelito. Y luego ya con el tiempo se fue acentuando más. Cuando Oti iba cada ocho días, empezó a darse cuenta de que Nazario ya llegaba desde mediodía con aliento alcohólico, que siempre ponía excusas como “Es para desayunar más rico” o “Es para dormir mejor”. Incluso un día recibió una llamada en la noche de una vecina para decirle que su esposo andaba “arañando las paredes”, que no podía ni caminar.

A raíz de su problema de alcoholismo comenzó a pedirle prestado dinero a todo el mundo. Según Oti “No había una sola persona en Cuencamé a quien no le debiera”. Otra sorpresa fue cuando Oti quiso hacer su testamento, y en sus voluntades no pudo poner la casa de Cuencamé a nombre de Laura porque Nazario ya la había perdido por un préstamo. Los camiones que tenían también los vendió.

Una noche recibieron una llamada de Nazario diciendo que necesitaba pagar veinte mil pesos para la mañana siguiente o lo iban a meter a la cárcel; Oti y los dos hijos que estaban con ella se pusieron a llorar porque no sabían qué hacer. Minutos después, como una señal divina, recibieron una llamada de Emma, su hermana que vivía un Juárez y que estaba casada con un hermano de Nazario, y le explicaron la situación. Emma les dijo que no se preocuparan, que al siguiente día el dinero ya estaría depositado en su cuenta bancaria a primera hora. Y así fue. Pero eso no acabó con todos los problemas, Nazario tuvo que pedir dinero prestado a su yerno Chuy y a otros sobrinos. Ya en la miseria y sin nada que rescatar de Cuencamé, Laura y Oti fueron por Nazario para traérselo a vivir aquí.

En cuanto a su adicción al alcohol, dejó de tomar porque estuvo a punto de morir de cirrosis.

—Nos acostumbramos rápido a que viviera con nosotras en Torreón; teníamos que cuidarlo, le pusimos todo el cariño

y todo el amor, Hilda cooperaba mucho con su presencia y apoyo. Y a su abuelito se le fue muy rápido el tiempo hasta que se adaptó y él ya es feliz viendo novelas. Después de tanto tiempo viviendo separados, por eso yo recomiendo que ningún matrimonio debe separarse cada ocho días, o más o menos, porque se pierde.

Actualidad

Actualmente viven en una casita los cuatro: Caro, Oti, Laura y Nazario. Los cuatro son como uno mismo, pero a la vez son tan diferentes. La dinámica que manejan es algo tóxica, pero se cuidan y brindan amor a su manera. Con Nazario ya no hay amor, pero hay cuidado y cariño. No sé si por la edad o si de verdad siempre ha sido terco, pero le reclama por fantasmas del pasado: que sí no era virgen cuando se casaron, que si Pepe, que esto, que lo otro. Las veces que me he quedado a dormir en su casa, tratan de no pelear pero a veces se les chisbotea y lo hacen; las palabras pueden ser muy hirientes, pero Oti ya no se deja y le contesta, después de tanto ya le sacaron callo. A pesar de lo anterior, ella le sigue dando la bendición cuando se va a la Soriana, le compra un vaso de fruta a mediodía y lo atiende, porque él depende muchísimo de ella.

—Yo sé que es mi compañero de vida, pero no es el matrimonio que yo esperaba para mi vejez, no es la vida que quería para estos años.

Con Laura su relación es una bomba de tiempo. La ama como a cualquier hijo, pero como vive con ella, puede apreciar más sus errores y defectos. La segunda y última vez que Oti se fue de la casa tuvo algo (o todo) que ver con ella.

En el trabajo de Laura había un hombre que era 20-25 años menor que ella y poco a poco fueron entablando una relación sentimental a escondidas. Llevaba a Oti y a Nazario a misa, al súper o a lado que quisieran para tener casa sola

e invitar al muchacho. Decía que iba con amigas a cenar, o alguna casa (cosa que, según Oti, rara vez hace ahorita), y ella poder salir con él; le decía que iba a cenar con él, que era sólo un amigo, y llegaba hasta la una de la mañana. mientras ella le cuidaba a Caro.

Un día, Nazario estaba internado en el Seguro, y al ir Oti a la casa a recoger algo, los encontró a los dos mientras Caro estaba en el otro cuarto y los enfrentó. Fueron días difíciles para ellas dos porque peleaban: Laura defendía que lo amaba y Oti le decía que no había problema siempre y cuando hiciera las cosas bien, se fuera a vivir con él y se llevara a Caro, porque a final de cuentas es su hija.

—Me fui con Rosita, una prima, porque estaba muy triste y todo estaba muy tenso entre Laura y yo. Yo no quería volver, entonces me dije que ya no iba a cuidar a Caro para que ella saliera, para lo que fuera. Yo ya no iba a ser su burla. Yo le hacía de comer a Caro y todo, y dejé de hacerlo.

Recuerdo cuando me dijeron que no encontraban a Oti y que había dejado una carta: mis papás y tíos la buscaban en las centrales camioneras, en hospitales, en la Cruz Roja y pegaban carteles con su foto. Todos estaban desesperados.

Cuando volvió a la casa yo la noté diferente. No puedo encontrar un adjetivo, no era ni fría o más distante, a Caro la seguía queriendo igual que siempre, pero ya no le preparaba su comida, o ya no la cuidaba si no era porque Laura estaba trabajando. Oti sigue poniéndole música con alegría, riendo y llenándola de besos, llorando cuando ella se enferma, apagando el aire si ella tiene frío, cantándole canciones para que no se ponga necia, pero ya aprendió a amarla sabiéndose deslindar de responsabilidades que no le corresponden.

A pesar de no haber crecido con ella, Hilda, su hija menor (que es mi mamá), ha sido su hombro para llorar. Claro que tienen sus diferencias, pero es el punto medio de sus hijos; los dos hombres viven fuera de la ciudad y la relación con Laura

es compleja, por eso puedo creer que el vínculo entre Hilda y Oti es más “normal” y estable.

La última vez que se fue de la casa, Hilda se dio cuenta de que su mamá tenía un gran problema de depresión; ya había sido diagnosticada anteriormente, pero había dejado de tomar sus antidepresivos, por eso decidió llevarla con una psicóloga. La acompañó en el proceso hasta que terminó, y ahora la lleva, cuando necesita, al pedicurista, o van a desayunar ellas dos e invitan a Rosita y Laura, y Oti invita a Hilda y su familia a comer los sábados de cada semana. Saúl vive en Zacatecas y Miguel en Chihuahua, los dos le hablan una o dos veces a la semana para platicar, ver cómo están y ponerse al tanto, pero por sus trabajos y familias, es difícil que vengan a visitarlos. Antes venían más, ahora son dos o tres veces por año; cuando vienen, el carácter y el humor le cambia a Oti para bien. A pesar de estar tan enferma de sus pies por sus várices o la artritis, dedica horas en cocinarles sus platos favoritos y recoger la casa para sus hijos. Miguel le echa porras de su salud, cuando hablan le recuerda que es una guerrera y que ha salido de peores. Con Saúl puede hablar horas y horas por teléfono (algo que le molesta a Nazario porque muchas veces le hablan solo a ella).

De los siete hermanos que eran, dos fallecieron: Jaime, el mayor, este año. A pesar de la tristeza interna que alberga y que muy pocos pueden notar, su luz es tan grande que ilumina a los que la rodean, por eso ella es la que mejor relación tiene con cada uno de sus hermanos.

Jaime vivía solo y muy rara vez recibía visitas, por eso Oti y Nazario agarraban un taxi y lo iban a visitar para llevarle sartenes de comida y su compañía. En una de esas visitas, lo encontraron mientras le estaba dando un infarto, y entre los dos le hablaron a otro hermano y se lo llevaron al hospital. Murió a los dos días, y le heredó a Oti sus sartenes y casetes.

Lola vive en Santiago Papasquiario y le habla casi todos los días para platicar del pasado o de lo que les acontece a diario. Acompañé a Oti hace cinco años a visitarla, y el lazo que tienen es impresionante. Por la edad, cada vez que Lola viene se despiden con un abrazo muy cálido por si es la última vez que se ven.

José vive en Chicago, pero quiere tanto a su hermana que trata de agarrar un avión cada año para venir a visitarla. Son los más alegres y juguetones. Oti recuerda que cuando eran niños, ella le embarró un chicle en el pelo del pecho y la correteó por toda la casa. Cuando los veo hablar, parece que estoy viendo a dos niños.

Alfredo y Emma son los más alejados. Alfredo vive en Gómez, pero al único que frecuentaba era a Jaime. Incluso en una reunión familiar, pensando que no era pariente porque se me hacía alguien externo, le pregunté a mi tío Jaime por su amigo (que en realidad era mi tío Alfredo). Emma vive en Juárez, lleva años sin venir a las reuniones familiares y tampoco vino al funeral de su hermano. No tiene contacto con ninguno de sus otros hermanos más que con Oti, es la única que le que habla por teléfono. En total somos ocho nietos, y por abajo de Caro (nosotras estamos conscientes de la situación y que ella es como una hija), mis dos hermanas y yo somos las más apegadas a Oti, Nazario, Laura y Caro. Mi mamá siempre nos inculcó ir a comer con ellos los sábados, hablarles por teléfono, apapacharla, y respetarles. Ahora mi mamá no nos tiene que decir que vayamos a “casa de Oti” (así le decimos a su casa a pesar de que ahí viven los cuatro), nosotros por convicción y gusto decidimos ir. Y es que ella lo hace tan fácil y ameno: llegar, comer, platicar, chismorrear, comer postre. Al tomarnos una siesta y ver que tenemos frío, decide ir por una cobija y taparnos.

Mi tío Miguel y su esposa nunca les enseñaron a sus hijos a valorar y querer a los abuelitos; al principio era algo que

me daba coraje porque Oti sufría al ver la indiferencia, pero ahora siento lástima por ellos porque fueron privados desde chiquitos del privilegio que es crecer envueltos del amor de Oti. Siento tristeza de que no van a poder contarles a sus hijos los recuerdos de su bisabuela. Oti tiene 74 años, tiene artritis y unos pies muy lastimados que hacen que le cueste levantarse todos los días, pero es una mujer tan fuerte que saca energía del amor a su familia para levantarse, recoger la casa, cocinar, ir al Oxxo, cambiarle el casete a Caro y otras cosas. Siempre ha sido una mujer extremadamente fuerte y el amor a su familia la saca adelante.

Hace unos meses no podía ni caminar y sus hijos la convencieron (casi a la fuerza) de ir con un doctor. La llevaron con un fisioterapeuta y reumatólogo y le dijeron que, si se operaba, iba a disminuir mucho el dolor. Para Oti fue un alivio porque ella pensó que le iban a detectar cáncer de huesos (como a su papá), por eso se rehusaba a checarsé. Sin embargo, Oti no aceptó la operación porque se acercaba un evento importante en el que iban a venir muchos familiares y no quería que la vieran en recuperación o que la atendieran. Tampoco quiso someterse a cirugía porque dice que ya está harta de los doctores, ha pasado por tantas operaciones que ya perdió la cuenta, pero sus hijas no: tres operaciones en las piernas; dos de la várices y una de una infección en la rodilla. De chiquita fue anémica, se desmayaba seguido y le tenían que transfundir sangre. También le quitaron la matriz, un ovario y le levantaron la vejiga.

Haber sobrevivido a tanta enfermedad y otras adversidades me demuestra que mi tío Miguel tiene razón: es una guerrera. Los momentos que la inyectan de felicidad se dan cuando jugamos a la lotería, o en las vacaciones largas que vienen sus hijos, visitas de sus hermanos, ir a desayunar con Rosita y mi mamá, y hablar por teléfono. Eso sí, también tiene sus gustos culposos: ver series de narcotraficantes.

Somos una familia pequeña, y como probablemente es común en otras familias, cuando van creciendo los nietos, la familia se va dispersando, por eso Oti dice que ya no le gustan las navidades, porque hay veces que a sus hijos no les toca pasarla con ella, y eso la hace cuestionarse sobre lo que hace en este mundo. Pero también vamos creciendo: este año nació su primera bisnieta, y cada vez que la ve sus ojos se llenan de amor y ternura, su felicidad se desborda. Quisiera que Oti se viera con los ojos de todos los que la rodeamos para darse cuenta de lo importante que es para nosotros y todo lo que ha superado. Quisiera tener todo el dinero para pagarle sus operaciones, enfermeras, cuidadoras y demás personal para que ella no tenga que mover ni un dedo y se conserve eternamente. Quisiera que no se desgaste tratando de hacer felices a los demás, para que se dedique a quererse y cuidarse. Quisiera que Oti me durara cincuenta años más para que todos mis hijos y nietos tuvieran el honor de conocerla.

Sé que no será así, pero también sé que su recuerdo lo transmitiré de generación en generación porque fui afortunada de ser querida por ella, de escuchar su historia y sus logros, y estos no deben perderse con los años.

Honor a quien honor merece.

**URIEL LIMA VÁZQUEZ:
LA VIDA Y SUS AMORES**

URIEL GARCÍA LIMA



Loreto

En 1898 en la capital de México, Loreto nació en una familia formada por un hacendado, su padre Trinidad Vázquez, y una indígena nahua, su madre Juana Vázquez, que resultaba ser la empleada doméstica en la casa de la familia de Trinidad. Su amorío al principio tuvo dificultades ya que no era bien visto que alguien se relacionara con una sirvienta; pero con la llegada de Loreto, los padres de Trinidad lograron aceptar su unión. Eran adinerados y pudieron otorgarle a su hija una formación académica a la que muchos de los niños mexicanos no tenían acceso; ella aprendió a leer, a escribir, a resolver problemas matemáticos y a hablar francés; este idioma fue una petición de parte de sus abuelos paternos, pues planeaban llevar a Loreto a Francia en un futuro, cosa que no sucedió ya que el movimiento revolucionario dio inicio cuando Loreto tenía doce años. Sus abuelos fueron a Francia de manera repentina, se llevaron todo el dinero de la familia con ellos y dejaron sin nada a la familia de Loreto.

Sin dinero, vendieron su casa junto con todas sus pertenencias y se mudaron a una casa pequeña del pueblo de San Pedro Mártir en el sur de la ciudad, lugar donde posteriormente los zapatistas armaron un campamento. Trinidad y Juana se hicieron amigos de algunos zapatistas pero nunca se unieron al movimiento; lo hacían más para no mostrar una postura en contra de ellos, cosa que después los metió en aprietos cuando los federales tomaron a los zapatistas por sorpresa y creyeron que ellos también pertenecían a su movimiento. Juana sabía que Loreto sufriría distintas clases de abuso en la penitenciaría —ahora el Palacio de Lecumberri—, por lo que decidió ofrecer a su hija a uno de los fede-

rales. Loreto era una niña agraciada, de piel muy clara y de cabellera larga, castaña y rizada, por lo que el militar al que se la ofrecieron no lo dudó mucho tiempo. Durante cuatro años vivió con este hombre, cuyo nombre nadie sabe porque a Loreto no le gustaba hablar de eso; escapó de este sujeto y empezó a trabajar como sirvienta en casas de personas adineradas, ya que tenía la educación que le dieron sus abuelos y una apariencia atractiva y joven.

En el año 1920, Loreto entró a trabajar a una tienda de ollas exprés, un utensilio muy novedoso en esa época; en ese lugar conoció a un vendedor de la misma sucursal llamado Carlos Lima, un hombre diez años mayor que ella, que antes trabajaba como mecánico de tranvías. Era muy activo, y la convivencia que tenían en la tienda los unió poco a poco hasta que se enamoraron.

Loreto y Carlos fueron creciendo económicamente, durante años ahorraron de sus ganancias en el puesto de ollas y juntos abrieron una tienda, lugar donde se podía encontrar desde un dulce hasta un tornillo. Vendían de todo y de la más alta calidad, había comida, ropa, herramientas, vinos, botones; era de las primeras tiendas de esa magnitud en el sur de la ciudad. En el mismo lapso en el que empezaron su propio negocio, la pareja decidió tener hijos, cuatro para ser precisos: Óscar (nacido en 1923), Hilda (nacida en 1925), Uriel (nacido en 1929) y Jorge (nacido en 1933).

Loreto y Carlos compraron un terreno de mil metros cuadrados en San Pedro Mártir y dieron inicio a un nuevo periodo de sus vidas.

A la familia Lima Vázquez le iba bien económicamente, eran los únicos que contaban con un automóvil y de los pocos niños que iban a la escuela en ese momento en San Pedro Mártir. Loreto empezaba a sentirse feliz con su familia, hasta que alguien tocó su puerta, Carlos fue el que atendió el llamado, y Loreto nunca esperó que su madre entrara por la

puerta de su casa, pero fue lo que pasó. Juana Vázquez había ido de visita a la casa de su hija, a quien no había visto en muchos años. En ese momento Loreto estaba emocionada de volver a ver a su madre y se desvaneció el recuerdo que ella tenía de una madre vendiendo a su hija a un desconocido. La recibió contenta y le presentó a sus nietos, pero con el paso del tiempo, el abandono que alguna vez sintió Loreto se fue apoderando de cada recuerdo de su madre y cada vez que ella la visitaba, la hacía sentir menos bienvenida. Pero no todos la trataban de esa manera en esa casa; Uriel Lima, hijo de Loreto, amaba a su abuela aun sabiendo lo que había sucedido. Él compartió mucho tiempo con ella, incluso aprendió a hablar náhuatl, ellos tenían una conexión especial, algo que a Loreto no le agradaba. Es aquí donde Uriel empieza a ser un poco diferente, convirtiéndose en la oveja negra de la familia; el tener un vínculo especial con su abuela fue un acto de rebeldía, el primero de muchos.

Chabelita

Uriel Lima iba a la Secundaria 13 en Coyoacán, pero como su casa estaba en Tlalpan, la distancia era mucha para recorrer todos los días, por lo que los padres de Uriel le pidieron de favor a un muy amigo suyo, Édgar, que vivía cerca de su escuela, que hospedara a él y a Hilda entre semana, a lo que Édgar accedió. En su casa, aparte de Édgar, vivían su esposa y su hija Isabel, a quien todos la llamaban Chabelita y que padecía síndrome de Down. Uriel e Hilda se llevaban muy bien con Chabelita y con sus padres; durante el tiempo que Uriel estuvo en la secundaria, vivió entre semana con esa que era para él su segunda familia.

En tercero de secundaria, Chabelita cumplía quince años y buscaba chambelán, nadie de sus amigos ni de sus familiares se ofreció; fue por esa razón que sus padres acudieron a Carlos Lima y Loreto Vázquez a pedir de favor de que Uriel

se ofreciera como el chambelán de Chabelita, lo que ellos se vieron obligados a aceptar, ya que Édgar y su esposa les hacían un gran favor hospedando a sus hijos en su casa durante los días de escuela.

Uriel y Chabelita ensayaban cada sábado antes de la fiesta, ellos habían acordado que ella pisaría los pies de Uriel para que él pudiera guiarla durante el vals.

El día del evento, toda la familia de Chabelita estaba emocionada por ver el resultado de tantos ensayos, su vestido era rosa mexicano, al igual que sus zapatillas de tacón. El momento había llegado, la música empezó a sonar y todos estaban en sus posiciones; Uriel tomó a Chabelita en sus brazos y puso sus pies encima de los de él como antes habían acordado. Pero había un problema, ellos nunca ensayaron con Chabelita usando tacones; al principio Uriel trató de tomar el control de la situación, pero los tacones empezaban a resbalar, haciendo que Chabelita diera pasos equivocados. Uriel, tratando de conseguir que los tacones volvieran a pisar sus zapatos, empezó a cargar a Chabelita fingiendo que eran pasos de la coreografía, lo que entorpeció aún más el baile, causando que Uriel pisara el vestido de la quinceañera, arrancándole una parte de la falda y haciendo que Chabelita cayera al suelo. El padre de la festejada detuvo la música, Uriel pensó lo peor, Édgar se acercó a él y le pidió disculpas, algo que sorprendió a Uriel por completo; el padre de Chabelita pensó que todo había sido culpa de ella, cuando en realidad fue Uriel quien pisó su vestido.

Josefina y Josefina

Uriel Lima tuvo una gran pasión por el deporte; durante su preparatoria empezó a practicar atletismo, todos los días entrenaba con su equipo de relevos de 4 por 100 metros, consiguió el segundo lugar a nivel nacional en el Campeonato de Atletismo de Guadalajara de 1947, lo que hizo que cali-



ficara para las Olimpiadas de Londres el siguiente año. Una noticia que sus padres no tomarían nada bien, pues su padre detestaba que él le dedicara tanto tiempo a un equipo deportivo. Nadie de su familia estaba de acuerdo con que él fuera a las Olimpiadas ya que implicaba perder el primer año de universidad y dedicarle todo su tiempo a entrenar, pero para Uriel eso no tenía nada malo; sin embargo, para sus padres era todo lo contrario, él y su padre tuvieron una gran pelea ese mismo día. Era claro que Uriel no recibiría ningún apoyo de nadie, y con un gran enojo tomó la decisión de dejar el atletismo, dejar a su familia y dejar su vida en México.

Su frustración lo llevó a viajar a Estados Unidos, a conseguir una nueva vida; obtuvo un trabajo vendiendo bebidas alcohólicas clandestinamente en Los Ángeles, mismo lugar donde conoció a Josephine, una mujer que le doblaba la edad y que cayó enamorada de él por lo apuesto que era. Ella lo invitó a cenar y era la primera vez que en una cita le pagaban todo a él, pues en todas las demás él acostumbraba pagar, ya que sus padres así le habían enseñado, por lo que esto lo dejó sorprendido. A Josephine le gustaba que Uriel la llamara “Josefina”, amaba su acento mexicano; Uriel se sentía demasiado extraño, no sabía cómo actuar. Josephine era muy insistente con querer tener una relación con él, y todo esto lo abrumó e hizo que Uriel tomará un crucero para de alguna manera escapar de ella. En una parada a San Francisco bajó y obtuvo varios trabajos como agricultor y juntó dinero para regresar a la Ciudad de México.

Ya en la capital, su hermano Jorge lo ayudó a conseguir un empleo como chofer de camiones de la línea Flecha Roja; la ruta que le asignaron era Ciudad de México-Acapulco. En uno de sus viajes hacia la costa, su camión se descompuso al llegar a su destino, por lo que le dieron dos días libres en Acapulco. En este tiempo conoció en la playa a una muchacha llamada Josefina, justo después de haber huido de otra



Josefina. La coincidencia no lo detuvo en tratar de conquistar a esta nueva chica, era como un amor de verano, y cada vez que Uriel escuchaba la canción llamada “Vereda tropical”, se acordaba de esta anécdota:

“...Por qué se fue, tú la dejaste ir, vereda tropical. / Hazla volver a mí, quiero besar su boca otra vez, junto al mar. / Por qué se fue, tú la dejaste ir, vereda tropical. / Hazla volver a mí, quiero besar su boca otra vez, junto al mar...”

“Por cada paso que daba, yo acomodaba mi toalla para que sus pies no se quemaran por lo caliente de la arena”, los dos días que se hablaron fueron suficientes para enamorarse. Pero el tiempo se acababa y la agencia en donde trabajaba Uriel le pidió regresar a la capital en uno de sus camiones como pasajero, porque el camión que él manejaba ya no tenía arreglo. Una casualidad llevó a otra, ella también tenía que ir a la Ciudad de México, pero para ella era una emergencia, por lo que Uriel le ofreció su asiento en el autobús, momento que marcaría su vida para siempre, pues horas después de que Josefina se fuera de Acapulco se enteró que ese camión había caído de un precipicio y todos los pasajeros habían muerto. Por un momento sintió una profunda tristeza por Josefina, pero luego recordó que pudo haber sido él y al instante se sintió muy afortunado y agradecido con la vida. Uriel, en su brazo izquierdo tenía tatuado el nombre Josefina, y nunca dijo de cuál Josefina se trataba.

Las Ávilas

Óscar Lima volaba aviones fumigadores sobre campos algodonereros en Torreón, Coahuila, y al saber que su hermano Uriel había regresado de Estados Unidos lo invitó a que trabajara con él como su asistente. Uriel llegó después de unos meses de la invitación, emocionado de ver a su hermano mayor después de mucho tiempo. Durante el periodo que vivió en la comarca lagunera, conoció a una chica llamada Marga-

rita Ávila que vivía cerca de él, empezó a hablarle en encuentros que tenían en la calle, pero ella no mostraba interés. Algo que a Uriel nunca le había pasado y por ese mismo motivo se volvió más insistente, la invitaba a salir casi diario, hasta que un día aceptó, y ella le indicó el lugar, día y hora de la cita.

Llegado el momento, Uriel se presentó más temprano de lo que Margarita había indicado, lo que poco a poco aumentaba el suspenso de si llegaría o no; ya habían pasado cinco minutos de la hora acordada, pero para Uriel habían pasado 35 minutos esperando. Era la primera vez que se sentía tan nervioso en una cita y en eso ve llegar a alguien, era una chica muy parecida a ella; ignora a la chica que acaba de entrar al lugar y sigue esperando, pero la chica se dirige hacia él, todos sus movimientos lo indicaban, pero no era ella. “¿Uriel?”, fue lo que escuchó, volteó a ver la cara de la chica y era innegable su parecido a Margarita, “Soy Sara, mi hermana no vendrá”.

Esta chica se parecía a Margarita pero su voz era más dulce, su actitud era más amable; Uriel la invitó a cenar justificando que ya estaban ahí, y ella aceptó. Él lo hacía más por amabilidad que por querer conocerla, pero no era consciente de que la persona que se acababa de sentar sería su futura esposa y madre de sus hijos, nueve para ser precisos. Uriel decía que lo que más le gustaba de una mujer era su honestidad y su sentido del humor y esas eran las cualidades que definen perfectamente a Sara Ávila.

Las nueras

Uriel y Sara empezaron su relación mientras vivían en la comarca lagunera; cuando las cosas se volvieron más serias se mudaron a la ciudad natal de Uriel para que Sara conociera a sus suegros y su unión pudiera formalizarse con el matrimonio. Carlos Lima y Loreto Vázquez le otorgaron una parte del terreno que poseían en San Pedro Mártir; Uriel adquirió

diez mil pollos y dio inicio a una minigranja en su casa, que lo ayudaría a sostenerse económicamente.

La familia de Uriel y Sara fue creciendo rápidamente con el pasar de los años; tuvieron un hijo, luego otro, otro más y así hasta llegar a los ocho hijos varones y de pilón una hija: nueve hermanos viviendo en la misma casa. Para cuando la más pequeña de los hermanos Lima Ávila cumplió su primer año, su hermano mayor ya estaba comprometido. En la actualidad, lo más común que hacen los hijos al casarse, es irse de la casa de sus padres junto con su esposa o esposo; pero en la casa de Uriel fue todo lo contrario, cada vez que uno de sus hijos se casaba una integrante nueva llegaba a la familia. Cada nuera que se presentaba a la puerta de la casa tenía un contexto social diferente, lo que permitió que la casa tuviera un gran intercambio cultural, principalmente gastronómico, pues a Uriel le gustaba mucho cocinar. Cada vez contaba con más tiempo libre pues con el dinero que logró juntar de las ganancias de su granja pudo comprarse un tráiler y rentarlo para viajes comerciales; ese tráiler pronto se convirtió en nueve tráilers, lo que dejó a Uriel sin ninguna preocupación más que el aprender cocina de sus diferentes nueras: cochinita pibil, tamales oaxaqueños y quesadillas de plátano macho fue lo que aprendió a hacer con Toña, esposa de su hijo Jorge; frijoles con elote y rajas y el sazón de Jalisco, lo adquirió de Edelmira, esposa de su hijo César. Los platillos que le encantaba cocinar a Uriel eran pan de muerto, estofado de pollo, birria, pastel de navidad, caldo tlalpeño y mole.

La cocina era lo que más llenaba a Uriel de alegría, pero no había plato que más le encantara como la paella que preparaba su esposa. La comida en ese hogar era sagrada, se compartía con la mayor cantidad de personas posible; siempre a sus invitados los recibía con un festín y al momento de despedirse siempre daba algo para que se llevaran a sus casas.

Fue así hasta sus últimos días: intentó hacer un negocio de pasteles, pero le era imposible no regalar su comida.

Cuando yo era niño, él era el familiar que más admiraba, básicamente porque fue él quien me crió en mis primeros años de vida; mis papás, por razones de su trabajo, no estaban mucho tiempo en la casa. A veces eran días y, en ocasiones, semanas en las que mis papás no estaban. Mi abuelo todo ese tiempo se encargaba de mí, en ese entonces, en la casa donde alguna vez vivió un montón de gente, sólo habitábamos tres personas: mi abuelo, mi hermano y yo. Él nos preparaba de comer, nos llevaba a la escuela, nos acompañaba a nuestros talleres; a mi hermano lo llevaba todos los jueves a un curso de repostería y a mí me pasaba a dejar a las clases de natación que tenía diariamente cerca de nuestra casa en San Pedro Mártir.

Era una persona muy estricta. Teníamos reglas y una rutina muy bien detallada. A las cinco de la mañana despertábamos y nos bañábamos para luego desayunar y poder llegar puntuales a la escuela; teníamos que poner todos los cubiertos, manteles y vasos a las dos en punto de la tarde para poder comer; se enojaba excesivamente si olvidábamos poner servilletas en el servilletero. Si queríamos ir a comprar algo a la tienda, él se aseguraba de acompañarnos para verificar que tomáramos el camino seguro, que coincide en ser también el camino más largo. Cuando mi abuelo Uriel nos veía echados en la sala sin hacer nada, se molestaba. Incluso un día, a mi hermano y a mí nos obligó a salir a dar vueltas a la casa en bicicleta sólo porque pensaba que estábamos empezando a engordar, cuando él era el mismo que nos preparaba a cualquier hora un champurrado o arroz con leche. Se iba a dormir a las ocho de la noche y se despertaba a las cuatro de la mañana. Una vez no nos llevó a la escuela porque salimos un poco tarde de bañarnos; para recogernos de la escuela era igual, en vez de llamarnos por el altavoz como los demás familiares

hacían con sus niños, a nosotros nos chiflaba, teníamos que salir corriendo al oír el tan distinguido sonido que hacía con sus labios.

Tal vez no lo haya acompañado a lo largo de toda su vida, pero creo que el resultado de todas esas anécdotas de Uriel Lima Vázquez, de todo lo que aprendió, fue su forma de ver la vida y de tomar decisiones, nunca estancarse en algo que haya sucedido mal y siempre estar agradecido por tener la oportunidad de vivir un día más. El recuerdo de él me motiva a ser una persona amable, amigable y amorosa, justo como lo era él.



**DESDÉMONA GARCÍA AGÜERO:
UNA MUJER EJEMPLAR**

VALERIA TAMAYO GONZÁLEZ



Mi nombre es Desdémona García Agüero, nací en Parras de la Fuente, Coahuila, el 8 de marzo 1938. Vivo en Torreón, lamentablemente enviudé en 1977. Tengo cuatro maravillosos y extraordinarios hijos: Jaime Iván, el mayor; Pedro Aníbal que falleció a la corta edad de 25 años; Vanessa, y finalmente la menor, Brenda Desdémona.

Fui una mujer muy afortunada desde pequeña, pues tuve la virtud de tener dos padres ejemplares: Pedro García Reyna y Antonia Agüero de García. Y tres hermanas mayores: María Angélica, que era la mayor de las cuatro; Silvia, Sonia y finalmente yo, que era la menor de todas. Puedo decir que mi infancia fue muy bella, mis padres siempre buscaron la manera de darnos una buena vida a mis hermanas y a mí. Nos enseñaron muchas virtudes y valores que fueron bases fundamentales en mi vida, así como tener siempre los pies sobre la tierra y ser educados y gentiles con todas las personas; no ser rencorosos, respetar al prójimo, entre muchas otros valores. Debo estar agradecida porque creo que cumplí con sus expectativas, a mis propios hijos les he enseñado lo mismo que me enseñaron a mí, con la esperanza de que siempre sean personas de bien.

De las tres hermanas que tengo, con la que más me identifico es con Sonia. Era la más cercana a mí y hasta la fecha. Las tres son unas mujeres extraordinarias, llenas de virtudes. Recuerdo mucho cuando salíamos los fines de semana Sonia y yo, mi hermana María Angélica se quedaba con mis papás.

Nosotras sabíamos que la hora cero eran las 10 pm; en ese entonces quien estuviera fuera de su casa después de esa hora era mal visto. Entonces mi hermana le decía a mi mamá: “Ya faltan quince minutos para las diez y mis hermanas no llegan, ¿eh?”. Ya se imaginarán como nos iba a Sonia y a mí si llegábamos diez con cinco de la noche, éramos “muchachitas libertinas”. Las costumbres han cambiado mucho desde que yo era pequeña. Las mujeres se daban más a respetar, no existía la competencia y la envidia tanto como ahora, pero sobre todo existía más respeto entre padre e hijos.

Estudí en el colegio Elliot de Torreón, uno de los mejores colegios que había en mi época. Era una institución laica. Siempre fui muy buena alumna, sacaba las mejores calificaciones. Tengo el honor de decir que contaba con una memoria privilegiada como la de mi padre. A los quince años me gradué con 98 de promedio, y en ese tiempo mi hermana Silvia estaba por casarse; ella tenía 19 años. Recuerdo que mis compañeras eran Caritina García, María Elena y Aurora; las tres, unas mujeres muy lindas y amables, hicieron que mi tiempo en el colegio Elliot fuera maravilloso. Lamentablemente ya no tengo contacto con ellas pues hace algún tiempo pasaron a mejor vida.

Tuve muchos pretendientes, pues yo era una mujer muy atractiva y bonita. Fueron alrededor de cinco novios, Héctor Manuel Federico Madero fue mi primer novio. Realmente es una historia muy chistosa porque solamente fue mi novio por ¡veinticuatro horas! Él era un muchacho muy guapo, originario de Parras, estudiaba agronomía en Saltillo. Algunas veces salíamos a pasear en bicicleta todos los amigos y amigas; en una ocasión nos detuvimos afuera de mi casa y en frente de todos me dijo: “¿Quieres ser mi novia?”. La verdad es que ni siquiera lo pensé y solamente dije: “Ay, pues sí”. Recuerdo que ese día llegué con mi abuela; era con la que vivía en ese entonces, ya que mis padres estaban en Torreón con mis hermanas.

Llegué tan emocionada contándole, que se convirtió en mi novio de veinticuatro horas porque ella ya no volvió a dejarme salir, no volví a verlo... Recuerdo esta historia con mucha alegría, me parece que reflejaba la inocencia que teníamos y el respeto que guardábamos a los mayores.

Después de mi corta relación con Héctor tuve más novios. El que más ha marcado mi vida fue Carlos López Figueroa. Un hombre muy apuesto, de muy buena familia, sin embargo, a mí no me agradaba, era demasiado creído por lo mismo que tenía bastantes pretendientes. Estuvo un tiempo pretendiéndome hasta que por fin decidí darle el “sí”; fue una relación de once meses en los cuales me di cuenta de que además de apuesto y talentoso era un sinvergüenza.

A Carlos López Figueroa le gustaba mucho todo lo relacionado con el mundo artístico; así fue como nos conocimos. El doctor Alfonso Garibay Fernández estaba por dirigir una obra de teatro llamada *Tú y yo somos tres*. Me invitó a participar como protagonista. Es ahí donde tuve conexión con Carlos. Realizamos varias presentaciones en el teatro Mayrán.

La condición que mis padres me habían puesto para poder participar en la obra era que el doctor y su esposa requerían regresarme después de los ensayos, ya que eran en la noche. Era entonces cuando Carlos se iba con sus amigos y amigas de fiesta. Me vi obligada a terminar la relación... él iba a casarse con una muchacha que había dejado embarazada. Esta situación destruyó mi corazón, era el amor de mi vida.

Fue tanto mi dolor y mi angustia que mis padres decidieron mandarme un año a estudiar a Estados Unidos; me fui a la ciudad de Hattiesburg, Mississippi. La universidad no era muy grande, tenía seis mil alumnos. Había un especial de inglés. Eran ocho horas con puros maestros que no hablaban español. Apenas a los ocho días de haber llegado conocí a una muchachita española, de excelente familia y con valores bien plantados. Me invitó a compartir cuarto con ella, y rápi-

damente investigué quién era. Era hija de dos españoles que salieron de su país por la guerra civil; su papá era catedrático y estaban viviendo en Venezuela. Era una muchacha bien vestida y con muy buen porte. Puedo decir que ella fue la mejor amiga de toda mi vida, compartimos muchos momentos increíbles, fue con la primera persona que viví sola.

Esa experiencia me apoyó mucho para dejar atrás todo lo que había pasado con Carlos, que después llegó a cumplir su sueño de ser artista profesional. Su nombre era Carlos Cardán.

Después conocí a Jaime González Sepúlveda, quien era diez años mayor que yo. Un día fuimos mis amigas (sus hermanas: Sara y Aidé) y yo a montar a caballo en el campo militar. Estábamos cansadísimas, le pedí de favor a Sara si podía llevarme a mi casa, jamás había visto a su hermano Jaime. Él vivía en Ceballos por su trabajo de piloto aviador; fumigaba toda la zona. Dio la casualidad que estaba de visita, él se ofreció a llevarme y a partir de ahí nos hicimos novios. A los tres meses me propuso matrimonio. Al año nos casamos, y en 1963 se convirtió en el padre de mis hijos.

Nuestra boda fue en Torreón, en la iglesia de San José, fue una de las primeras bodas que se oficiaron ahí. Junto con un maravilloso padre, nuestra boda dio inicio a medio día como se acostumbraba. Contratamos una orquesta, fueron alrededor de doscientos invitados, como siempre lo había soñado

Terminando la ceremonia nos fuimos a Guadalajara, México y Acapulco, de luna de miel. El viaje fue de un mes. Cuando terminamos nuestra luna de miel nos fuimos a vivir cuatro meses a Apatzingán, por su trabajo. Vivíamos en un hotel, no encontrábamos departamentos. Yo era muy feliz porque me levantaba a las nueve de la mañana, desayunaba, me iba al peinador para esperar a tu abuelo que llegara de trabajar. El madrugaba mucho. Llegaba y nos íbamos a comer a algún restaurante o ahí mismo en el hotel.

Más tarde conseguimos un departamento y rápidamente fuimos a comprar muebles rústicos, mandé a hacer cojines muy bonitos, una vajilla para veinticuatro personas. Todo lo quería mexicano. Nuestro primer día en el departamento mi esposo me dice: “¡Ay, qué bueno! al fin voy a desayunar en casa, ya estoy hasta arriba de restaurantes”. Tenía una muchachita de catorce años que me ayudaba a limpiar el departamento, le pregunté a Jaime qué quería de desayunar y me dice: “Unos huevos revueltos con salsa de chile, por favor”. Corrí con la muchachita y le pregunté si sabía hacer salsa, estábamos haciendo todo lo posible por hacerla, cuando Jaime me pregunta que por qué tardo tanto. Salí de la cocina avergonzada y le digo: “Ay, es que la mera verdad no sé qué se pone primero, la salsa o los huevos”. En mi vida había hecho un huevo, estaba muerta de la pena. Pero él, como el caballero que era, tomó muy bien la situación y él me enseñó a cocinar. Aprendí rápido.

Él tenía una personalidad que imponía y un físico muy apuesto: 1.83 cm de altura, complexión delgada, moreno claro, nariz pequeña, barba partida y unos ojos como estrellas. Estaba y sigo estando enamorada de él, de su personalidad y su forma de vivir. Empezamos juntos el vuelo más grande de nuestras vidas. Construyendo una familia que se compuso de cuatro hermosos hijos: dos hombres y dos mujeres.

Mi hija, la más grande de las mujeres, platica que el “Capi”, como apodaban a mi esposo, siempre fue un hombre recto, honesto, metódico, comprometido con todo lo que realizaba, con un gran espíritu de servicio y que, detrás de esa personalidad fuerte, también encontraban al hombre sencillo y de gran corazón dispuesto siempre a ayudar a quien lo necesitaba. Siempre tuvo puestos honorarios, fue fundador de la Cruz Roja en la ciudad de Ceballos, Durango, y encargado de las Fuerzas Rurales de dicho lugar, y por cierto fue ahí en donde establecimos nuestro domicilio familiar.

Nuestra casa era muy grande, el terreno era de mil doscientos metros, contábamos con una gran terraza que acondicionamos muy bien. No había ni luz ni drenaje pero, gracias a Dios, teníamos nuestra planta de luz y un tanque grande de agua. Teníamos también un rancho muy bonito donde había cuatro caballos hermosos y donde guardaba los aviones; toda la familia quería venir de vacaciones a nuestro rancho porque era muy grande, toda una manzana; teníamos incluso nuestro propio estanque y animales.

Mi vida y la de mis hijos cambió radicalmente con la muerte de mi querido esposo Jaime. Decidí dejar el pueblo de Ceballos e irme a vivir a Torreón. Me quedé con los aviones de fumigación de Jaime como unos cuatro años, hasta que mi hijo Jaime me dijo que quería ser piloto, y fue ahí cuando vendí los aviones. Abrí un restaurante en el campestre de Gómez donde vendíamos comida internacional, y era muy concurrido. Eventualmente elegí cerrarlo ya que para mí sola era bastante pesado.

Una vez recuerdo que íbamos mi esposo Jaime, mis hijos Pedro, Jaime, Vanessa y yo a una fiesta en Jiménez. Cuando el motor del avión se apaga y nos dirigíamos en picada... estaba paralizada y yo nada más gritaba: "¡Dios que se muera Jaime y me muera yo, pero mis hijos no!", mi esposo era un gran piloto y resolvió el problema. Ya cuando había pasado tiempo nos acordábamos y nos reíamos de la situación.

A mi esposo y a mi hijo Pedro Aníbal los extraño con mi alma todos los días.

Finalmente quisiera decirles algunas palabras a mis hijos y a mis nietos...

Empezaré con mis nietos de grande a chico... Jaimito, qué te puedo decir, eres un muy buen muchacho, muy tranquilo, paciente, cariñoso conmigo desde pequeño. Sigue tus sueños y sigue practicando tu talento con la música. Me encantaría poder verte más seguido. Te puedo decir que siempre que

tengo la oportunidad de verte, doy gracias de que seas feliz con tu nueva familia y tu hijo.

Pedrito, hijo mío, siento que debería de haber estado más pendiente de ti, eres un hombre muy valiente que ha sobrevivido cosas muy difíciles. Yo sé que mi hijo Pedro, tu papá, está orgulloso de ti; sigue tus sueños y busca siempre ser una mejor persona, te amo con todo mi corazón... te pareces mucho a tu padre.

Valita, cuando naciste nos volvimos locas de contentas porque fuiste la primera mujer y muy bonita, eres una niña muy que siempre alegrabas la casa; recuerdo mucho cuando todo te asombraba y todo te lo querías llevar a tu casa para tenerlo. Un día hasta un cuadro de mi casa te querías llevar... sigue con esa alegría a la vida y con esa capacidad de asombro que te caracteriza, te amo con mi alma, hijita. Sigue tus sueños.

Camila hermosa, igual que tu hermana linda y cariñosa, eres una bendición. Eres tan buena, prudente, tranquila, tan estudiosa y buena muchachita. Me da mucho gusto ver en lo que te estás convirtiendo.... Estoy orgullosa de ser tu abuela. Tú y tu hermana son con las que más conviví... siempre querían irse a dormir a mi casa, y ¡me hacían un desorden!, pero siempre me ponían muy feliz; te adoro, mi niña, sigue siendo un ejemplo de bondad y humildad.

Mi Jimenita, eres muy buena niña, siempre pendiente de todos, muy inteligente y con un alma pura... sigue igual que siempre, conservando tu inocencia y ganas de ayudar a los demás. Te amo, nenita.

Paula, eres una niña muy alegre, siempre pendiente de tu mamá, si está bien, si necesita algo. Me recuerda mucho a mi hija Vanessa; eres muy chica todavía pero espero que tu hermana y tus primas sean un buen ejemplo para ti. Te amo.

Regis y Nonis, mis dos angelitos más pequeños, las he disfrutado muchísimo, aunque tengan cinco años me han ense-

ñado muchas cosas. Van a llegar a ser unas grandes mujeres. Las adoro

Jaime Emiliano, qué puedo decir, es hijo de Jaimito y pues me hizo bisabuela... Estoy muy contenta de poder presenciar este momento, te amo. Me haces muy feliz.

Y ahora me gustaría compartir algunas palabras a mis hijos...

Jaime, te agradezco mucho que siempre estés pendiente de mí, siempre me hablas por teléfono, eres muy bueno y muy cariñoso. Siempre quisiste mucho a tus hermanas; cuando estaban muy jovencitas y querían salir, siempre les decías que se arreglaran mucho para poder presumirlas. Te amo, mi amor, estoy orgullosa de ti.

Vanessa, eres el amor de mis amores, siempre pegada conmigo, pendiente de mí, has sido mi compañera desde el día que naciste; te adoro con toda mi alma. Desde que eras chiquita decía tu papá, vamos a ir en el avión; Jaime y Pedro estaban listísimos y tú preguntabas que si yo iba a ir, si no, te quedabas conmigo. Eres mi ángel de la guarda hasta la fecha. Te amo.

Brenda, eres más alegre que Vanessa, más salidora, te extraño muchísimo. Mi niña chiquita se me fue muy lejos; estoy muy orgullosa de ti, de cómo has sabido llevar tus situaciones. Eres una persona muy independiente, una persona feliz, cosa que a mí me tranquiliza mucho. Te amo.

Tengo muy buenos hijos, estoy muy agradecida, les agradezco que siempre estén al pendiente de mí y que me amen incondicionalmente. Le doy gracias a dios por los extraordinarios hijos que me dio. ¡Los amo, mis amores!

Mi abuela es un ser humano extraordinario, ha estado presente en muchos momentos de mi vida, tanto buenos como malos. A veces me he enojado con ella por querer educarme y corregirme constantemente; pero en el fondo de mi corazón

sé que lo hace porque me ama y porque quiere que llegue a ser una gran persona como ella. Mi abuela se preocupa por los demás, algunas veces más de lo que estamos acostumbrado; ella intenta estar en la vida de cada uno de sus seres queridos. Siempre nos ha apoyado cuando la hemos necesitado. También algunas veces ha cometido errores, pero al final del día ella sólo quiere que sepas que te ama y que por eso hace lo que hace. Ahorita no lo entendemos, pero sé que algún día lo vamos a hacer.

Estoy agradecida con ella por haberme dado la oportunidad de saber lo que es tener una madre que te ama, valiente, bondadosa y con las mismas virtudes de ella. El grado de admiración que tengo hacia mi abuela es infinito; constantemente me sorprende con situaciones nuevas para mí, reconozco su valentía y su esfuerzo ante lo que la vida tiene para ella. No siempre ha sido fácil, pero yo creo que ha valido la pena, y esas situaciones son lo que la hacen ser ejemplar y ser la mejor abuela que alguien pueda tener. Espero un día llegar a ser admirada y amada como ella lo es.

Estoy muy orgullosa de ti, con cariño,
Valeria Tamayo González
12 de septiembre de 2015

ÍNDICE

PRESENTACIÓN. LA VIDA EN HISTORIAS | 7

SERGIO MARTÍNEZ VALDÉS:

Una transmisión en vivo y en directo | 13

MARTHA GERARDA VILLALOBOS TORRES:

El anecdotario de Marthita | 25

JOSÉ DE JESÚS CENTENO HERRERA:

El centauro más amoroso | 41

RODRIGO MALDONADO VALADEZ:

Hasta lo imposible | 59

MARÍA DE LA LUZ RECIO BATRES:

La cuchara de la abuela | 67

EMMA TRILLO DE ROBLES:

Un ejemplo de vida | 85

JOSÉ LUIS MONREAL ESCOTO:

Monedita de oro | 105

JUANA JOVITA GONZÁLEZ CANTÚ:

La travesía de una vida | 123

LUIS GUILLERMO JIMÉNEZ VÁSQUEZ:

De camino al puerto aéreo | 137

OTILIA JÁQUEZ ARROYO:

Memorias de un pasado | 153

URIEL LIMA VÁSQUEZ:

La vida y sus amores | 175

DESDÉMONA GARCÍA AGÜERO:

Una mujer ejemplar | 187

Ecos y presencias del pasado, libro coordinado por Sergio Garza Saldívar, fue impreso en octubre de 2019. La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y del coordinador de la edición..

Las historias de vida nos permiten adentrarnos a horizontes pasados, ver con otros ojos los eventos cotidianos de hace muchos años. Permite recrear el pasado, el de nuestros padres y abuelos. Cada vida es inédita, ciertamente, las experiencias, los triunfos, los fracasos, las decisiones, los encuentros y los desencuentros, entre muchas otras cuestiones más, van haciendo de nosotros lo que finalmente somos. Conocer esas aristas en otras vidas comunes que habitaron un territorio como el nuestro da esa cercanía que invita a la reflexión, al reconocimiento y a la admiración, permite sentirnos cerca de aquel que nos comparte su experiencia y mirar el mundo desde una perspectiva diferente. Leer estos materiales será como imaginarnos sentados en una mecedora bajo la sombra de los árboles, escuchando atentamente la voz de un viejo que comparte su historia.

SERGIO GARZA SALDÍVAR